3 1761 06577536 3

BRIEF
LC
0010286

"LA CULTURA ARGENTINA"

RAQUEL CAMAÑA

Pedagogía Social

Con una introducción de

JOSÉ B. ZUBIAUR

BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916

PEDAGOGÍA SOCIAL

RAQUEL CAMAÑA

Nació en Buenos Aires, el 30 de septiembre de 1883; cursó estudios en la Escuela Normal Nacional de La Plata, bajo la dirección de la educadora Mary O'Graham, diplomándose luego en la Escuela Normal de Lenguas Vivas, para consagrarse al profesorado, en que brilló hasta su fallecimiento.

En 1910 concurrió al Congreso de Higiene Escolar celebrado en París, llevando la representación oficial del gobierno argentino; sus trabajos pedagógicos despertaron general interés en Europa, por su novedad y valentía. Se dijo, con razón, que ninguna otra mujer sentía más como mujer y pensaba menos con los prejuicios comunes entre las mujeres. Viajó mucho y aprendió mucho, trayendo siempre a su patria copiosos aportes de doctrinas educacionales y humanistas que difundió siempre con celo incomparable.

Colaboradora de las más importantes revistas del país y de no pocas extranjeras, dejó abundante labor escrita, que puede constituir varios volúmenes de mérito. En ella se agrupan, naturalmente, los estudios de "pedagogía social", las "impresiones de viaje" y la "crítica literaria". Es posible que a esos tres libros es agregue algún día su "correspondencia", de la que se conocen algunas páginas realmente extraordinarias en el género, que cultivó con largueza.

Esta joven pensadora, ejemplarísima por sus virtudes, por su ingenio y por su carácter, terminó su carrera a poco de comenzarla, cuando ya su nombre honraba al magisterio argentino, dentro y fuera del país. Falleció en Buenos Aires el 21 de octubre de 1915.

"LA CULTURA ARGENTINA"

RAQUEL CAMAÑA

Pedagogía Social

Con una introducción de

JOSÉ B. ZUBIAUR

BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916

LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

Brief
LC
0010286

INTRODUCCIÓN

Si hijas de Sarmiento pueden ser llamadas aquellas hermanas de caridad laica que él trajo de Norte América para enseñar en el departamento básico de las escuelas normales por él fundadas, nietas directas suyas son las que ungieron aquéllas y, en especial, las que se iniciaron bajo la dirección enérgica y amplia de Mary O'Graham, a quien conocí casi víctima de la insidia política en San Juan, a quien aprecié mejor en La Plata y a quien admiro después de muerta, pues dejó un reguero varonil y afectivo en alumnas que se han agrupado bajo la enseña de su nombre y realizan, a la sombra de él, obra altruista y de compañerismo.

Culminaba entre éstas Raquel Camaña, que tenía la entereza y el fervor de Sarmiento en defensa del ideal educacional y científico; que tenía la varonil pujanza de su gran maestra Miss Graham, en su línea recta de conducta, en su desprecio de las convenciones sociales, y que en defensa de un feminismo sano, que no excluye el sondaje del organismo íntimo en que se incuba el

ser, ha ido hasta donde sólo el carácter puede llegar.

No hablaré de su inteligencia — porque ésta es don de la naturaleza que pule, adiestra y adapta la educación directa del hogar y de la escuela, y la refleja de la sociedad; — ni de la preparación que de ella surgía y facilitaron maestros de verdad y propias disposiciones.

Hablaré de su fervor y de su carácter, porque en ella fueron verdaderamente ejemplares y dignos de señalarse a la meditación de los educadores. No es constante, por desgracia, el carácter en un gremio expuesto a deprimirse y caer en la obediencia pasiva, olvidando que su misión es romper con la herencia que inmobiliza y con el ambiente que perpetúa el mandarinismo, para servir los ideales de la educación; y el fervor, indispensable al apostolado del magisterio, suele esfumarse ante convencionalismos ridículos o ante beneficios que se resuelven en satisfacciones materiales o de vanidad.

El alma máter de la acción del maestro, el fervor, era un imperativo categórico en la cerebración de Raquel Camaña. Sólo él explica porqué abandonando comodidades y regalonerías, deja patria y hogar, para buscar, ¡como Sarmiento, pues! luces y enseñanzas en las viejas y modeladoras sociedades europeas, y volver más fortalecida en el ideal encarnado en la patria naciente, amplia y generosa desde la hora de Mayo hasta la cimentación constitucional.

Encendida de ese fervor inquieto la vemos convertirse en su vocero autorizado y simpático en congresos, asociaciones, revistas, diarios y conferencias, irradiando su alma, pero empobreciendo su delicado organismo, en ese noble afán de saturar a su pueblo de la verdad que bullía en su mente, movía su corazón y llenaba sus grandes, dulces ojos verdiazules de una llamarada de luz: semejante a aquella que la leyenda pone en las sienes del elegido por la ansiedad humana para convertirlo en símbolo de un anhelo de dicha y de paz.

Sus compañeras de estudio, sus colegas, sus alumnas sobre todo, habrán sentido, a menudo, el influjo de esa electrización que explica el avance y desarrollo de todas las propagandas que responden, en la debida oportunidad, a la satisfacción de realidades o preparan el terreno para llenar aspiraciones; ese apasionado celo, puesto en servir los propios ideales, explica porqué ciertos maestros, sin mayor competencia técnica, consiguen resultados asombrosos en su enseñanza. Es que el fervor es sugestivo y contagioso; y Raquel Camaña era un reóforo transmisor de ciencia y de bondad cuando su verbo y su gesto eran conjunción de su potente cerebro — inteligencia y voluntad — y de su corazón, todo dulzura.

Eso bastaba para hacer de ella la maestra ideal.

Era, además, la mujer fuerte que rompiendo va-

llas de rutina y de convencionalismos, buscaba en la ciencia y en la conciencia sus inspiraciones. Aquélla le hizo decir, en forma que debió molestar beatíficas susceptibilidades, cual debía ser el rol de la mujer, — soltera, esposa o madre, — en su convivencia con el hombre: no su pupila como lo quiso la antigüedad tributaria de la fuerza y lo quiere la época moderna, amamantada en aquélla, sino su igual por la mente y por el corazón, sin desmedro del rol diverso que la naturaleza ha asignado a los sexos en las más nobles funciones de la progenitura y de la educación. Y lo que dijo al respecto, con la varonil pureza de una Diana, acentuó en ella aquellas condiciones de integérrima virtud, sin las cuales sería lujo estéril o peligroso la inteligencia y puente de perdición la sensibilidad.

Su razón, fortificada por el estudio, y la comparación de la sociabilidad embrionaria a que pertenecía con las antiguas sociabilidades europeas y asiáticas que visitó, la llevaron a despreciar el engaño de religiones que no resuelven misterios, ni acarrean consuelos, ni proporcionan felicidad, ni garantizan la paz, y que ahora mismo, a la sombra de cruces y de medias lunas, ahogan en mares de sangre la civilización que creían basamentar.

Inclinémonos ante la maestra fervorosa, ante la mujer fuerte; imitémosla; y para que su vida y su enseñanza se perpetúen entre las presentes y futuras generaciones, no olvidemos que se le debe el libro que recoja todo lo que ella dijo, que es

casi todo lo que ella hizo, porque en su inteligencia se unían independencia y labor, fervor y carácter.

Un año ha pasado desde que pronuncié esas palabras sobre la tumba prematuramente abierta, y he aquí ya el libro, que contiene lo más significativo de su producción pedagógica, impresa e inédita.

Sus páginas merecen ser leídas y meditadas. Ellas reflejan un temperamento y un ingenio excepcionales; por el calor de su inspiración y por la intensidad de su pensamiento, constituyen una de las más bellas floraciones originales del nuevo espíritu argentino.

José B. Zubiaur.

HUMANISMO, RELIGIÓN DEL PORVENIR

La creación de realidades sociales es el final único de toda obra educativa: La escuela debe moldear una nueva generación orientándola no sólo a la contemplación y satisfacción interna, en abstracto, de la justicia, de la verdad, de la bondad, de la belleza, sino a la acción fecunda que se traduzca en sentimiento hondo, intenso, sagrado de la vida, tanto más expansiva, tanto más universal cuanto más profunda, cuanto más humanamente individual sea.

Observando la marcha ascendente del hombre en su conquista de la felicidad, llama poderosamente la atención el ritmo oscilante que la anima: Acción y reacción, progreso y decaimiento, culminación y desagregamiento en vaivén continuo tejen y destejen la trama del progreso. Y a pesar de ello avanza el hombre. Cabe preguntar: ¿Qué fuerza lo empuja? ¿Será posible hallar una que lo conduzca sin desfallecimientos hacia un progreso indefinido, perdurable, cuya duración será medida por la duración de la especie humana y su culminación alcanzada con el advenimiento de una humanidad moralmente superior?

El ideal es la fuerza psíquica más poderosa: preconstrucción imaginativa de la realidad que deviene, como Ingenieros lo define, lo ideal es a la evolución lo que la imaginación creadora es al artista. La historia del progreso intermitente nos demuestra que ideales parciales alumbraron ese camino. Así el culto de la fuerza, aún entronizado en la barbarie de la guerra; el miedo al más allá de la vida, la esperanza de recompensas y el temor a castigos, encarnados en prejuicios pseudo-religiosos basados en dogmas ultra-humanos.

Estos ideales parciales, verdaderas ilusiones vitales, están condenados a desaparecer por la imposibilidad de evolucionar a la par de la vida integral adaptando lo interno a lo externo. Y la brusca ruptura de equilibrio con la realidad desorbita para siempre la vida, comprobándose que la ilusión vital — por otro nombre ideal parcial — es tanto más funesta cuanta mayor cantidad de verdad contiene.

Si pasamos en revista la evolución humana, veremos que, hasta para aquellos ideales que en un momento dado sirvieron más eficaz e intensamente la vida, llegó un instante en que, si no evolucionaron, adaptando lo interno a lo externo — la ilusión vital a las verdades científicas — se convirtieron en mentiras vitales desviando, deformando o aniquilando la energía interna, haciéndola creer en la posibilidad de una lucha contra la fuerza universal, convirtiendo la conciencia humana, esa síntesis de energía más evolucionada,

en constructora de abstracciones en guerra abierta contra la lógica de las realidades.

Luego todo ideal es eterno si evoluciona adaptándose a la vida. Degenerado o en vías de desaparecer no muere enteramente: queda siempre de él el acrecentamiento de la energía interior.

El ejemplo más nuestro porque más nos duele, de cómo degenera por cristalización un ideal, lo proporcionan las virtudes cristianas, "al principio indispensables" para corregir la virulencia del egoísmo nativo y contrarrestar los abusos naturales pero anti-sociales de los poderosos a fin de hacer posible la vida en común; pero hoy nocivas a las sociedades caducas, excesivamente domesticadas, cuyos ardores para la acción y la lucha piden más bien "enérgicos revulsivos", según la intensa expresión de Carlos Reyles.

Amiel señala, y con razón, que al escindir al hombre en interior y exterior, al mundo en tierra y cielo, al más allá en infierno y paraíso, el cristianismo ha descompuesto la unidad humana. Aún no ha digerido la cristiandad esa potente levadura; todavía no se ha conquistado a sí misma; aún vive bajo la antinomia del pecado y de la gracia, del aquí abajo y del allá arriba.

¡Y pensar que a veces no basta el esfuerzo ciclópeo de toda una vida para desarraigar, en lo posible, esos prejuicios religiosos mamados con la leche y cimentados con la primera educación! ¿No es humano arrancar las mentes y los corazones infantiles al fúnebre lecho de Procusto de la edu-

cación pseudo-religiosa actual? La ley que declare la educación e instrucción obligatoria en las escuelas del Estado, para todos, sin excepción, durante el tiempo necesario para hacer efectiva la educación integralmente humana — 2 horas diarias por lo menos — será una ley protectora de la infancia y, por lo tanto, de la especie humana.

Vale la pena detenerse a considerar hasta donde deforma o envenena la mentira vital religiosa. El hombre, no osando atribuir a sus propias fuerzas los grandes momentos en que la vida traza una línea ascendente, imaginó, por ignorancia, que, en determinados casos, su ser pasivo, influido, subyugado por una responsabilidad más potente, triunfa gracias a ese estímulo externo.

Los estados de potencia creadora inspiraron al hombre la solución de que él es independiente de la causa, de que él es irresponsable del efecto. Así la exaltación del artista en el momento de crear es atribuida, aún hoy, a la inspiración, a ese algo externo que se posesiona de uno sin saber cómo. La conciencia de un cambio originado en nosotros sin que lo hayamos provocado, en apariencia, parece exigir una voluntad externa al yo. Es que, realmente, al crear, sea cual sea el objeto creado, la energía interna, intensificando su acción, nos lleva más allá de ese nosotros mismos que existía antes del momento de la creación. Tal es la evolución creadora.

De una manera semejante, la pseudo-religiosidad deforma el concepto de ser humano. En los

momentos en que el hombre se supera a sí mismo, el sentimiento pseudo-religioso divide en dos la causa del acto dejando, para el hombre, la pasividad fácil y deprimente y, para el dios personal, la actividad superior y estimulante.

Toda creación de un dios antropomorfo, toda idea de intervención divina ocasional, toda desorbitación de la conciencia alucinándola con apoyos externos, no es más que una mentira vital, una alteración morbosa de la personalidad basada en el sentimiento de miedo, de terror ante la potencia inesperada del yo; alteración llevada hasta el desdoblamiento en los casos agudos de erotismo religioso, de histerismo beatífico o de éxtasis pseudodivino.

Las creencias, ideas o conclusiones acerca de una vida individual futura, engendradas por la necesidad de gozar, son ejemplos de falaz razonamiento imaginativo que va de lo conocido a lo desconocido piloteado por el sentimiento. Las concepciones de una inmortalidad feliz o lacerada, que se reducen a juicios de valor sobre las diferentes formas de la vida de las cuales una es el prototipo de soberano bien — paraíso — y la otra del soberano mal — infierno, — no encierran más que el deseo de vivir siempre, que engendró y organizó en su lucha con la duda, esa mentira vital.

Ante un peligro, frente al dolor, el deseo intenso de ayuda, inhibiendo los juicios racionales, engendró la ilusión de una intervención divina ocasional, explicable por la ceguera e insensibilidad de todo

aquello que se opone a un estado emocional agudo.

El dolor moral buscó un remedio, se esforzó por restituir, aunque fuera por medios artificiales — ilusión necesaria — la cantidad de vida, de energía perdida y engendró ese razonamiento de consolación que se llama plegaria, pseudo-consuelo que no conforta sino a los incapaces de consolarse a sí mismos nutriéndose a los pechos de la ruda y sana verdad.

El peligro mayor de la mentira vital religiosa es el que, como llena una necesidad humana aún no satisfecha por la ciencia; como equilibra, aunque momentánea y falsamente la línea de la vida; como engendra las grandes convicciones aparentes, se crea una lógica afectiva apropiada y domina, inconscientemente, a las multitudes.

¿Cuándo se sabrá, con el corazón y la mente, que toda idea religiosa, por bella y consoladora que sea, en apariencia, es mala si contiene la negación o la deformación de la vida tal cual nos es dado conocerla?

Reyles, en "La muerte del Cisne", sintetiza la actual agonía de esa mentira y profetiza que el esfuerzo trágico de la humanidad por acordar las leyes del universo a los deseos del corazón no puede menos de terminar un día por obediencia y adaptación humildes del corazón al universo. Comenzará así el reino de lo divino natural. Las criaturas, las cosas se graduarán en la escala de la vida por la cantidad de virtud que almacenen. Lo pequeño no podrá parecer grande, como

acontece para burla y escarnio de nuestra pobre inteligencia; ni lo débil robusto; ni las aspiraciones más nobles serán precisamente, por una estupenda inversión de valores morales, las que depriman y amengüen la voluntad del ser. Las superioridades, las verdades, los triunfos se impondrán sin demostración, por sí mismos, por el hecho de existir.

Sí! la elección de la vida entre aquello que la propaga y robustece y aquello que la amengua y desvirtúa no puede ser dudosa; lo bueno, lo justo, lo verdadero es lo favorable a la vida; lo malo, lo injusto, lo falso, lo que a ella se opone. Y al preguntarse Reyles si cabe una concepción religiosa de la vida semejante al ideal cristiano o una ilusión neo-romántica que surja del descreimiento como la pintada mariposa del gusano vil, me atrevo a responder: sí, surgirá un ideal nuevo y no será "una de esas mentiras saludables que en otrora fueron propicias al interés vital para producir el espejismo encantador; que daban a la existencia una razón de ser y le marcaban imperiosamente un derrotero". Será un ideal, hijo del instinto más potente, de aquél aún ineducado, del que rige a la vida entera desde que por él es engendrada. El ideal será hijo del instinto de procreación humana, integralmente orientado.

Es ley de desarrollo en la vida el vestir la realidad instintiva, y por ello sabiamente, con velos de ilusión tanto más cambiantes y espesos cuanto más íntimamente relacionados están los hechos con

lo esencial de la vida. Así ¿cuál acto biológico es más profundo que la generación y cuál ha sido y seguirá siendo el más poético, sagrado y humanamente idealizado?

Cuanto más hondas sean las raíces de la realidad en la vida psíquica, tanto más humanamente ideales serán las formas con que la imaginación las vestirá.

De ahí que el verdadero ideal, generado y nutrido por lo real, por la verdad humana, sea eternamente uno y vario a imagen y semejanza del hombre que lo sintetizó.

Entre el ideal humano y la realidad no pueden jamás originarse inharmonías. Como la idea es fuerza que tiende a realizarse en lo normal, el hombre actual, al concebir mejorado, encauzará su energía para realizar en acción el tipo creado subjetivamente en ideal.

Así, con libertad relativa, coopera en la evolución la energía consciente del hombre. Producto de lo ancestral, del medio y de la educación, pero producto de conciencia más evolucionada, al elevar subjetivamente el tipo humano por medio del ideal, encauza la energía interna y facilita la posible objetivación de esa energía. El hombre forja idealmente el tipo evolucionado y la mujer lo realiza objetivándolo en el hijo. Por acentuación de los caracteres específicos, la "involución", lo conservador, lo estático, lo femenino, se objetiva al procrear; mientras que la "evolución", lo avanzado, lo dinámico, lo masculino, se subjetiva

al idealizar. El hombre, al cultivar las ciencias, las letras, las artes, va creando idealmente tipos humanos cada vez más perfectos; inconscientemente dirige la energía interna hacia la brecha de menor resistencia. Y la mujer, encargada de velar por los intereses de la raza, fija en el hijo el tipo ideal creado por el hombre.

El papel de la mujer, en la evolución, es doble. En relación con su complemento sexual, la mujer representa en el universo la pasividad; pero, en cuanto se trata de preservar, de defender los intereses de la raza, la mujer desarrolla una actividad prodigiosa.

La importancia inmensa que podrá tener para la humanidad la comprensión de este doble papel de la mujer, comenzará a ser un hecho cuando el hombre deje de ver en su compañera tan solo a la hembra, y cuando la mujer, por la conciencia de sus deberes, se respete y se dignifique a sí misma conquistando ante los demás el derecho de ser considerada como un ser humano. Hasta ahora la mujer es género, sólo el hombre es individuo.

Cuando la pareja humana se complemente, el ideal de evolución que, hasta hoy, y con justicia, es principalmente masculino, se completará a su vez con la fase femenina.

Pero, completo en lo porvenir o incompleto en la actualidad, el ideal sano, hijo de lo real, es el incentivo que lleva al progreso, es el alimento de los fuertes luchadores, es la fuente de la religiosidad natural.

Y partiendo del principio de que toda idea religiosa que contiene la afirmación de la vida, tal cual nos es dado conocerla, es buena; y de que toda idea religiosa, por bella y consoladora que sea en apariencia, es mala si contiene la negación o la deformación de la vida, tal cual nos es dado conocerla, arribaráse a la conclusión negativa de que la educación e instrucción pseudo-religiosa actual es mala porque es contraria a la afirmación de esta vida; porque deprime la personalidad incitando a desconfiar de nuestras propias fuerzas, señalando como finalidad de la vida humana un más allá de la vida misma, deslumbrando con ilusiones, deformando hasta lo absurdo, lo natural, al engendrar y alimentar prejuicios, sobre todo prejuicios sexuales; colocando el centro de gravedad psíquica, la voluntad de potencia, fuera del hombre mismo al hacerle vislumbrar una posible intervención divina ocasional; y arribaráse a la conclusión afirmativa de que la religiosidad humana, basada en la educación e instrucción integral, diviniza al hombre haciéndole concebir como ideal el superarse a sí mismo al crear, al dar vida a un nuevo ser.

El más humano ideal del hombre, es ser padre; el más humano ideal de la mujer, ser madre. Padre y madre, respectivamente, de hijos mejores, física y moralmente superiores de generación en generación, preparando así el advenimiento de razas futuras que sean jalones en el perfeccionamiento de la Humanidad.

Todas las nociones y principios convergentes a la formación de una nueva moral, favorable a esos ideales, constituyen el culto a la vida y son las virtudes supremas en la religión natural del perfeccionamiento humano.

EUGENISMO Y PROFILAXIS SOCIAL

La profilaxis social tiene una sola base firme: la educación. De ahí que educar sea deber y derecho primordial del Estado.

El Estado tiene un ideal humano al que se propone arribar y un molde común donde vaciar las sucesivas generaciones para aproximarlas a la realización de ese ideal.

Si alguien propusiera al Estado la posibilidad de tener en sus manos elevado porcentaje de niños a quienes educar e instruir de acuerdo con su ideal de gobierno para convertirlos, ya hombres y mujeres, en el más eficiente sostén de la familia y de la sociedad y en los más esclarecidos propulsores de la verdad, de la bondad y de la belleza, el Estado, seguramente, por egoísmo bien entendido, única y real virtud, ensayaría la solución propuesta.

Y bien: El Estado tiene en sus manos gran parte del capital humano en sus niños expósitos, huérfanos y desamparados y, en lugar de sacar de ese capital humano el mayor provecho posible para afianzarse a sí mismo mejorándose, lo convierte en elemento de disolución, de atraso, de vicio, de crimen; lo pervierte y degenera.

Hacina a la niñez, necesitada de cariño y protección maternal y social, en antros llamados cunas, hospicios, orfelinatos, casas de corrección donde centenares de niños malogran lo bueno que la herencia perpetuó en ellos y desarrollan todo lo malo que semejante ambiente artificial es capaz de engendrar.

¿Cómo desarraigar ese mal, el más grave que a la humanidad aflige puesto que es causa de profunda degeneración?

Hay un solo medio: educar humanamente y educar más a aquel que más lo precisa.

Si económicamente es imposible pedir una rápida reforma substancial del régimen por el cual hoy el Estado hace de sus huérfanos sirvientes y permite que las condiciones en que coloca a sus huérfanas hagan de ellas prostitutas; si es imposible pedir que desaparezca a plazo fijo la irónicamente llamada "Cuna" y esos pudrideros sociales que se llaman Correccionales de menores—(conste que esta crítica es universal y no exclusiva) — si no podemos arbitrar los recursos necesarios para que el egoísmo bien entendido, el instinto de conservación social, el derecho a la vida — y no la caridad, y no la protección — sean un hecho, podemos, sí, ofrecer un paliativo y un preservativo: que lentamente vaya transformándose el régimen antihumano por el tutorial que pondrá a 15 ó 20 expósitos, huérfanos o delincuentes, bajo el amparo de una familia convenientemente seleccionada.

Y mientras se orienta en esa dirección, que se saque en lo posible, al niño expósito, huérfano o abandonado, del pudridero del asilo; que se le mezcle con los otros niños haciéndolo concurrir a escuelas del Estado, no a escuelas creadas especialmente para él, pues el mal no haría sino cambiar de nombre: a escuelas donde el número de esos niños sea ínfimo con relación al número de los felices con padres y hogar.

Que el Estado instituya becas, tan numerosas como la necesidad lo reclame, para que esos niños sigan los estudios que sus aptitudes demuestren necesitar; que el Estado cree tantas escuelas agrícola-ganaderas cuantas fuere necesario — siempre procurando mezclar ese elemento más necesitado de cariño y de ayuda social al elemento producto del hogar.

Que las colonias agrícolas y ganaderas sean las correccionales de menores, siempre bajo el sistema tutorial.

Que las escuelas profesionales e industriales acojan lo que la agricultura, la ganadería y la universidad no hayan podido asimilar.

Y la base y la cima de ese nuevo edificio social la constituirá el preservativo prometido. La escuela hogar originada y nutrida por la Eugenia.

La nueva ciencia denominada "Eugenia" (del griego "ey genos": buen origen), se propone, según su fundador, Sir Francisco Galton, estudiar las causas sometidas al contrato social que pueden mejorar o debilitar las cualidades de raza en las

futuras generaciones desde el punto de vista físico o mental.

Así definida, la Eugenia es la "puericultura antes de la procreación", rama y primera parte de la Puericultura, ciencia cuyo fin es el estudio de las condiciones relativas a la reproducción, a la conservación y al conservamiento de la raza humana.

Aunque la conducta eugénica está aún en embrión, esperando que sea una realidad su fin; la salud de la raza, la Eugenia, comprendiendo la Genética, es ya una de las más importantes disciplinas de las ciencias biológicas del porvenir; ciencias que se concretarán casi exclusivamente a prevenir la debilidad y la morbilidad; a curar permanente y no temporariamente su irradiación social más bien que sus manifestaciones individuales.

A medida que los pueblos se instruyan en lo concerniente a la salud e higiene del individuo y de la raza, exigirán cada vez más que se les ponga en condiciones de prevenir la debilidad en ellos mismos y en su descendencia.

La Eugenia, que es una aplicación social de las ciencias biológicas, no puede aún ser juzgada por sus resultados, pero sí por sus tendencias. Regular las uniones humanas para obtener la mayor proporción de individuos mejor adaptados a la forma de sociedad actual.

La selección artificial podrá ser aplicada a la especie humana cuando los matrimonios se concerten entre los mejor dotados física y mentalmente

y cuando se retire la posibilidad de procrear a los mal dotados.

Entonces será un hecho lo deseado por Nordau: para el mejor hombre, la mejor mujer y para sus hijos el mundo.

La biología, la sociología, la historia, las leyes y costumbres sociales, relacionadas con la Eugenia, le aportarán interesantes datos, al mismo tiempo que las investigaciones referentes a la herencia fisiológica y patológica, aclararán muchos puntos obscuros de la naciente ciencia.

Pero lo esencial es enseñar a las masas populares las condiciones individuales, actualmente bien conocidas, que permiten una buena y sana procreación.

Valiéndose de todos los medios y tan pronto como sea posible, es necesario encauzar la corriente popular en el sentido de demostrar a una gran mayoría de seres humanos la necesidad imprescindible de una "procreación consciente," es decir, "ilustrada". Hay que abordar con valor, con energía, con amor, la dignificación del instinto sexual, único que aún subsiste como en los tiempos primitivos: en estado de barbarie y eso en todas las que hoy se dicen naciones civilizadas.

Llenada esta necesidad, recién se habrá conquistado el derecho de buscar lo que debe y puede hacerse contra aquellos cuya progenie constituye un serio peligro.

La naciente conciencia social se manifiesta por una mayor cantidad de poderes y deberes asumidos

por el Estado y por el sentimiento de la "solidaridad social". La supresión de toda posibilidad de descendencia en locos, alcoholistas, tuberculosos y sifilíticos será una conquista humana en un cercano futuro.

Es necesario desarrollar una nueva concepción étnica del individuo en sus relaciones con el grupo social.

Y la mejor solución del problema eugénico será el surgimiento de una "democracia vital", más importante que la política o la industrial.

¿Cómo debe utilizar el Estado, para mejorarse a sí mismo y no por caridad para con los demás; cómo debe el Estado utilizar la ciencia eugénica para que la humanidad futura sea superior a la actual física y mentalmente; para favorecer los intercambios sociales permitiendo que los mejor dotados eugénicamente asciendan y obligando a descender a los inadaptables; cómo contrarrestar la nociva influencia del medio sobre el desarrollo individual; cómo detener la degeneración social; cómo obligar al individuo a que adquiera aptitudes sociales superiores más y más variadas?

Sin dejar de lado la acción negativa — lucha contra la locura, la tuberculosis, la sífilis y el alcohol — propongo una acción positiva: la educación eugénica, para todos sin excepción y tanto más cuidada cuanto mayor sea la necesidad de ensayarla.

¿Cómo realizar prácticamente este ideal?

Primer ideal realizable: la escuela debe ser una.

Del Estado, del pueblo y para el pueblo todo, sin distinción de castas ni de fortunas; la encargada de instruir, solidarizando los vínculos entre las diversas clases sociales, uniformando la orientación educativa, sugiriendo, por la práctica, un común ideal social de solidaridad.

Aléganse en contra los derechos de los padres y la libertad de enseñanza.

Olvídase que el derecho del niño supera al de padres, sociedad y religión, que son a la niñez lo que el pasado al futuro.

Y la libertad de enseñanza, como derecho, es privativo, en primer lugar, del Estado, obligado a moldear las futuras generaciones de acuerdo con su ideal de progreso humano. El Estado usaría, sin abusar, de ese derecho, imponiendo la coeducación sexual y social obligatoria para todos, sin excepción, dos horas diarias, por ejemplo; el tiempo necesario para que su escuela, el molde de su ideal,— desde el Jardín de Infantes hasta la Universidad — dictase la cátedra práctica de humanidad. Padres y educadores, extraños y aun enemigos de este ideal social, dispondrían de 22 horas diarias para coadyuvar a él o combatirlo, en la convicción de que hasta los ataques servirán para evidenciar su excelencia.

La escuela única, la del Estado, laica, popular, basada en la coeducación, tenderá a hacer converger las ciencias, las letras, la moral, el arte y la religión humanas hacia la educación y la instrucción sexual engendrando la *escuela-hogar*, ho-

gar de niños conociéndose, protegiéndose y amándose mutuamente.

Cada instituto de enseñanza tendrá como anexo indispensable una *cátedra práctica de humanidad:* Escuela maternal para niños de 3 a 6 años anexa a las escuelas primarias — realizándose así el hasta hoy utópico Jardín de Infantes; — Salas-cunas, Institutos de maternología y de puericultura anexos a los Liceos, Colegios Nacionales, Escuelas Profesionales, especialmente Normales, e Institutos del Profesorado Superior; Hospitales de Niños, Salas de Maternidad, Escuelas de Estirpicultura anexas a las Facultades, especialmente a la de Medicina, evitándose así el peligro que acecha a los estudiantes universitarios, quienes, por recibir aisladamente la instrucción sexual sin haber sido previa, sabia y prácticamente educados, pagan mayor tributo a las enfermedades vergonzosas.

La enseñanza constituirá recién un ciclo integral: Será humana. Aprovecharán los que se inician, recibiendo de los universitarios; aprovecharán éstos aplicando y realizando.

Los alumnos de la Facultad de Medicina darán cursos teórico-prácticos de puericultura y de maternología en los institutos anexos a los Colegios y dictarán clases populares de instrucción sexual dedicadas a los padres de familia, a los maestros, a los obreros.

Los alumnos de la Facultad de Ingeniería dedicarán cursos íntegros a la edificación escolar y obrera; resolverán el problema base para la reali-

zación de la escuela-hogar: uniformar en un solo plano higiénico el liceo, el taller y la sala-cuna para constituir un solo engranaje maternal que permita a la madre obrera alimentar a su hijo en los hoy utópicos 15 minutos que la ley le acuerda cada 3 horas; que permita al joven educando velar por el niño, aprendiendo a amarlo; y al estudiante de medicina practicar instruyendo.

La Facultad de Derecho y la de Filosofía coadyuvarán divulgando nociones-bases, en cursos populares sistematizados, sobre la historia y formación de la familia, la constitución legal del matrimonio, la responsabilidad paterna, la investigación de la paternidad, la ley de herencias, la patria potestad, el divorcio, la moral sexual, la situación legal y social del hijo espurio, el derecho que asiste a la mujer para reclamar una moral equivalente para ambos sexos y el deber que llenará previamente para reclamar ese derecho: ser madre en toda ocasión de la vida.

La escuela será recién escuela de vida y no fosilización de prejuicios sociales, sexuales y religiosos, como actualmente lo es.

La solidaridad social será un hecho. Y la Eugenia, su base y su cima, permitirá al hombre superarse a sí mismo al crear.

Entonces comenzará a preocupar, científica y humanamente, el problema de los sexos basado en un ideal religioso: la religiosidad humana.

Partiendo del principio de que toda idea religiosa que contiene la afirmación de la vida, tal

cual nos es dado conocerla, es buena; y de que toda idea religiosa — por bella y consoladora que sea, en apariencia — es mala si contiene la negación o la deformación de la vida, tal cual nos es dado conocerla, arribaráse a la conclusión negativa de que la educación e instrucción pseudo-religiosa actual es mala porque es contraria a la afirmación a la evolución de la vida.

Y arribaráse a la conclusión positiva de que la religiosidad humana basada en la educación e instrucción sexual, diviniza al hombre, haciéndole concebir como supremo ideal el superarse a sí mismo al crear un nuevo ser, al dar vida a un hijo.

Gobernar es educar: La transformación de la sociedad no se hará sin una entera transformación de la escuela. Y esa es obra de mujer, fase de maternidad.

La escuela actual — desde el Jardín de Infantes hasta la Universidad, en nuestra Argentina y en el resto del mundo, más en la vetusta Europa que en la adolescente América — no educa para la vida: Enseña a leer, a escribir, a contar; hace funcionarios públicos, maestros, abogados, médicos, ingenieros: pero no se preocupa de formar al hombre. Su única influencia profunda manifiéstase en el amoroso cuidado con que cultiva sentimientos y prejuicios engendradores de las virtudes militares: Inculca y diviniza el arte de matar y envilece y bestializa el de crear la vida.

FEMINEIDAD

El problema de los problemas — el de los sexos — no es, en el fondo, una cuestión de preponderancia ni de antagonismo, sino el problema de "la persona humana" considerada bajo su doble aspecto "masculino" y "femenino", aspectos tan importantes el uno como el otro, aunque esencialmente diferentes.

Y la unión de esos dos aspectos, lo "masculino" y lo "femenino", da a la generación su verdadera dignidad e importancia humana que la distinguen de la reproducción animal propiamente dicha.

Por acentuación de los caracteres específicos, la "involución", lo conservador, lo estático, lo femenino, se objetiva al procrear; mientras que la "evolución", lo avanzado, lo dinámico, lo masculino, se subjetiva al idealizar. El hombre, al cultivar las ciencias, las artes, las letras, va creando idealmente tipos humanos cada vez más perfectos.

Lo ideal es a la evolución lo que la imaginación creadora es al artista: muéstrale la inspiración, en el miraje, la obra futura. Y la sola concepción

de la belleza lo empuja a realizarla. Fouillée lo dice: "Las fuerzas en acción en el mundo o en nosotros, cualquiera que sea su naturaleza intrínseca, concluyen por concebirse en nuestra propia conciencia y, al concebirse, transformándose en ideas, juzgan lo real, lo modifican, se convierten en ideas-fuerzas".

Así, el hombre concibe idealmente el tipo evolucionado que la mujer realiza objetivándolo en el hijo. Y como la idea es fuerza que tiende en lo normal a realizarse, el hombre actual, al concebirse mejorado, no hace más que encauzar su energía para que realice, al objetivarse en acción, el tipo creado subjetivamente en ideal.

El papel de la mujer en la evolución es doble. En relación con su complemento sexual, la mujer representa en el universo la pasividad; pero, en cuando se trata de preservar o de defender los intereses de la raza, la mujer desarrolla una actividad prodigiosa.

¿A qué atribuir la inferioridad actual de la mujer?

A la herencia sexual. Como biológicamente es más débil, pues la maternidad significa para el sexo un sacrificio enorme de energías orgánicas y psíquicas, en tanto que en las relaciones universales predomine la fuerza sobre la razón, la mujer no podrá recibir como herencia sexual psíquica más que lo conquistado a pesar de su debilidad física.

Objetaráse, como actualmente se objeta en la

América del Norte, que aun cuando la mujer disfrute de entera libertad para su desarrollo integral los resultados no corresponderán a sus esfuerzos. Pero el problema, así, está mal planteado. La herencia sexual acumulada en la mujer a través de tantas generaciones como cuenta la especie no puede ser contrarrestada individualmente en la evolución personal. Necesitaráse la acumulación de la causa: progreso individual continuado en varias generaciones para que la base orgánica de esa debilidad psíquica femenina, el cerebro del sexo, por decirlo así, evolucione progresivamente hasta equivaler al órgano mental del hombre.

Parecerá que mientras el sexo femenino progrese el masculino deberá quedar estacionario para permitir el equilibrio. Absolutamente: Se reproducirá el fenómeno observado en nuestra América al asimilar la civilización europea. Implantado lo que costó milenios a sus legítimos poseedores, desarrollándose en estas tierras vírgenes con vigoroso impulso que promete equivaler en un futuro no muy lejano a la civilización engendradora, creando un tipo específico de alta cultura.

Las leyes de la imitación entrarán en juego si, con entera libertad, se ofrece a la psiquis femenina todas las oportunidades para su integral desarrollo. La emulación sexual hará el resto en beneficio de la pareja humana. Y la función específica femenina, la maternidad, será el medio na-

tural de impulso, de evolución, de ascensión moral e intelectual.

Recién la mujer, al sentirse madre, comprenderá que es su deber el nutrir a ese hijo en formación no sólo con aire puro, alimentos apropiados, el ejercicio necesario, sino que debe, esencialmente, moldear esa almita con tranquilidad de espíritu, con igualdad de carácter, con sana alegría, con esperanzas siempre renovadas; que debe evitar toda repercusión de desalientos, de sinsabores, de enojos, de crisis nerviosas.

Y así, bajo la influencia de la ley de amor, lo creado creará a su vez, mejorando el hijo a la madre.

Y esta solución del problema humano por excelencia hará triunfar una "democracia vital" más importante que la democracia política o industrial.

SOBRE EDUCACION

Lo ideal es a la evolución lo que la imaginación creadora es al artista. Muéstrale la inspiración en el miraje la obra futura y la sóla concepción de la belleza lo impulsa a realizarla.

Hasta nuestros días los pseudo-ideales que han movido a la humanidad, guerreros, económicos, sociales, artísticos, morales, la han impulsado parcialmente hacia el progreso. Parcial, es decir erróneamente. Las concepciones unilaterales, cuanto más perfectas son, son tanto más destructoras, inofensivas y aun benéficas en apariencia; a la larga dan desastrosos resultados. Llevan latente un germen de destrucción porque no es posible deformar substancialmente la naturaleza humana sin destruir en ella lo que se opone a la realización de esos ideales abortados.

Y si esto decimos de los pseudo-ideales, ¿qué fuerza bastará para anatematizar la mentira vital religiosa cuyo mayor peligro estriba en la belleza y en el consuelo presente y promesa futura de imaginarios bienes caros al hombre? Llena esa mentira vital una necesidad humana, aún no satisfecha por la ciencia; equilibra, aunque momen-

tánea y falsamente la línea de la vida; engendra las grandes convicciones aparentes; se crea una lógica afectiva apropiada y domina inconscientemente a las multitudes.

¿Cuándo se sabrá, con el corazón y con la mente, que toda idea religiosa — por bella y consoladora que sea en apariencia — es mala si contiene la negacón o la deformación de la vida tal cual nos es dado conocerla? ¿Cuándo se afirmará, con el corazón y con la mente, que toda idea religiosa que contenga la afirmación, la evolución de la vida tal cual nos es dado conocerla, es buena?

Recién entonces se verá con horror cuán criminal ha sido el deformar las imaginaciones infantiles en el lecho de Procusto de la educación pseudo-religiosa actual. La tragedia en la vida se origina al develar la inarmonía existente entre la "mentira vital" y la realidad.

Conviene deslindar, en lo posible, la "mentira vital", — pseudo principio estimulante, ilusión falaz, — de lo reservado al ideal, hijo y procreador de la vida.

Cuanto más hondas sean, en lo futuro, las raíces de la vida en la realidad, tanto más humanamente ideales serán las formas con que la imaginación se vestirá.

De ahí que el verdadero ideal, generado y nutrido por lo real, por la verdad humana, sea eternamente uno y vario, a imagen y semejanza del hombre que lo sintetizó.

Entre el ideal humano y la realidad no pueden jamás originarse inarmonías. Y ahí tenemos el criterio pragmático para distinguir el ideal de la mentira vital. Ante el recuerdo, la fría razón llegará a despojar a cada acto de la belleza con que el instinto de conservación lo vistió; pero no dejará de reconocer que esa atrayente apariencia despertó deseos, domeñó apetitos, avivó energías, templó voluntades y orientó la psiquis hacia la conquista del ideal que no es más que la realización imaginativa del super-hombre, la visión profética del devenir humano.

Y como la energía es fuerza que tiende, en lo normal, a realizarse, el hombre actual, al concebirse mejorado, no hará más que encauzar su energía para que realice, al objetivarse en acción, el tipo humano creado subjetivamente en ideal.

Pero completo en lo porvenir o incompleto en la actualidad, el ideal sano, hijo de lo real, es el incentivo que lleva al progreso, es el alimento de los fuertes luchadores.

No así la mentira vital, la pseudo-religiosidad, ilusión falaz que sostiene a los débiles y cuya brusca ruptura de equilibrio con la realidad desorbita para siempre sus vidas.

La mentira vital:—mitos, dogmas o prejuicios religiosos, falsas vocaciones científicas, artísticas o literarias, mimetismo social o político; falaces teorías o engañosas promesas que deforman y envenenan la inteligencia o la sensibilidad extra-

viando la voluntad,—tienen como único vencedor futuro, la educación integral humana y, como paliativo actual, la lucha contra los prejuicios.

Dijimos que, dejando de lado la "mentira vital religiosa", el hombre ha progresado a impulsos de un ideal incompleto como hasta ahora lo es la criatura humana. El hombre completo se compone del hombre y de la mujer y hasta hoy tan sólo el hombre es individuo.

De ahí que el problema de los sexos no sea, en el fondo, una cuestión de antagonismo ni de preponderancia unilateral; sino el problema de "la persona humana" considerada bajo su doble aspecto "masculino" y "femenino", aspectos tan importantes el uno como el otro, aunque esencialmente diferentes.

La importancia inmensa que podrá tener para la humanidad la comprensión del papel de la mujer comenzará a ser un hecho cuando la mujer, por "la conciencia de sus deberes" y no como equivocadamente piden las ilusas sufragistas por "la ejercitación de sus derechos", la mujer se respete y se dignifique a sí misma conquistando, ante los demás, el derecho de ser considerada como un ser humano.

Diráse que mientras el sexo femenino progrese, el sexo masculino no se quedará estacionario.

Entonces se reproducirá el fenómeno social observado en América. Implantada la civilización

europea, cuya conquista costó milenios a sus primeros poseedores, desarróllase en las tierras vírgenes con tan viguroso impulso que promete equivaler, en originalidad, en un futuro no muy lejano, a la civilización engendradora.

Las leyes de la imitación entrarán en juego si, con entera libertad, se ofrece a la psiquis femenina toda oportunidad para su integral desarrollo. La emulación sexual hará el resto en beneficio de la pareja humana. Y la función específica femenina, "la maternidad", será el medio natural de impulso, de perfeccionamiento, de evolución, de ascensión moral e intelectual.

La inclusión del sentimiento de la maternidad integrará el ideal humano, originado en el instinto fundamental, potentísimo, hasta hoy ineducado, en el instinto de la procreación.

La naturaleza, científicamente interpretada, conducirá al adolescente a amar la ley de la vida, de la fecundación, del desarrollo y a medir la transmisión consciente de esa energía que nos diviniza al hacernos desear que lo creado supere al creador.

La educación e instrucción sexual, iniciada entonces en el hogar, se orientará, científica y humanamente, en la escuela.

Y esta iniciación regular, normal, sana, es tanto más necesaria cuanto que el espectáculo de la vida, en la calle, en los teatros, en los libros, en los periódicos, en los avisos, hasta en la es-

cuela y en la familia misma a veces, deforma o envenena lo que debiera divinizar la vida.

Con desconsoladora frecuencia, de la cuestión sexual, ve la juventud lo trivial cuando no lo obsceno. Torpemente iniciado por compañeros o por sirvientes pervertidos, llegan al joven las bajezas, las vergüenzas y los vicios antes que la vida normal y el amor sano.

No es sensato entregar al azar el porvenir de la raza: Conocer el peligro es evitarlo a medias.

Despertando el orgullo de vivir, tan natural en la juventud, se le hará palpar cuanta miseria, cuanta degradación, cuanta animalidad se encierra en la compra del placer.

Alumnos y maestros unidos buscarán los mejores medios tendientes a suprimir los mal llamados "males necesarios", la prostitución y su derivado la sifilización de la raza humana.

Educando la voluntad del joven, la psicología le demostrará que el apetito sexual no es incoercible; que el dominio de sí mismo es la base de la salud; que no hay tal fatalismo en el amor; que la irresponsabilidad del hombre o de la mujer tienen un solo nombre: cobardía.

Generando el sentimiento de la responsabilidad, se le hará comprender que, si es criminal el abandonar al hijo, es tanto más criminal el contagiar a la madre una enfermedad vergonzosa o el acentuar en el hijo la degeneración moral o mental del padre.

Se le hará aceptar, teóricamente, en absoluto, que, para que el amor reuna todas las condiciones que exigen la moral y la higiene, el interés de la especie y de la sociedad, es necesario que sea, en lo posible, libre y voluntario; libremente deliberado; reflexiva, voluntariamente llevado a cabo; voluntariamente aceptado con sus riesgos y con sus consecuencias, con sus responsabilidades y con sus deberes.

Y la ley, que es a las costumbres lo que la verdad es a la experiencia, sancionará estrictamente todas las responsabilidades que nazcan del acto sexual que llegará a ser, en sí mismo, un contrato tácito.

Esta educación integral fortalecerá en la mujer el contralor de la razón para que ésta domine a la emotividad exagerada, a la superexcitabilidad nerviosa que ha permitido definir su psicología como la psicología de los extremos.

Como "mujer" y "madre" son sinónimos, esta educación sexual enseñará a la mujer a saber amar a sus hijos. Ante todo le demostrará que nadie tiene derecho de dar vida a un ser en condiciones anómalas. Desarrollará ante ella la situación legal y social del hijo espurio; demostrará que es por cobardía, jamás por amor, que la mujer pierde el derecho de ser llamada con justicia "madre". La ley de la herencia le será explicada como ley higiénica para combatir las enfermedades que traen aparejada la degeneración de la raza.

Recibirá consejos de higiene individual y social referentes a los órganos y funciones maternales, al embarazo, a las enfermedades. Teórica y prácticamente estudiará la puericultura.

Así se desarrollará en la mujer el sentimiento de la responsabilidad, de su dignidad como persona humana; el respeto hacia sí misma, el instinto de solidaridad universal.

A la par de la educación integral marchará la instrucción íntegra, conjunto sintético, encadenado, paralelamente progresivo, en todo orden de conocimientos, desde la más temprana edad y desde los primeros elementos educativos.

En todas las ramas del humano saber, que se subdividen luego al infinito, hay, en el origen, verdades simples, fácilmente observables e inteligibles al alcance de la mente infantil. Deben constituir el tesoro de nociones poseídas por el infante, tesoro destinado a enriquecerse gradual y cíclicamente.

No insistiré aquí sino en los defectos de que más adolece nuestra enseñanza libresca escolar.

El idioma materno será objeto de cuidadoso, de amoroso estudio. El niño llegará a ver en él tanta vida como la que a una planta o a un animal anima. Pero la vida del lenguaje le será más querida, porque hablará a su corazón, a su inteligenlia, a su voluntad.

Aboguemos por la humanización de la historia: enséñese a los jóvenes la génesis y el desarrollo

de los grandes hechos humanos, individuales y sociales; la evolución del trabajo, de las artes, de la industria, de las ideas, de la vida íntima; relátesele la importancia de la familia a través de la humanidad, la lucha del padre por defenderla, la de la madre por afianzarla; déjese de lado o empléese como ilustración necesaria la historia política y guerrera; estúdiese el advenimiento del pueblo al gobierno más bien que la apología de los reyes y conquistadores; la historia de la evolución de la humanidad, más bien que la de las dinastías o de las batallas.

Utilícese la biografía de los grandes hombres como escuela de voluntad.

Que la educación artística servirá de base a la educación patriótica. El decorado escolar utilizará motivos de la flora y fauna argentina; paisajes, ilustraciones imaginarias hechas por los alumnos de la leyenda y de la historia patria. Que la música evoque, en lo posible, el sentido y la belleza del lugar que la engendró. La lectura artística, el recitado aprovechará la prosa y la poesía nacional.

Recién permitirá la escuela que el niño elija con conocimiento de causa una ocupación en armonía con sus gustos, con sus aptitudes y conservará en él la tendencia integral, el espíritu de generalización que le preservará de la especialización prematura, excesiva, estrecha, retaceada,

maquinal, desorganizadora, cuyas consecuencias fatales deplora la generación obrera actual.

Moralmente el niño asimilará la noción de causa, de equilibrio, de desarrollo individual; la de justicia y reciprocidad social. La base científica engendrará en el niño el concepto de ley de progreso, de evolución. Ante todo la educación e instrucción integralmente humana no hará daño al niño, pues de ella serán descartados los prejuicios falaces, las impresiones deprimentes; todo lo que arrastra a la imaginación fuera del campo de la verdad, lo que la turba o desordena: sugestiones malsanas, excitaciones de la vanidad, de la rivalidad o de los celos.

En cambio rodeará al niño de un ambiente de calma, de orden, de verdad natural; desarrollará el sentimiento de la responsabilidad; ejercitará al niño en el empleo graduado de la libertad y le hará sentir el orgullo de vivir dignamente la vida.

Una observación de importancia suma antes de presentar el plan de reformas que hagan posible la educación humanamente integral.

Me refiero a la fobia de la libertad, de la responsabilidad, que predomina en nuestras escuelas originando esa disciplina de cuartel, impuesta de afuera adentro, que domina por el miedo al castigo y que hace necesario un ejército de celadoras, de maestras y hasta la presencia continua de los directores y vicedirectores. Así se manda y así se domina, pero así no se educa. Reviviré aquí, entre vosotros, la escuela de Mary O'Graham, la Nor-

mal de La Plata, que no tuvo jamás celadoras. Apréndase en ella a obedecer y a mandar pero, sobre todo, a obedecernos y a mandarnos a nosotras mismas. Necesitan vigilantes, nos decía, despertando en nosotros el orgullo de vivir dignamente la vida, necesitan vigilantes los amorales, los inmorales, los abúlicos, los dementes, los imbéciles, los degenerados... Que quien se coloque a sí mismo en cualquiera de esas categorías lo pida y la clase se lo concederá.

LA EDUCACION SEXUAL (1)

Nietzsche, el tan mal comprendido, en uno de los capítulos del Zarathustra, el capítulo titulado "Del matrimonio", parafrasea esta ley de Manú: Un hombre completo se compone del hombre y de la mujer — y nos dice:

"Tengo una pregunta para tí solo, hermano mío. La arrrojo como una sonda en tu alma para conocer su profundidad. Eres joven y deseas hijo y matrimonio: — ¿Eres hombre que tenga derecho de desear un hijo? ¿Eres el victorioso vencedor de tí mismo, el amo de tus sentidos, el soberano de tus virtudes? ¿O bien la bestia y la necesidad hablan en tí en nombre de tu deseo?

"Quiero que tu victoria y tu libertad engendren el deseo de un hijo. Debes construir más arriba que tú mismo. Pero antes es menester que tú mismo estés construído. No debes tan sólo reproducirte y trasplantarte; debes, sobre todo, plantarte más alto. Que el jardín del matrimonio te sirva para ese fin. Debes crear a un creador."

En efecto, ahí está el núcleo de la educación sexual: Lo que en ella interesa es el hijo.

---

(1) Conferencia patrocinada por la Liga para los derechos de la Mujer y del Niño.

La naturalza, al producir un nuevo individuo, está orientada hacia un fin superior al de la conservación de la especie. Ese fin es la ascensión, el de hacer que la criatura supere al creador.

¿Cómo conseguirlo?

La madre cumple ese deber por instinto — oiréis decir: Le basta con amar. Y el amor materno es el más grande, el más profundamente arraigado.

Verdad es, pues de él depende la conservación de la especie. Pero ¿basta con amar? El amor es una fuerza, la más potente de todas; por lo tanto la de peores consecuencias si no está bien orientada: Hay que saber amar. Y lo difícil entre lo difícil es cerrar por amor la mano por amor abierta.

A la mujer-madre, corresponde el tomar como suyos los intereses de la raza. De ahí su grandeza intrínseca.

Pero, ¿dónde y quiénes preparan a la mujer-madre? La maternidad es tema vedado en la familia, es tema vedado en la escuela, es tema vedado en sociedad.

¡Y decir que es el porvenir de la raza el que está en juego en esa ignorancia materna, en esa falta, para ambos sexos, de educación y de instrucción sexual!

La principal tarea reservada, en la actualidad, al padre y al maestro, es la de educar e instruir sexualmente a las nuevas generaciones; es la de incluir el instinto procreador, el más poderoso de

los instintos, aquel que hasta hoy no ha salido de la animalidad, en el radio de la moral científica por medio de una educación apropiada.

¡Cuán verdadera es esta observación de Ricardo Rojas!: "La familia argentina seguirá dándonos los espectáculos de su virtud fecunda, pero completamente egoísta, ignorante, instintiva. Una familia en tales condiciones no se halla todavía preparada para substituir a la Iglesia".

Verdadera y desconsoladora conclusión.

Pero si los padres, no preparados para llenar su deber esencial, que los hijos transmitan la vida en las mejores condiciones posibles, declinan ese deber en la Iglesia, tal como hoy está constituída, condenan a sus hijos y a los hijos de sus hijos, a la ceguera moral. El ideal humano, para el catolicismo es un ideal anti-natural, basado en el cumplimiento del deber por imposición divina y en la creencia de castigos y recompensas de ultra-tumba: Lo más cercano de la naturaleza del hombre es el dogma anti-humano del pecado original.

¿Cómo esperar que, pasando de los padres ignorantes a los religiosos conscientes de una vida que no es la terrestre, la juventud interprete de una manera científica, natural, humana, la vida y su problema esencial, la transmisión de la vida?

"Hay que aumentar la suma de dicha de la vida humana. No es de pecado, de expiación, de redención, de lo que hay que hablar en adelante

al hombre. Es de bondad, de indulgencia, de alegría, de amor humano'', nos enseña Renan.

Aceptemos, como verdad fundamental, que la educación sexual debe tener una base religiosa.

Pero, ¿cuál? ¿Qué criterio pragmático nos permitirá reconocer cuándo una idea, cuándo un sentimiento religioso son o no verdaderos, es decir, son o no humanos?

Todo sentimiento, toda idea religiosa es buena, eleva la espiral ascendente de la vida, cuando expande la conciencia de la fuerza individual, cuando facilita la comunión de la energía interna con la energía externa; cuando eleva, cuando exalta la personalidad haciéndola más digna ante ella misma; cuando guía hacia ese amor que nos procura el sentimiento más elevado de potencia; cuando acrecienta la confianza en nosotros mismos; cuando, al individualizarnos cada vez más, nos hace más y más universales; cuando despierta y aviva el orgullo de vivir dignamente la vida, el orgullo de castigarnos y de recompensarnos a nosotros mismos por la sola aprobación o reprobación interna; el orgullo de sentirnos causa activa en busca del ideal individual, social o cósmico — ahora que es moda el hacer gala de profesar esa reviviscencia del fatalismo encarnada en el incompleto determinismo actual.

Se acrecenterá, así, la admiración del cosmos ante la potencia infinita en él desplegada, núcleo de la religiosidad.

Todo sentimiento, toda idea religiosa que mar-

que un descenso en la espiral de la vida, deprimiendo la personalidad, incitando a desconfiar de nuestras propias fuerzas; señalando como finalidad de la vida humana un más allá de la vida misma; deslumbrando con ilusiones; deformando hasta lo absurdo lo natural al engendrar y alimentar prejuicios; y, sobre todo, colocando el centro de gravedad psíquica, la voluntad de potencia, fuera del hombre mismo, haciéndole vislumbrar una posible intervención divina ocasional, no es más que una alteración morbosa de la personalidad.

La humanidad ha sido nutrida durante siglos y siglos por un ideal contrario a la vida. Debemos reaccionar, condenar como mala toda idea religiosa, si contiene la negación o la deformación de la vida tal cual nos es dado conocerla.

Debemos impedir que esos prejuicios y esas supersticiones — esfuerzos impotentes de la razón por guiar inducciones extraviadas — que la ciencia abandonará definitivamente cuando llegue, en su conquista de la realidad, a ser la síntesis integral de las necesidades y de las aspiraciones humanas, constituyan el principal alimento de la débil inteligencia infantil.

"Religión" y "ciencia" son antagónicas siempre que la religión dé ilusiones por verdades; siempre que afirme como infalible algo más allá de lo demostrable y, sobre todo, contra todo lo demostrado. Las concesiones hechas al absurdo suelen ser necesarias en las cosas humanas, pero no más

que transitoriamente necesarias. La verdad evoluciona, la verdad se hace, como se hace la vida de la que la verdad es el alma.

El progreso de la religión es un progreso del sentimiento que fusiona la causa interna con la causa externa. Y el progreso de la ciencia es un progreso del conocimiento de esas causas.

Así entendidas, religión y ciencia, lejos de excluírse, se complementarían.

Surgirá un ideal nuevo y no será "una de esas mentiras saludables que, en otrora, fueron propicias al interés vital para producir el espejismo encantado que daba a la existencia una razón de ser y le marcaba imperiosamente un derrotero".

La vida, como el fuego, no se conserva sino comunicándola, nos enseña Guyau, el angélico, quien agrega: El elemento activo de la conducta es la expansión de la vida. La superioridad del espíritu se basa en que éste realiza el máximum de intensidad-extensiva, de fuerza dominante.

Los pseudo-egoístas, aquellos que alimentan la mentira vital de que, desarrollando exclusivamente el yo, acrecientan su fuerza — el verdadero egoísmo es la mayor virtud — encerrados en sí mismos, aíslanse, disminuyen la propia energía al cegar la fuente del recambio eterno. Ese individualismo mal entendido es casa de debilidad. El pensamiento solitario del asceta está en capilla. Fuerza siempre replegada en sí misma, contra sí misma, se aniquila.

Nietzsche, en su visión profunda, si las hubo,

de lo subconsciente, intuyó la característica del hombre, esa dualidad combativa de su naturaleza que permite establecer frente al principio: "el cuerpo se crea al espíritu como una mano de su voluntad", éste, tan bello pero más consolador: "imprimir al devenir el carácter del ser, he ahí el más alto grado de voluntad de potencia".

Y es "ese más alto grado de voluntad de potencia" lo que debe dirigir la procreación humana.

Verdad en la que germina la del arribo del super-hombre por consciente y voluntaria construcción interna, así como, en la verdad primera, está expreso el determinismo externo.

Ambas ideas se complementan: "Inclínate sobre tu propio pozo para ver brillar en el fondo las estrellas del cielo".

Lo creado crea a su vez. Desde la aparición de la conciencia ha habido una causa relativamente libre que utilizó las fuerzas de la naturaleza para fines deseados. Esta causa interna, emanada de la realidad externa, determinada por ella, es la naturaleza toda volviendo a encontrarse al llegar a la conciencia.

Y este esfuerzo consciente de elevar la espiral que sintetiza la evolución humana, tal cual nos es dado conocerla, abre ancho campo al ideal. El triunfo será de aquella ilusión vital que, en un momento preciso, adapte la energía interna a los fines incontrastables de la energía universal, armonice nuestra vida interior con la vida total. Y el

libre desenvolvimiento de todos y de cada uno es y será la condición del libre desenvolvimiento universal.

Bellamente expresa Lugones este derecho humano a la vida integral, a la felicidad, al preguntarse, en su Prometeo, cómo, ya que hoy no se discute, dándolo por averiguado, que para asegurar la higiene física de cada uno es necesario preocuparse de la higiene de la colectividad, tampoco se discute, pero porque no interesa a nadie, que es necesario asegurar un lote de felicidad colectiva para poder sentirse individualmente feliz en medio de los felices, sin que la desdicha ajena imposibilite el goce de la propia dicha.

No hay que imprimir en el espíritu plástico del niño la noción de que la humanidad ideal estará compuesta por animales vigorosos e instintivos. El respeto religioso hacia la vida, en cualquiera de sus manifestaciones; el conocimiento y el aprecio de sí mismo como persona humana; el orgullo de vivir dignamente la vida y la responsabilidad de mejorarla, en él y en sus descendientes; unido, todo, a la admiración ante la energía inmensa desplegada en el universo, de la cual el tener nosotros conciencia es la síntesis más elevada, constituirá la educación sexual, que será el alma de la instrucción integral. Porque nada es comparable en funestas consecuencias a la perniciosa influencia de la instrucción sexual aislada, no animada, no vivificada por la educación moral.

Por eso los jóvenes deben imitar la virtud de

la columna que, a medida que se eleva, se hace más bella, más esbelta, pero más persistente interiormente.

Cuando estas ideas generales, tan sencillas y humanas, hayan penetrado en la familia y en la escuela, los actuales esfuerzos en pro de la puericultura no caerán en el vacío, como actualmente sucede, por falta de preparación general, de ese ambiente que hace sentir la necesidad de la realización de lo que hoy por hoy, no es, desgraciadamente, más que una utopía.

¿Acaso sienten pesar sobre ellas, las madres de nuestras clases cultas, las madres de nuestra clase media, la responsabilidad ante la vida al crear un hijo?

Ante todo, la pareja humana se elige egotistamente por la sola razón del sentimiento recíproco, cuando no por razones económicas, sin que exista la menor afinidad sexual. Se preguntan mutuamente: "¿Nos convendrá?" — Jamás: "¿Convendremos a nuestros hijos?"

No riáis de semejante matrimonio. ¡Cuál es el hijo que no tendría derecho de llorar sobre sus padres!

Y luego cae la maldición divina — y lo es porque es humana — sobre los hijos de parientes consanguíneos, sobre los hijos del degenerado, de la histérica, del alcoholista, del raquítico, de la tuberculosa... Y se ven familias enteras de sordomudos, de raquíticos, de nerviosos, o ejemplares

horrendos de monstruos, de degenerados, de amorales...

La sociedad acude en auxilio con "Cunas" — ¡irrisión de nombre! — con hospicios, con cárceles, con casas de corrección!...

¿No sería más sencillo acudir educando, instruyendo? ¿No sería este el más humano, el más imperioso deber?

Así, la madre sabría, por ejemplo, que tiene deberes para con su hijo aun antes de concebirlo. Sabría que, apenas iniciada la formación de ese otro ser, carne de su carne, sangre de su sangre, toda su atención debe serle consagrada. Reconocería que el hijo tiene imperiosos derechos antepuestos a todo: a los deberes sociales de la madre, a la moda, al mal uso del corsé, a los caprichos, al mal gobierno de los nervios, a todo un régimen anterior de vida si ese régimen no era higiénico.

Hay que salvaguardar la morada secreta que encierra al futuro ser. No basta con ofrecerle aseo, aire puro, alimentos apropiados, facilidad de desarrollo, el ejercicio necesario; sino que hay que nutrirlo con tranquilidad de espíritu, con igualdad de carácter, con sana alegría, con esperanzas siempre renovadas; hay que evitarle toda repercusión de desalientos, de sinsabores, de enojos.

Pero, si la madre no concibe la importancia de la higiene integral, ¿cómo dará al hijo lo que éste

tiene derecho de exigir, ya que fué traído a la vida por ajena voluntad?

Debido a la ignorancia, a un incompleto análisis de las condiciones primordiales de la vida, se cree generalmente que la naturaleza basta para dirigir el desarrollo fetal, al parecer latente, inaccesible a toda influencia.

Hoy, que la vida intra-uterina ha dejado, en gran parte, de ser un misterio, podemos secundar eficazmente el desarrollo del embrión humano, a pesar de que, en los primeros meses, no sea posible el indicar aún las etapas del crecimiento.

El respirar constantemente aire puro es deber ineludible para la madre. Es casi única la influencia del oxígeno en la vida fetal sobre el desarrollo del sistema nervioso, de ese regulador de la vida orgánica y de la vida psíquica. La sangre materna debe contener disueltos los elementos necesarios para la construcción orgánica del nuevo ser. Y, sin una perfecta oxidación, jamás se efectuará un desarrollo equilibrado, armónico, conforme en un todo con las leyes naturales.

El desarrollo lento e imperfecto del embrión obedece principalmente a una causa: a la insuficiencia de oxígeno de la sangre materna.

¿Creerá la madre obrera que se sacrifica trabajando en locales mal ventilados, donde el aire cargado de impurezas, de venenos, no oxigena debidamente la sangre que debe nutrir al hijo, creerá esa madre, que tuvo derecho de haber concebido a ese hijo, condenado, casi fatalmente, por la mi-

seria orgánica, a ser un desequilibrado, un degenerado?

Y pasando a las más responsables, a las madres de las clases pudientes: ¡Cuántas costumbres sociales no dan por resultado la excesiva mortalidad infantil o los alumbramientos antes de tiempo! Y esos niños que nacen antes de que las células nerviosas de la médula espinal, sobre todo en la región anterior, hayan adquirido un desarrollo conveniente, antes de que el haz piramidal se haya mielinizado, están sujetos, casi fatalmente, a la diplegia infantil, a ataques espasmódicos o a caer bajo las garras de la epilepsia.

¿Saben las madres orgullosas y felices que en Buenos Aires el número de abortos provocados es desalentador? ¿Han oído hablar de cierto comercio muy lucrativo, del transporte de angelitos a la vecina orilla, para poblar la "Cuna" de Montevideo con los hijos sin madre de la ciudad que pretende prohijar extranjeros? ¿No se sienten culpables por no saber inculcar en sus hijos, unido al respeto sagrado hacia la procreación, el primero de todos los deberes: — "No harás daño", mucho más práctico y útil que el utópico: — "Harás bien?".

Bajo la influencia de impresiones fuertes, los vasos sanguíneos se contraen, la composición de la sangre se altera. Por eso las penas, las emociones, las crisis nerviosas, los golpes, el estado habitual de irritación, de mal humor, un no importa que haga sufrir a la madre un instante, puede

condenar, por toda una vida, al hijo en formación.

Y si la madre que pudo evitar o prevenir cualquiera de esas emociones se considera responsable de las consecuencias posibles, ¿cómo no debe sentirse única causa de los males que aflijan a su hijo, la mujer alcoholista, sifilítica o tuberculosa, que cometa el crimen social de procrear?

La pobre calidad o la poca cantidad de la sangre trae como consecuencia un desarrollo imperfecto del sistema circulatorio — la función hace al órgano. — Y esos hijos mal nutridos ab-initio padecerán de una detención del crecimiento, traerán lesiones cardíacas congénitas incurables o predisposiciones al raquitismo, a la tuberculosis, a la degeneración mental o moral.

¿Conócese, acaso, hasta qué punto se envenena la sangre materna bajo la influencia del trabajo exagerado, violento, en actitudes fatigantes, en un medio atmosférico malsano, contaminado por el exceso de trabajadores en el taller o por las emanaciones y residuos de los materiales empleados?

"La alteración de la sangre de la mujer madre", he ahí, desde el punto de vista de la salud pública, con lo que el progreso industrial ha contribuído a la degeneración de la raza humana.

¿Cuándo será un hecho el deseo de Gladstone: — "El más grande benefactor de su país será aquél que llegue a inventar una industria que per-

mita a cada madre de familia ganar su sustento sin abandonar el hogar doméstico''.

¿Cómo medir hasta dónde la miseria social influye en la degeneración?

Las condiciones especiales de la época actual, multiplicando los estados nerviosos mórbidos, aumentan progresivamente el número de anormales.

No es posible dejar de lado los efectos de la insuficiencia del alimento, de la miseria orgánica de la madre, de las penas, de las angustias por el pan de mañana. Nada altera tanto la composición de la sangre, envenenándola, como las emociones fuertes o las penas continuas.

De paso, anotemos este hecho para que los profesores de Economía Doméstica lo mediten: la necesidad de un ''curso práctico'' de Cocina Higiénica. Cuanto más aumenta el éxodo del hogar hacia la fábrica tanto más se abandonan las nociones prácticas características de una buena ama de casa. A consecuencia de la mala preparación de los alimentos, los recambios orgánicos se hacen de una manera imperfecta. Y esa alimentación, que no satisface ni agrada, empuja al marido al café, a la trastienda del almacén, a la taberna. ¡Qué hijos nacerán del connubio del alcohol y de la miseria! La estadística demuestra que el aumento de las lacras está en razón directa con el mayor consumo de alcohol.

Como medida precaucional contra el alcoholismo cítase la campaña escolar. Pero valdría más suprimir la causa, no ya tasando la venta de be-

bidas alcohólicas, sino yendo a la raíz del mal, matando, poco a poco, la industria misma hasta que, por falta de mercado, el cultivo de la viña se redujera al simple pedido de fruta para el consumo. Sé que a esto se objeta con razones económicas. ¿Acaso no pierde más cada Estado en la lucha infructuosa contra los resultados del alcoholismo? Además, baste esta sola reflexión: la supresión lenta pero radical de toda industria alcohólica dañaría valiosísimos intereses particulares, pero el consumo cada vez más creciente del alcohol abre en la raza humana la brecha de la degeneración progresiva: daño reparable, el primero; irreparable este último.

Afortunadamente, el hijo de padres más o menos degenerados no está condenado sin apelación ante el tribunal de la vida feliz, gracias a la higiene fisiológica y psicológica, porque el impulso normal para la perpetuación de la especie — "el espíritu de la especie", diría Maeterlinck — tiende a reaccionar cuando, desde un principio, se coloca al sujeto en condiciones especialmente favorables.

Hay que tener en cuenta — y es esencial — que el recién nacido no es un diminutivo del adulto. Es un ser imperfecto, desigualmente desarrollado. Cada aparato necesita un tiempo variable para adquirir la fuerza suficiente que lo habilite para funcionar normalmente con relativa autonomía. En el conocimiento de las etapas evolutivas de estos desarrollos parciales y de las causas que favo-

recen las harmonías del desarrollo general, debe inspirarse la educación física y mental del niño.

La primera infancia tiene una importancia definitiva sobre la vida ulterior, por el crecimiento preponderante del cerebro. Y la actividad en el crecimiento interior de los diferentes lóbulos corresponde al papel que desempeñan: como es necesario vigilar primero la vida orgánica, vegetativa, animal, el lóbulo frontal, adquisición postrera de la especie, es el último elemento necesario en el orden cronológico. En cambio, la médula espinal, órgano que debe entrar en acción desde que el niño nace, sufre pocas modificaciones en el transcurso del desarrollo general.

En la primera infancia el niño adquiere rápidamente aptitudes esenciales: desarrolla la energía motriz que le permite, después de cuanto infructuoso ensayo, adaptar sus movimientos a las necesidades, y la energía digestiva que lo hace pasar triunfalmente por ese período de transicción que va de la primera a la segunda infancia.

Son tan indispensables los conocimientos adquiridos en los 18 primeros meses, que si un sabio llegara a olvidar por completo lo que entonces aprendió estaría expuesto a una muerte segura.

¡Qué influencia inmensa puede tener la madre en esta auto-educación, que domina la vida entera, preparándola, si la madre conoce las necesidades fisiológicas y psicológicas del niño, como está obligada o conocerlas!

A esas madres conscientes de los derechos del

hijo podrá aplicárseles el pensamiento de Zarathustra: — "No quieren obtener nada por nada y menos que cualquiera cosa la vida".

El aire y la luz en abundancia son indispensables a la niñez. Las criaturas tienen necesidades respiratorias superiores a las de los adultos y la luz solar favorece los recambios orgánicos aumentando la absorción oxigenal. El protoplasma, bajo la influencia del oxígeno, adquiere mayor poder microbicida y neutralizador, que permite a la naturaleza infantil luchar contra la herencia mórbida.

El aire es el primer alimento vital. El desarrollo oportuno del diámetro torácico, por medio de respiración total, normaliza el ejercicio de las funciones vitales. La acción recíproca de la respiración y de la circulación en el período del crecimiento intenso permite el desarrollo normal del sistema nervioso, base, a su vez, del buen desarrollo mental.

La relación existente entre la anormalidad psíquica y la respiración insuficiente se comprueba al observar que los degenerados inferiores no saben respirar: leen y cantan sin ritmo o con ritmo respiratorio invertido: por ejemplo, esfuérzanse por leer en voz alta al inspirar el aire, en lugar de hacerlo al expirar.

La permanencia habitual en una atmósfera impura engendra debilidad general, colocando la salud del niño en equilibrio instable.

Además del mal funcionamiento del aparato res-

piratorio, las contricciones torácicas — el no saber vestir higiénicamente al niño — las actitudes defectuosas — el no saber tenerlo en brazos, el enseñarle a caminar mal, el sentarlo apoyando el pecho contra la mesa, el habituarlo a escribir en posiciones forzadas producen escoliosis sacando de su sitio los puntos de inserción de los músculos respiratorios por lo cual la inspiración y la expiración son incompletas o irregulares.

En los niños normales la insuficiencia respiratoria que predispone a la tuberculosis — pues la poca cantidad de aire ingerido expande lo menos posible la caja torácica — tiene casi siempre por causa la obstrucción nasal que los obliga a respirar por la boca. Para corregir este pequeño defecto de tan funestas consecuencias basta el aseo prolijo de la nariz, una pequeña operación o la vigilancia constante hasta que el niño se acostumbre a no respirar más por la boca, que no es el órgano apropiado pues inspira menor cantidad de aire, deja pasar partículas en suspensión, ingiere el aire frío y húmedo que ataca la garganta, deseca las mucosas, lesionando poco a poco la laringe y los bronquios, unido todo esto a una alimentación oxigenal insuficiente y a un desarrollo menor de la capacidad torácica que lleva a la tuberculosis, adquirida por la criminal ignorancia de los padres.

Los baños higiénicos de sol mantienen de una manera natural la temperatura constante. Durante los 6 primeros meses, el tejido cerebral se mieli-

niza, operación que va acompañada de un estado de irritabilidad especial, agravado por la falta de centros frenadores. Por eso el baño tibio, que se aconseja a la mujer-madre para evitar al embrión la impresión fuerte de un cambio brusco de temperatura, asegura al niño el buen desarrollo de su sistema nervioso, pues calma la irritabilidad característica de la época de mielinización.

El niño tiene derecho a un sueño abundante y absolutamente tranquilo, durante el cual su constitución corporal se completa. El dormir disminuye los desgastes orgánicos y, como durante la primera infancia el crecimiento es muy rápido, el sueño diurno es indispensable. Debido a su excesiva excitabilidad nerviosa, jamás debe dormir el niño bajo una impresión de miedo, de dolor, de sed o de hambre; así como no debe ser despertado bruscamente por gritos, cambios de posición, sacudidas, pasaje de la luz atenuada a la luz viva.

No es necesario demostrar que la mayor parte de las enfermedades provienen de infracciones a las reglas higiénicas durante la primera infancia.

El niño tiene derecho a la leche materna; cuando esta necesidad sea comprendida, el Estado, en un futuro quizás no lejano, subvencionará a la madre pobre para que sea la nodriza paga de su propio hijo, pues el período de la lactancia materna es el complemento y la continuación de la vida intra-uterina.

Si la madre-nodriza es excesivamente emotiva o padece de desórdenes nerviosos, debe privarse

de alimentar al niño, pues la leche, en esas condiciones, nutre imperfectamente, además de acentuar la herencia neuropática.

¿Hasta dónde los malos instintos tienen una base anatómica debido a la miseria orgánica? Y ¿cómo extrañar que, más adelante, esos cerebros imperfectos reaccionen exagerada o falsamente bajo la influencia de una crisis emotiva, del sufrimiento, de la injusticia, de la impotencia, de la incapacidad de resolverse; y que esas reacciones se traduzcan por el descontento individual, la abulia, los estados depresivos, el suicidio; o por el descontento colectivo cometiendo actos antisociales que para multiplicarse cuentan con el ejercicio y con la imitación? Además, esos débiles mentales son fácilmente sugestionables y la sugestión es un arma de dos filos. En manos de un educador hábil, puede sanarlos inculcándoles, por hábito, la decisión y la voluntad ponderada; pero, en manos de un degenerado, puede perderlos convirtiéndolos en instrumentos de bajezas y de crímenes.

El movimiento es otra necesidad infantil. La inmovilidad impuesta a la infancia dificulta, retrasa o altera el desarrollo, general, con especial repercusión en el sistema nervioso, pues la zona frenatriz está en formación durante esa época; por lo tanto, la fuerza inhibidora es escasa en el niño cuando su necesidad de movimiento es imperiosa.

La vulgarización de la higiene integral — in-

cluyendo la puericultura, la educación y la instrucción sexual — hará del maestro un hábil colaborador de la naturaleza. El niño educado normal, humanamente, en el hogar y en la escuela, coadyuvará a ese desarrollo científico porque al luchar por la vida — lo que es en esencia luchar por la salud y por la felicidad — no permitirá que se le ceda un derecho que él sea capaz de conquistar.

Y, así, la inteligencia infantil puesta sabiamente en contacto con la naturaleza prometerá fecunda mies. El placer de la vida ideativa, el goce supremo de la concentración del pensamiento, de la generalización, de asimilar el porqué de lo creado a nuestra causa interna, siempre insaciable, esa beatitud, vedada a la gran mayoría, le será prometida al niño educado humanamente.

El padre y el maestro se preocuparán de las lecturas propias para el niño y para el joven, evitando así esas funestas intoxicaciones literarias que traen por consecuencia una sensibilidad imaginativa intensísima que determina precoces y mórbidas crisis sensuales.

Una inteligencia así formada, hija de un cuerpo normal, sano, distinguirá fácilmente la verdad del error, no se dejará extraviar por doctrinas falaces, ni alimentará creencias dogmáticas en contradicción con la razón y con la experiencia.

Intuirá, por ejemplo, que la doctrina de la evolución es verdadera hasta en su moralidad basada sobre la selección natural; pero que no es más

que una verdad a medias. En un caso particular, examinando la bellota y el roble, por ejemplo, se dirá: "Si la bellota evoluciona hasta desarrollar el roble, es porque el roble está involucrado en la bellota". Y la idea de la "involución", de ese algo misterioso, llámesele "absoluto, energía cósmica, inteligencia universal, o divinidad", se le aparecerá como el complemento de la evolución.

Ante el problema de los sexos, verá que, en el fondo, no es una cuestión de antagonismo ni de preponderancia unilateral, sino el problema de "la persona humana" considerada bajo su doble aspecto "masculino" y "femenino"; aspecto tan importante el uno como el otro, aunque esencialmente diferentes.

Comprenderá que —aunque hasta ahora por razones de herencia y de educación, que serán fácil pero lentamente descartadas en adelante, el hombre ha llegado a un desarrollo intelectual incuestionablemente superior — "mujer" y "hombre" son, en esencia, dos seres diferentes, inversos, complementarios, equivalentes; que hay progreso sexual cuanto más se ahonden los caracteres específicos, y que el carácter específico de la mujer es la maternidad.

Vese cuan extraviado marcha el feminismo actual, verdadero "masculinismo", que convierte a la mujer en la caricatura del hombre; movimiento de protesta tan justo como inconsultamente llevado a cabo, al cual, en buen criollo, perdonadme,

lo vulgar por lo expresivo, llamaríamos "derecho del pataleo".

Soy tan dura con lo que considero erróneo en esta protesta feminista porque amo y compadezco a la mujer. Valiéndome de una figura dantesca, veo siempre a la psiquis femenina, en los raros casos en que exista esta psiquis bien diferenciada, como en "La divina comedia" está ese espíritu humano condenado a deformarse monstruosamente cohabitando con el espíritu de un árbol.

Pero, en verdad, decidme: ¿A cuántas mujeres, entre las que conocéis, colocaríais al lado de las esposas de Berthelot o de Curie que fueron mujeres amantes, amigas, compañeras y camaradas de sus maridos?

El adolescente es capaz de intuir las leyes universales porque el espíritu del niño no es frívolo. Lejos de ello, todo lo toma en serio, casi religiosamente. Nadie tan capaz como él de sentir la emoción humana, casi divina, ante lo realmente grande porque nadie está, como él, tan cerca de lo natural; porque nadie es como él, tan limpio, tan puro. Y el niño es niño hasta que la mentira no lo convierte en monstruo.

Nada más difícil de manejar que lo extremadamente delicado. Verdad es. Pero, como la función hace el órgano, lo sagrado de la misión aumentará en el padre, en el educador, el poder de sugestión, magnificándolos ante ellos mismos.

Cuando la pareja humana se complemente, el ideal de evolución que hasta hoy, y con justicia,

es puramente masculino, se completará, a su vez, con la fase femenina.

Pero, completo en lo porvenir, o incompleto en la actualidad, el ideal sano, hijo de lo real, es el incentivo que lleva al progreso, es el alimento de los fuertes luchadores.

No así la mentira vital, la pseudo-religiosidad, ilusión falaz que sostiene a los débiles y cuya brusca ruptura de equilibrio con la realidad desorbita para siempre sus vidas.

¿Cómo practicar el respeto hacia la generación, cómo sentir la responsabilidad del procrear? Difícil es que, en este caso, baje el progreso del hombre a la mujer. Fisiológica y socialmente nosotras llevamos el peso de la maternidad. Luego nosotras debemos tener el derecho de desearla y aceptarla. Pero para ejercer un derecho hay que tener conciencia de él por la práctica de los deberes que, como madres, humanamente debemos llenar.

La práctica amplia y consciente de los deberes maternales — servicio obligatorio que la sociedad, para bien de todos y especialmente para bien de la futura liberación femenina — debe reclamar de la mujer, la transformará en un ser humano completo.

Estos deberes maternales abarcan todo lo que ella puede hacer en pro del niño, aunque no lo haya engendrado. La maternidad fisiológica bien entendida es un premio que es preciso merecer y conquistar.

Aquellos que se pregunten con Nietzsche: —

"¿Tengo el derecho de desear un hijo?" — no oirán la amarga reconvención que Homero pone en boca de un dios: — "Nací débil, mas de ello nadie tiene la culpa sino mis padres que no debieron haberme engendrado". ¡Qué hijo no tendría derecho de llorar sobre sus padres que pecaron por ignorancia criminal!

Repitamos la ley de Manu: "Un ser humano completo se compone del hombre y de la mujer". Aislados, sus esfuerzos se pierden para lo que debe ser el objeto de la vida: superarse a sí mismo creando. Unidos, sin tener conciencia de esta finalidad, sus esfuerzos se malogran acentuando en lo creado los defectos del creador.

En la pareja humana, actualmente el hombre cumple mejor sus deberes porque los comprende mejor. A la mujer sálvala el instinto. Pero ese instinto es falseado en las clases superiores por hábitos de holganza, de lujo mal entendido, de imitación servil — femenil, diríamos con Byron cuando asevera que toda pasión exacerbada es femenil y que femenil quiere decir furiosa.

En las clases inferiores el instinto maternal es ahogado por la necesidad apremiante de buscar fuera del hogar el sustento del recién nacido. Y el alimento natural del hijo, su propiedad biológica, la leche materna, le es negado, entre los ricos, por la imperiosa moda y, entre los pobres, por la desapiadada miseria.

En una sociedad bien constituída el buen ejemplo debe ser dado por la aristocracia digna de

ese nombre, por esa clase privilegiada que moldea al pueblo a su imagen y semejanza. La fortuna, la educación esmerada no constituyen una propiedad particular. Por esfuerzos que hayamos hecho hasta adquirirlas no tenemos el derecho de disfrutarlas aisladamente. ¿Cosecharíamos, acaso, sin pensar en el que preparó la tierra y arrojó la semilla? Nadie es hijo exclusivo de sus obras. Cada uno se eleva sobre la experiencia ancestral y cuánto más alto llega mayor es la deuda por ser mayor el capital común usufructuado. ¿Cómo restituirlo equitativamente a los demás sino facilitándoles medios para desarrollar la propia fuerza que les permitirá adueñarse de ese capital común aquilatado por la experiencia, llámesele posición social, bienestar, oro, poder, sabiduría, bondad, carácter, energía, felicidad?

El deber de la aristocracia es servir al pueblo de ejemplo de vida sana y feliz. Parece, a primera vista, deber fácil de llenar. ¿Quién no ama la salud y la dicha y no la ostenta ufano aunque más no sea para exclusivo contentamiento?

Pero es que no se llena un deber sin especiales aptitudes.

Para que esa clase llene su cometido, debe ser privilegiada, a la vez, — especialmente en la fase femenina — por la educación y por la vida de familia. Así es elemento útil, espejo de buenas costumbres, representante el más alto del pueblo a que pertenece. Pero cuando se trata de una plu-

tocracia — como, desgraciadamente, es el caso en nuestra Argentina — esa clase colocada a mayor altura sirve tan sólo para difundir, aumentados, sus defectos.

El oro de la tierra es corruptor cuando no se alía al oro del espíritu. Como todo lo que corrompe, ataca con más fuerza lo más débil. De ahí que la mujer de nuestras clases elevadas sea, en inmensa mayoría, ese maniquí adornado para quien la vida tiene una sola finalidad: el exhibirse.

La educación que debió armarla para la lucha, la incapacitó para la defensa. Apenas nacida, su propio oro, en forma de modas y de prejuicios, la separó de la madre, alimentándola con leche mercenaria, sobornando caricias y juegos, sirviéndole mentidas adulaciones, ulcerándola con reales dolores. Del regazo del ama pasó a los brazos de la niñera y de los cuidados del aya a la autoridad de la institutriz, elegidas todas entre extranjeras, mal vigiladas, que, no comprendiéndola, la aislan cada vez más.

Hasta que la edad le permitió ingresar en una escuela de lujo, no recibió la atención solícita y continua de la que la trajo a la vida; no supo lo que era cariño sencillo y natural de la familia.

El oro la privó de la madre, de esa propiedad cuyo goce nos quita el derecho de quejarnos después por adversa que nos sea la suerte; el oro la privó de una educación exenta de prejuicios sociales y religiosos.

Para dar a esa vida un objetivo, por falso que

fuera, avivaron allí su vanidad, su falsa emulación; le disimularon el placer de la dicha conquistada por el propio esfuerzo; le ocultaron la miseria ajena que despierta la comprensiva bondad, el dolor originado por la desproporción entre el deseo de llegar a la meta y las dificultades materiales que malogran su ejecución.

Presentada en sociedad, tiene por oficio el exhibirse. No paseará ni bailará, ni asistirá al teatro por recrear el espíritu confortándolo o elevándolo ni viajará por mejorar comparando; ni vivirá para ser feliz en medio de los felices. Será esclava servil de la moda erigida en diosa.

¿Ante esta futura madre de míseros hijos, no exclamaría Quevedo: "Dígote que nuestros sentidos están engañados de lo que es mujer y ahitos de lo que lo parece?"

Hace un año alguien en Buenos Aires, despertó a la madre que dormita en todo corazón de mujer, llamando con la única voz que merece ser oída, con la que se moja en lágrimas: Fué la doctora Rawson de Dellepiane al fundar su proyecto: "La casa de madres". Creo, con ella, que allí, amparados, la madre soltera — sobre todo — y el hijo, contrarrestarán la ley, la familia y la sociedad que los excluye. Creo que lo hecho, lo ya producido, lo ya inevitable, hallará "en la casa de madres" uno de los remedios más eficaces.

Pero, ¿curaremos con ello el mal, modificaremos las causas? — No. — Las raíces son más hondas: No se renueva la sangre cortando el cáncer.

Afortunadamente, contra el cáncer social de la paternidad indigna de tal nombre, tenemos la autoterapia de la educación sexual.

¿Cómo aplicarla prácticamente?

En Alemania, Inglaterra, Francia, España e Italia, sin olvidar la progresista Bélgica y la península Escandinávica, las publicaciones de vulgarización higiénico-sexual son dirigidas, ante todo, a los padres de familia para persuadirlos de que el deber más grande que tienen hacia los que de ellos recibieron vida, es el de hacerlos aptos para trasmitirla en las mejores condiciones mentales y corporales. Para que los padres inculquen a sus hijos, como un dogma, que se comete un crimen al dar vida a un ser en desventajosa situación social o fisiológica, moral o mental.

Es el porvenir de la raza, es el hijo lo que interesa en la cuestión sexual.

De ahí que a los futuros cónyuges debiera imponérseles un curso de puericultura. ¿Acaso el Estado no obliga a los profesores especiales, de música y de dibujo, por ejemplo, a seguir cursos complementarios cuando los considera insuficientemente preparados? ¿Y cómo permite que ejerzan los cónyuges no preparados, la gran mayoría, ese profesorado casi divino de formar un ser a imagen y semejanza de los progenitores?

Además, por medio de libros, de revistas, de opúsculos, de conferencias universitarias y populares, se iniciará científicamente a la juventud

en los múltiples aspectos de la vida sexual, en sus condiciones fisiológicas y patológicas.

Los jóvenes se acostumbrarán a respetar en la mujer a la madre futura. La maternidad dejará de ser un accidente, una sorpresa en la vida de la mujer. Será cada vez más difícil satisfacer pasiones o caprichos que engendren el envilecimiento y la desdicha ajena. La mortalidad infantil, la tuberculosis, el alcoholismo, esa lepra social de la prostitución, la criminalidad, todos los grandes problemas de profilaxis sanitaria y moral tenderán a una solución de acuerdo con las leyes normales de la vida.

La colectividad soporta las consecuencias de los vicios contra la higiene, contra la moral, contra la naturaleza. Por lo tanto, el individuo es culpable si no evita o no castiga esos crímenes colectivos.

La procreación de seres sanos y fuertes es el primero de los deberes individuales.

Pasarán años, muchos quizás, antes que los padres vean en la educación sexual de los hijos el más importante y sagrado de sus deberes.

Si no hay maestros capaces de dar hoy la educación e instrucción sexual — hecho incontrovertible — menos, aun, hay padres en estado de comprenderla y de aceptarla, siquiera. El Estado debe difundirla, ya que es una necesidad vital, comenzando por preparar maestros, dictando clases de "Higiene integral" — estirpicultura y

puericultura agregadas a los actuales programas — en los Colegios Nacionales, Escuelas Normales, Institutos del Profesorado Superior.

Animada con ese ideal de mejorar al hombre futuro, a aquel que recién nuestros nietos verán tal vez, solicité la suplencia de la cátedra de Ciencia de la educación de nuestra Facultad de Filosofía y Letras: "el asunto fué aplazado en la duda de si es posible abrir esta carrera por ahora al sexo femenino". (1).

La educación sexual debe comenzarse desde que se enseña a vivir, iniciación religiosa — religiosidad humana — que incumbe a la familia, base de la iniciación científica que corresponde a la Escuela.

Allí la enseñanza toda deberá estar orientada

---

(1) Buenos Aires, Octubre 28 de 1910.—Al Honorable Consejo Superior Universitario.

Honorable Consejo:

En Junio de 1910 manifesté al señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras el deseo de formar parte del profesorado de esa Facultad, solicitando la suplencia de la cátedra de Ciencia de la Educación.

El doctor José N. Matienzo, sin hacer la menor objeción a mi deseo, al entregarme los Estatutos, dijo: "Sométase a ellos".

Sometiéndome a ellos, presenté una monografía y una solicitud, cuya repuesta transcribo: "En cuanto a su deseo de formar parte del profesorado universitario, la Facultad, en la duda de si es posible abrir esa carrera, por ahora, al sexo femenino, ha aplazado el asunto".

En Octubre de 1910 solicité del Honorable Consejo de la Facultad de Filosofía y Letras una contestación definitiva y de nuevo "fué aplazado el asunto".

Creyéndome en el derecho de obtener siquiera una contestación definitiva—a pesar de ser mujer,—pido al H. C. S. U. solucione "el asunto".

Es justicia que espero del H. C. S. U.

hacia ese fin, animada por ese espíritu sin constituir por ello un capítulo especial en los programas de la Escuela Primaria.

Para que sea eficaz, moralmente provechosa, debe basarse en la coeducación. Será obligatoria, pública y colectiva.

Las diferencias de las cualidades sexuales equilibrarán, harmonizarán, recíprocamente los temperamentos y los caracteres. Del mutuo y familiar trato nacerá el compañerismo, la estima, la amistad. El amor, si nace, se desarrolla más tarde, como una consecuencia, la más fecunda, quizás, de la coeducación. Mientras ésta ejerce su influencia docente el sentimiento predominante es la rivalidad intelectual, la crítica, la admiración, muchas veces, el deseo de conocerse mutuamente, de apreciarse como condiscípulos, como caracteres, como voluntades.

En estas condiciones el único peligro inter-sexual desaparece. Ante la realidad se borran esas creaciones imaginativas, ese peligroso encanto de lo desconocido, de lo lejano, de lo idealizado.

Implantada la coeducación en la Enseñanza Primaria y en la Universitaria, ¿conviene o no implantarla en la Enseñanza Secundaria?

Es un hecho que, física y moralmente, la edad más peligrosa oscila entre los 13 y los 18 años, edad que corresponde, por atavismo, a la fase aún salvaje de nuestra especie. Además la "educación e instrucción sexual" se bifurcará después de la pubertad para enseñar a la joven sus deberes

especiales como mujer para con ella y para con sus hijos y al joven su papel de protector, de conservador y de mejorador de la raza.

Esto no obsta para que, fuera de estas clases especiales, las dos divisiones se unan para recibir el resto de la instrucción que debe serles común.

En la Escuela Primaria la coeducación sexual orientará la enseñanza de las Ciencias Naturales. Los actuales programas serán completados y coordinados hacia ese fin.

El maestro habituará al niño a estudiar la ley de la vida, de la fecundación, del desarrollo, del amor en la reproducción de las plantas, en las clasificaciones científicas que casi todas se basan en los órganos de reproducción; en las metamórfosis de los insectos; en las costumbres de las abejas, de las hormigas.

Con tacto y con elevación de ideas hará resaltar el hecho que, en las fanerógamas, por ejemplo, un ser nuevo nace cuando se conjugan para ese fin el elemento masculino y el femenino, proviniendo cada uno de un generador distinto, de un padre y de una madre.

Dirigiéndose más a la imaginación y a los afectos del niño, lo hará asistir a la fecundación del óvulo por el polen; lo interesará en el viaje del polen desde que la antera se abre por dehiscencia hasta que llega a los órganos femeninos de la misma flor o de una flor de la misma especie, ya por la disposición natural de los órganos, ya llevado por el viento, arrastrado por las aguas o trans-

portado por los insectos a quienes la naturaleza atrae por medio de bellos colores, del néctar o de perfumes para que la sirvan en sus fines de amor y de germinación.

Para la imaginación del niño ese grano de polen ya es un ser, una vida, algo por cuyo destino él se interesa vivamente y preguntará, ansioso por saber qué suerte espera a ese ser minúsculo que ha vencido tantas dificultades por acercarse a lo que ama.

Podremos hablarle entonces de la unión del polen con el oosfero, de la transformación del óvulo en semilla, de la del ovario en fruto.

Está abierto el camino para explicar la reproducción en el reino animal, insistiendo siempre en la ley de amor, de sacrificio, de belleza, de expansión que encierra en sí el procrear.

Y ya con niños grandecitos, en 5o. y 6o. grado se hablará de la especie humana, del género hombre, animal vivíparo y mamífero y se estudiará en él la ley universal de la procreación.

Recurriendo a la Historia, pasarán ante los ojos infantiles, tan fácilmente desbordantes de amor y de admiración, la historia de la familia a través de la humanidad; la lucha del padre por defenderla, la de la madre por afianzarla. Y cuando de toda esta enseñanza primaria—verdadero curso de Fisiología Universal, de Higiene Humana y de Moral Práctica—haya surgido la ley de la vida en la naturaleza, rehaciéndose siempre, avanzando triunfante, gracias al trabajo eterno de la ovu-

lación, recién habrá llegado, lenta y naturalmente, el momento de especializar esa instrucción, esa educación sexual, que ahora sí constituirá, en la enseñanza secundaria y universitaria, una rama del curso de Higiene Integral o de Ciencia de la Educación, a cuyo frente estará alguien que reuna a su título de médico, de psicólogo y de sabio, el de padre de familia.

Presentado así el problema, vése cuán absurda es la pregunta que me fué hecha en la Sesión Plenaria del III Congreso de Higiene Pedagógica, reunido en París en 1910:—"¿Cuándo y cómo se dará esa enseñanza?"—Pero si es lo mismo que si se preguntara ¿cuándo y cómo enseñaremos moral o enseñaremos a amar? Eso se enseña siempre, en toda ocasión; eso es un punto de arribo, una resultante; eso anima, vivifica la enseñanza toda, en la familia, en la escuela, en la sociedad, en el mundo.

¿Quién no vé que, ante este ideal, es real y verdadero el sacerdocio del maestro?

El porvenir de la especie y del individuo se encuentra en germen en el instinto procreador, el más poderoso de los instintos, el que, por permanecer ineducado, no ha salido aún de la animalidad.

Formemos "hombres" y "mujeres", en la escuela, primero, y luego, en generaciones sucesivas, en el hogar y en la escuela juntamente; formemos seres humanos preparados para la vida tal cual ella es, para la vida integral, intensiva,

feliz; seres capaces de determinarse con libertad relativa y con responsabilidad plena porque conocerán la realidad científica, porque basarán la moral racional y práctica en las leyes naturales de la vida y no en prejuicios artificialmente inculcados.

Debemos hablar a los jóvenes con nobleza y valor el lenguaje de la realidad sobre la cuestión sexual, sobre la reproducción de la especie, como del más esencial de los hechos biológicos y sociales.

Debemos hablarles científicamente, sin falsas vergüenzas y sin mentidos misterios. Nuestra enseñanza, vivificada por un poderoso idealismo, les hará admirar la belleza de las leyes universales en la generación. Comprenderán la trascendencia del acto sexual y se sentirán penetrados por su vivificante poesía al concebir el amor, origen de los más grandes goces y de los más grandes deberes, y su fin natural, la reproducción de la especie, como la síntesis de la función más importante y de los sentimientos más nobles del hombre.

Por inconsciente error pedagógico, el adulto atribuye al adolescente sus propias ideas, sus propios sentimientos: Nadie tan capaz como el niño de sentir la emoción religiosa humana de lo realmente grande. Antes de que "la gran profanación" comience—en forma de prejuicios religiosos y sexuales—se habituará al niño a considerar ese hecho con veneración y con verdad; así sentirá nacer, instintivamente, en esa relación de

causas a efecto, el sentimiento de la responsabilidad que es la moral de la existencia.

La pureza no estriba en la ignorancia sino, al contrario, en la verdad de nuestras relaciones con la naturaleza. A esa "verdad natural", por otro nombre "justicia", le está reservado el reino de la libertad de acción.

La naturaleza, científicamente interpretada, conducirá al adolescente a amar la ley de la vida, de la fecundación, del desarrollo y a medir la responsabilidad de la transmisión consciente de esa energía que nos diviniza al hacernos desear que lo creado supere al creador.

Afortunadamente, hoy ya no son sinónimos "inocencia" e "ignorancia" y más preocupa lo que debe no ignorar un joven o una jovencita que lo que se les debe ocultar.

Hay más pudor en dar, con serenidad y conciencia, su significación e importancia a los fenómenos esenciales de la vida, que en ignorarlos estultamente o en rodearlos de una fantasía misteriosa y malsana.

En la Enseñanza Secundaria, donde se bifurca la educación e instrucción sexual, haciendo un llamado a la poderosa inteligencia práctica del hombre, se estudiarán los mejores medios tendientes a suprimir los mal llamados "males necesarios".

Así encaminados, los estudiantes del Profesorado Universitario comprenderán la necesidad de la bifurcación de esta enseñanza especial en los Colegios Nacionales y Escuelas Normales, cuyos

alumnos experimentan ya la urgencia de verse científicamente orientados como "hombres" y como "mujeres".

Esta educación fortalecerá en la mujer el contralor de la razón para que ésta domine la emotividad exagerada, la superexcitabilidad nerviosa que ha permitido definir su psicología como la psicología de los extremos.

Como "mujer" y "madre" son sinónimos, esta educación sexual enseñará a la mujer a saber amar a sus hijos.

Teórica y prácticamente estudiará la puericultura.

Así se desarrollará en la mujer el sentimiento de la responsabilidad, de su dignidad como persona humana; el respeto hacia sí misma, el instinto de solidaridad universal.

Y como complemento práctico indispensable, debe ser anexada una "escuela maternal" a toda escuela primaria, donde las madres obreras dejen a sus hijos desde los 3 a los 6 años bajo la vigilancia y amable compañía de los escolares. Recién dejará de ser una utopía el "Jardín de Infantes" y las escuelas serán hogar de niños protegiéndose natural y mutuamente.

La "escuela-hogar" se acentuará en la enseñanza secundaria y universitaria, sobre todo femenina, con el establecimiento de las "salas cunas" donde las madres obreras dejarán a sus hijos menores de 3 años. Se llegará al ideal si este instituto de puericultura formara con el ta-

ller un solo engranaje maternal. Entonces las leyes vigentes serán una proficua realidad y no una disposición ilusoria (1).

Si la "escuela-hogar", vivificada por la educación sexual, llegara a ser un hecho—¿no evolucionará el hombre hacia la ley de amor que solidariza, hacia la comprensión del dolor ajeno que hace imposible la injusticia, hacia la paz que le permita progresar superándose a sí mismo al crear?

---

(1) En efecto, el inciso 8° del artículo 9° de la Ley sobre "salas cunas", dice: "En los establecimientos donde trabajen mujeres se permitirá que las madres puedan amamantar a sus hijos durante 15 minutos cada 2 horas, sin computar ese tiempo en el destinado al descanso".

La disposición así resulta ilusoria, dice el doctor Alfredo L. Palacios: "Se permite a las madres obreras que amamanten a sus hijos, pero, ¿dónde?, ¿cómo? La ley no obliga al industrial a destinar una sala en condiciones de higiene para que allí se depositen los hijos de las obreras. De manera que éstas se verán precisadas a dar el pecho en el taller mismo; teniendo que pagar a una persona para que les lleve al niño niño 3 ó 4 veces por día a la fábrica. Si se tiene en cuenta que los talleres no están siempre próximos a los hogares, se admitirá fácilmente lo absurdo de la disposición vigente.»

LA ESCUELA-HOGAR

¿Es posible comenzar desde ya a hacer algo práctico en pro de la educación sexual?

Pregunta es esta que preocupa a todo aquel que haya consagrado atención al fundamental problema.

No basta con difundir la idea: hay que arraigarla. En efecto, las conferencias universitarias o populares, dirigidas a los padres de familia, a la juventud estudiosa, a los cónyuges futuros, prepararán el ambiente; los cursos teóricos de puericultura, maternología y estirpicultura consolidarán científicamente la idea y, sobre todo, habilitarán a futuros maestros para llenar a conciencia su profesión-sacerdocio; pero, a pesar de todos esos esfuerzos, si se hicieran, y durante años de años, la educación sexual no dejaría de ser una utopía: hay que encarnar el ideal.—¿Cómo?

Transformando la escuela ilógica, anti-humana, actual, en escuela donde la vida tal cual es forme hombres y mujeres.

Dos son los medios a mano, de resultados indubitables: la coeducación y su complemento, la escuela-hogar.

Antes de llegar a lo "mejor" detengámonos en lo "bueno".

¿Cómo ensayar la coeducación? ¿Comenzaremos a la vez implantándola en la enseñanza primaria, secundaria y universitaria? ¿La aprobaremos en la primera y en la última sin atrevernos a ensayarla en la secundaria, a consecuencia de los malos resultados que, entre nosotros mismos, ha dado? ¿Comenzaremos lentamente, haciendo que el alumno que no la haya experimentado desde el Jardín de Infantes no se someta a ella en los años sucesivos?

En la única edad de la vida en que se ha probado que es peligrosa la coeducación, es en la pubertad, de los 14 a los 18 años, época que corresponde, por atavismo, a la fase aún salvaje de nuestra especie. Pero cabe preguntarse si en ese peligro, como en todo defecto, no habrá una excelencia, una ventaja por obtener si se la busca inteligentemente. Por mi parte, creo que en lo futuro, cuando la educación y la instrucción sexual sean un hecho, basadas en la religiosidad humana, esa edad de la vida será la de más proficuos resultados.

Preocupémonos, por ahora, de lo factible, de lo que no entraña peligro, de lo que ya ha dado ventajosos frutos: De la coeducación en la enseñanza primaria y universitaria.

Ninguna medida puede ser más criticable que la de fundar una universidad femenina, por ejemplo. Sin coeducación previa, la mujer y el

hombre llegan a la universidad capaces de gobernarse y de conducirse debidamente, si es que lo van a ser después en la vida. Y no hurtarán el tiempo al estudio para dedicarlo al "flirteo", desertando de las aulas y poblando corredores y pasillos, si el medio ambiente no los favorece en forma de complicidad por parte de la dirección y de los profesores ganosos de conservar — aunque sólo sea en "firmas" en los registros diarios — el número de alumnos necesario para la existencia de la cátedra.

Entre alumnos jóvenes, la diferencia de las cualidades sexuales equilibra, armoniza, recíprocamente, los temperamentos y los caracteres. Del mutuo y familiar trato nace el compañerismo, la estima, la amistad. Que el cariño emerja a veces como consecuencia natural... ¡Pero si ése es el ideal! ¿Educamos, acaso, a nuestra juventud para monjas o para cenobitas?

Comprobado está que el amor, si nace, se desarrolla más tarde, como una consecuencia, la más facunda, quizá, de la coeducación. Mientras esta ejerce su influencia docente, el sentimiento predominante es la rivalidad intelectual, la crítica, la admiración, muchas veces, el deseo de conocerse mutuamente, de apreciarse como condiscípulos, como caracteres, como voluntades.

En estas condiciones el único peligro intersexual desaparece: Ante la realidad se borran esas creaciones imaginativas, ese peligroso encanto de lo desconocido, de lo lejano, de lo idea-

lizado. Morirá, es cierto, el príncipe encantador que cada jovencita espera con el hervor de los instintos en la pubertad; pero, en cambio, la inexperiencia no encarnará ese ideal en el primer recién venido que conmueva un corazón y un débil cerebro de quince años.

Para nuestro pueblo, en la actualidad, la coeducación dará muchos de sus frutos, alejando todo peligro, si se ensaya, a la vez, en la enseñanza primaria y en la universitaria dejando, para más adelante, el implantarla en la enseñanza secundaria.

Dado que los grandes deberes aun no empiezan a parecernos naturales, sería quizás arriesgarlo todo si implantáramos la coeducación en absoluto.

¿Cómo ensayarla en la escuela primaria? Comenzando por el Jardín de Infantes y en los dos primeros grados, al mismo tiempo, para luego seguir, año a año, de tal modo que alumno que llegue a 6.° grado bajo ese régimen lo haya experimentado desde su iniciación escolar.

Así, al cabo de cuatro años, la coeducación reinará natural y normalmente en la universidad y en los seis grados infantiles.

Aun cuando hasta entonces ese fuera el único paso dado hacia la educación sexual, sería ese un paso decisivo. Y, para evitar tropiezos en lo futuro, reconocidos los beneficios de la coeducación, debería el Estado hacerla extensiva a todo niño, declarando obligatoria la asistencia a las escuelas públicas, únicas encargadas de instruir, soli-

darizando los vínculos entre las diversas clases sociales y uniformando la orientación educativa. La escuela única, laica, popular, basada en la coeducación, tenderá normalmente a hacer converger las ciencias, las letras y la moral hacia la educación e instrucción integral.

La base inconmovible será su transformación en hogar de niños protegiéndose y amándose mútuamente. Cada instituto de enseñanza tendrá como anexo indispensable "una cátedra práctica de humanidad", "escuela maternal" para niños de 3 a 6 años anexa a las escuelas primarias; "salas-cunas", "institutos de puericultura y de maternología" anexos a los Liceos, Colegios Nacionales, Escuelas Normales, e Institutos del Profesorado Superior; "hospitales de niños", salas de "maternidad" anexos a la Facultad de Medicina. En la de Ingeniería habrá una cátedra especialmente consagrada a edificación escolar. ¿Cómo unificar en un solo plano higiénico el liceo, el taller y las salas-cuna, por ejemplo, para formar un solo engranaje maternal que permita a la madre obrera alimentar a su hijo y al joven educando velar por el niño? ¿Cómo, en la generalidad de los casos, hacer que la escuela dé al niño la luz, el aire y el sol que necesita imperiosamente?

Las Facultades de Derecho y de Filosofía coadyuvarán divulgando nociones-bases, como sobre la historia y formación de la familia, la responsabilidad paterna, la investigación de la paternidad, la constitución legal del matrimonio, el di-

vorcio, la patria potestad, la moral sexual, la situación legal y social del hijo espurio, el derecho que asiste a la mujer para reclamar una moral igual para ambos sexos y el deber que llenará para conquistar ese derecho: ser madre en toda ocasión de la vida.

La escuela, así, será escuela de vida y no fosilización de prejuicios sociales, religiosos y científicos.

La supresión absoluta de escuelas fuera de las del Estado — laica, obligatoria, para ambos sexos — fusionará las clases sociales e irá zapando, lenta pero seguramente, los prejuicios sexuales.

El contacto de protector a protegido que se establecerá forzosamente entre cada alumno y el infante menor de 6 años puesto bajo su amparo, elevará moral e intelectualmente al educando.

Pero a quien salvará la escuela-hogar, dignificándola al hacerla cumplir su deber social de ser "madre", es a la mujer. Ahí, en ese hogar de niños, está su regeneración. Ante los resultados prácticos, individuales y colectivos, las jóvenes opondrán al feminismo actual, que tiende a masculinizarlas, el eterno femenino que las hace madres en toda ocasión de la vida y, llenas de amor y de respeto por la maternidad desvalida, exigirán del Estado un servicio femenino obligatorio que haga de cada alumna de las escuelas públicas la hermana mayor y la madrecita del hijo del obrero.

Comprenderán que — aunque hasta hoy, por razones de herencia sexual, de medio ambiente y de educación, que serán fácil pero lentamente descartadas en adelante, el hombre ha llegado a un desarrollo intelectual incuestionablemente superior — "mujer" y "hombre" son, en esencia, dos seres diferentes, inversos, complementarios, equivalentes; que hay progreso sexual cuanto más se ahonden los caracteres específicos de cada sexo y que el carácter específico de la mujer es la maternidad.

BASES PRÁCTICAS PARA LA EDUCACIÓN INTEGRAL

a) Triple aspecto: físico, moral e intelectual de la educación integral.

La escuela erigirá la salud en moral física, tendiendo al desarrollo normal, al bello equilibrio orgánico y funcional.

Educará especialmente los órganos de relación, instrumentos de percepción y de acción; la agudeza, precisión y delicadeza de los órganos de los sentidos y perfeccionará ese instrumento de expresión y de trabajo: la mano.

La alimentación será cuidadosamente vigilada, dándose cursos prácticos de cocina económica relacionados con la fisiología humana, con la química y física, con la economía animal y social.

Se llegará al equilibrio entre la acción y el reposo implantándose la gimnasia natural, con juegos sistematizados, paseos, excursiones; completada e intensificada con la gimnasia metódica basada en ejercicios de aplicación práctica: carrera, salto, esgrima, natación, equitación, etc., que permitan a cada uno bastarse a sí mismo en

caso de peligro y ayudar a sus semejantes; y embellecida con la gimnasia eurítmica que da soltura y gracia, gimnasia indispensable para la mujer.

Intelectualmente, la educación integral se basará en el mismo principio: Desarrollo simultáneo, equilibrio de todas las facultades, sin excepción, ya sean de asimilación o de producción, ya de orden científico o artístico, espíritu de observación, memoria, juicio, imaginación, sentimiento de lo bello.

La instrucción integral, recíprocamente finalidad y medio de educación, es el conjunto sintético, encadenado, paralelamente progresivo en todo orden de conocimientos desde la más temprana edad y desde los primeros elementos educativos.

En todas las ramas del humano saber, que se subdividen luego al infinito hay, en el origen, verdades simples, fácilmente observables e inteligibles hasta para el niño: Deben constituir el tesoro de nociones poseídas por el infante, tesoro destinado a enriquecerse gradual y cíclicamente.

El idioma materno será objeto de cuidadoso, de amoroso estudio. El niño llegará a ver en él tanta vida como la que a una planta o a un animal anima: Pero la vida del lenguaje le será más querida porque hablará a su corazón, a su inteligencia, a su voluntad.

Hoy que ya es una conquista definitiva la enseñanza real y experimental de las ciencias natu-

rales, aboguemos por la humanización de la historia: Enséñese a los jóvenes la génesis y el desarrollo de los grandes hechos humanos, individuales y sociales; la evolución del trabajo, de las artes, de la industria, de las ideas, de la vida íntima; relátenseles la importancia de la evolución de la familia a través de la humanidad, la lucha del padre por defenderla, la de la madre por afianzarla; déjese de lado o empléese como ilustración necesaria la historia política y guerrera; estúdiese el advenimiento del pueblo al gobierno más bien que la apología de los reyes y conquistadores; la historia de la evolución de la humanidad más bien que la de las dinastías y la de las batallas.

Utilícese la biografía de los grandes hombres como escuela de la voluntad.

La educación artística servirá de base a la educación patriótica: El decorado escolar utilizará motivos de la flora y fauna argentina; paisajes, ilustraciones imaginativas hechas por los alumnos de la leyenda y de la historia patria.

La música evocará en lo posible el sentimiento y la belleza del lugar que la engendró. La lectura artística, el recitado aprovechará la prosa y la poesía nacional.

El trabajo manual, que adiestra y perfecciona la mano, coopera como medio de desarrollo físico, intelectual y moral.

Entendida así la escuela permitirá recién al niño elegir, con conocimiento de causa, una ocu-

pación en armonía con sus gustos, con sus aptitudes y conservará en él la tendencia integral, el espíritu de generalización que lo preservará de la especialización prematura, excesiva, estrecha, retaceada, maquinal, desorganizadora, cuyas consecuencias fatales deplora la actual generación obrera.

Moralmente, el niño asimilará la noción de equilibrio y de desarrollo individual; la de justicia y reciprocidad social, teniendo en cuenta que la educación moral es una resultante de la existencia normal, física e intelectualmente, en un medio normal.

La base científica de la enseñanza engendrará en el niño el concepto de ley de progreso, de evolución.

Anto todo esta educación integralmente humana *no le hará daño*, pues de ella serán descartados los prejuicios falaces, las impresiones deprimentes; todo lo que lleva a la imaginación fuera del campo de la verdad, lo que la turba o desordena: sugestiones malsanas, excitaciones de la vanidad, de la rivalidad o de los celos. En cambio rodeará al niño de un ambiente de calma, de orden, de verdad natural; de una vida sencilla, variada, animada por trabajos prácticos y por juegos. Engendrará, sobre todo, por el contacto de protector a protegido nacido en la Escuela Hogar, el sentimiento de responsabilidad; ejercitará al niño en el empleo graduado de la libertad y hará sentir el orgullo de vivir dignamente la vida.

b) Ciclo educativo integral (1).

El ideal de Escuela es una gran familia donde ricos y pobres conquistarán la ciencia según sus aptitudes para el mayor bien de la humanidad.

—¿Cómo llegar a ese ideal?

Primer ideal realizable: La Escuela única, la del Estado, la del pueblo y para el pueblo todo, sin distinción de castas ni de fortunas, la encargada de instruir solidarizando los vínculos entre las diversas clases sociales, uniformando la orientación educativa.

Segundo ideal realizable: La coeducación sexual.

Aprovechando el plantel coeducativo infantil, seguiráse año tras año, y al cabo de 4 años reinará normal y naturalmente.

La Escuela única, la del Estado, laica, popular, basada en la coeducación, tenderá a hacer converger las ciencias, las letras, la moral, el arte y la religión humana hacia la educación e instrucción sexual.

En la enseñanza secundaria los alumnos continuarán unidos para la adquisición de la ciencia que debe serles común y se dividirán en dos secciones para recibir, como hombres y como mujeres, la enseñanza sexual especializada.

Y los tres ideales practicables, la Escuela única, la coeducación, y su resultado, la educación e instrucción sexual, engendrará la *Escuela-Hogar,*

---

(1) Extracto del estudio presentado al Congreso del Niño.

hogar de niños protegiéndose y amándose mutuamente.

Cada instituto de enseñanza tendrá como anexo indispensable una cátedra práctica de humanidad: Escuela maternal para niños de 3 a 6 años anexa a las Escuelas Primarias — realizándose recién el hasta hoy utópico Jardín de Infantes — salas-cunas, institutos de puericultura y de maternología anexos a los Liceos, Colegios Nacionales, Escuelas Profesionales — especialmente Escuelas Normales — e Institutos del Profesorado Superior; hospitales de niños, salas de maternidad, Escuelas de Estirpicultura anexas a las Facultades, especialmente a la de Medicina, evitándose así el peligro que acecha a los estudiantes de medicina, quienes, por recibir tan sólo la instrucción sexual, pagan mayor tributo a las enfermedades vergonzosas.

Y la teoría ayudará a la práctica porque surgirá de ella, de la vida misma.

La Escuela será recién Escuela de vida y no fosilización de prejuicios.

Entonces comenzará a preocupar a la Escuela, científica y humanamente, el problema de los sexos basado en un ideal religioso: La religiosidad humana.

Si la Escuela-Hogar llegara a ser un hecho, ¿no evolucionará el hombre hacia la ley de amor que solidariza, hacia la comprensión del dolor ajeno que hace imposible toda injusticia, hacia la faz que le permitirá superarse a sí mismo al educar?

Programa de educación integral (1).

Educación Física:

Erigir la salud en moral física, tendiendo al desarrollo normal, al bello equilibrio orgánico y funcional.

Educar agudeza, precisión y delicadeza de los órganos de los sentidos.

Gimnasia natural (juegos, excursiones).

Gimnasia metódicamente sistematizada utilizando ejercicios de aplicación práctica: carrera, salto, esgrima, natación, equitación, etc.

Gimnasia eurítmica (especialmente para la mujer).

Cursos prácticos de cocina económica relacionados con la fisiología humana, la química, la física, la economía animal y social.

Educación Intelectual:

Vivificar, humanizar la enseñanza del idioma materno: Que hable al corazón, a la inteligencia y a la voluntad del niño.

Basar la instrucción sexual en el estudio de las ciencias naturales.

---

(1) Al compilar el presente volumen se han respetado las *repeticiones* que la autora hiciera, en varios artículos, de un mismo concepto o plan. Se ha preferido que el lector "elija", temiendo elegir mal. (Nota del compilador).

Utilizar la educación artística como base de la educación patriótica y moral.

Utilizar la biografía como escuela de la voluntad.

Humanizar la enseñanza de la historia: Génesis y evolución de artes, industrias, ideas; de la familia, de la sociedad, de la humanidad.

Educación Moral:

El niño asimilará la noción de equilibrio, de esfuerzo, de desarrollo; de justicia, de reciprocidad social; el concepto de ley, de evolución.

El contacto de protector a protegido de la Escuela-Hogar engendrará, con el sentimiento de la responsabilidad, el hábito de la libertad, el orgullo de vivir dignamente la vida.

La educación integral se basará en el desarrollo simultáneo, equilibrado, armónico de todas las facultades.

La instrucción integral, recíprocamente finalidad y medio de educación, es el conjunto sintético, encadenado, paralelamente progresivo en todo orden de conocimientos desde la más temprana edad y desde los primeros elementos educativos.

Medios prácticos para implantar la Educación Integral:

Primer ideal realizable: La escuela única, la del

Estado, obligatoria para todos sin excepción; popular, laica; encargada de instruir solidarizando los vínculos entre las diversas clases sociales, uniformando la orientación educativa.

Segundo ideal realizable: La coeducación sexual.

Tercer ideal realizable: (resultado de los anteriores): La educación e instrucción sexual.

Cuarto ideal realizable: (resultado de los anteriores): La Escuela-Hogar con su cátedra práctica de humanidad.

La Escuela-Hogar: Cátedra práctica de humanidad.

Escuela maternal (niños de 3 a 6 años), anexa a toda Escuela Primaria.

Salas-Cunas, Institutos de puericultura y de maternología anexos a los Liceos, Colegios Nacionales, Escuelas Profesionales (especialmente Escuelas Normales e Instituto del Profesorado Superior).

Salas de Maternidad, Hospitales de Niños, Institutos de Estirpicultura, anexos a las Facultades (especialmente a la de Medicina).

Ciclo Integral educativo:

Los alumnos de la Facultad de Medicina, darán cursos teórico-prácticos de puericultura y de maternología en los Institutos anexos a los Colegios y cursos sistematizados de instrucción sexual a los maestros y padres de familia.

Los alumnos de la Facultad de Ingeniería dedicarán cursos íntegros a la edificación escolar y obrera. Resolverán el problema básico de la Escuela-Hogar: Unificar en un solo plano higiénico el Liceo, el Taller y la Sala-Cuna.

Las Facultades de Derecho y de Filosofía divulgarán nociones, en cursos populares sistematizados, sobre la historia y formación de la familia, la responsabilidad paterna, la investigación de la paternidad, la constitución legal del matrimonio, el divorcio, la patria potestad, la moral sexual, la situación legal y social del hijo espurio, la ley de herencia; el derecho que asiste a la mujer para reclamar una moral equivalente para ambos sexos y el deber que previamente llenará para conquistar ese derecho: ser madre en toda ocasión de la vida.

COEDUCACIÓN

La coeducación sexual es un capítulo de la coeducación integral. Parcialmente instituída, por amorosos que sean los cuidados dedicados a la coeducación sexual, los resultados no arribarán sino a conclusiones parciales, discordantes y contraproducentes, en la mayoría de los casos.

La solución a que aspira es esencialmente humana. Y nada tan difícil de manejar como los más delicados resortes.

Sentado en principio que su realización aisladamente debe ser provisoria, definámosla, "sistema que consiste en reunir en la misma escuela y en la misma aula a varones y mujeres para darles una educación e instrucción equivalente".

Apenas tolerado en algunos países, libremente ensayado por unos, abiertamente preferido por otros, la coeducación sexual ha llegado a ser criticada hasta en el país que mayores beneficios le debe: los Estados Unidos.

En Alemania, Inglaterra, Holanda, Suecia, Noruega, gran parte de Suiza, son mixtas las escuelas primarias frecuentadas por protestantes.

Desde la edad de 10 a 12 años hasta la Univer-

sidad, sepáranse los varones de las mujeres en las escuelas primarias superiores e institutos de enseñanza secundaria.

La coeducación sexual, desde la escuela infantil hasta la normal y universitaria, ensáyase en algunas colonias inglesas y en los Estados Unidos en población escolar de origen protestante. Circunstancia notable. Los estados que más rápidamente progresan prefieren abiertamente la coeducación sexual.

Antes de pasar rápida revista por los inconvenientes achacados a este sistema, notemos que, en todas las regiones habitadas por católicos, la coeducación sexual ha encontrado insalvables obstáculos. Doquiera la naturaleza ha creado un matiz, una diferencia, los prejuicios religiosos han cavado un abismo. Dividir para reinar ha sido y sigue siendo el lema clerical.

Inconvenientes intelectuales, físicos y morales atribúyense a la coeducación.

¿Debe ser idéntica, en todo momento y en todos los casos, la educación e instrucción dada a uno y a otro sexo?

Equivalente, sentamos al definirla. Nada impide separar los varones de las mujeres o dar, en un mismo salón, trabajo apropiado a cada sexo.

Siendo un hecho que por razones de herencia, de medio ambiente y de educación, que serán fácil pero lentamente descartadas en adelante, el hombre ha llegado a un desarrollo intelectual incuestionablemente superior, ¿no hay peligro

evidente en someter al varón y a la mujer a un mismo sistema educativo que exigirá de ambos el mismo esfuerzo?

Aparentemente la razón es de peso: No así si nos remitimos a la experiencia. Todo el que haya estudiado en Facultades, por ejemplo, de régimen mixto, comprobará que, en igualdad de circunstancias, la mujer aprende con mayor facilidad que el hombre y da exámenes más brillantes. ¿Contradicen estos hechos la teoría sentada al principio de la actual inferioridad femenina? Si de cerca observamos las causas, veremos que, lejos de ello, la confirman. Los organismos inferiores se desarrollan en menor tiempo que los superiores; así también el grado de evolución conquistado está en relación con el mayor o menor tiempo de maduración.

Además, caracterízase lo inferior por su fácil adaptación al medio, por su poder de imitación, por su mimetismo engañoso.

La generalidad de los estudios, desde el Jardín de Infantes hasta la Universidad, no exigen más que esfuerzos de memoria mecánica, adopción de ajenas teorías, imaginación reproductora vivísima, psitacismo, verborragia. Y bien, la joven desarróllase más rápidamente que el varón; adáptase maravillosamente al medio; tiene notable poder de imitación; su memoria verbal es única y el mimetismo podría ser clasificado entre las cualidades femeninas por excelencia.

De ahí que la alumna, generalmente superior

al alumno, en igualdad de condiciones, llegado el caso de sacar provecho de esa instrucción puramente verbal, encuentra en la falta de facultades prácticas—no ejercitadas por su sexo y por lo tanto no heredadas—; en el exceso de facultades teóricas e imaginarias, es decir, inútiles; y en la oposición de los intereses creados y fortalecidos por el ambiente familiar, social, político, universal, insuperable obstáculo que vuelve contra ella misma, por la decepción que disminuye las fuerzas, lo asimilado con relativa facilidad.

Pero, lo que por ahora interesa, el surmenage femenino queda descartado de la coeducación.

—¿Y el masculino? Peligro es ese que nadie ha notado aún. Como las facultades psíquicas femeninas son las brillantes y más rápido su poder de asimilación, creeráse que el varón tiene que esforzarse para alcanzar los mismos resultados. Si se reflexiona en que en él lo existente es personal, característico, propiedad intrínseca, bien pronto se desechará todo temor.

—¿Debe ser idéntica, en todo momento y en todos los casos, la educación física dada a la mujer y al varón?

Equivalente, volvemos a insistir: Gracia, harmonía, esbeltez, euritmia. He ahí el ideal femenino. Fuerza, precisión, habilidad, es el masculino.

Siendo la moral una resultante del armonioso desarrollo de lo físico y de lo psíquico, las diferencias sexuales normales, consecuencia de los temperamentos y de las funciones, subsistirán a

pesar de que la orientación general sea una y se dé en común, aprovechando las ocasiones que surjan.

Como se ha sentado, inconmovible cual verdad revelada, que la coeducación no podrá ser ensayada con esperanzas de éxito en los países de raza latina, citaré dos experimentos realizados, respectivamente, en Francia—donde costumbres, prejuicios y religión le son abiertamente contrarios—y en la República Oriental del Uruguay.

Desde 1880 hasta 1894, Mr. Paul Robin, al hacerse cargo del Orfelinato Prévost, ensayó el método integral de educación, cuya base práctica fué la coeducación sexual.

En Cempuis, en plena región clerical, él, un librepensador, luchó 14 años consolidando con lo mejor de él mismo esa institución, finalidad de su vida, que prejuicios religiosos echaron por tierra infamándola, calumniándola.

Remito, para detalles, a la admirable obra "Educación integral", escrita por Gabriel Giroud, ex alumno de Cempuis.

Obra en mi poder, gentilmente ofrecido por la señora Julia S. de Curto, el informe que, en 1878, elevó el vicepresidente de la sociedad Amigos de la Educación a la comisión directiva, presidida por Francisco A. Berra sobre un ensayo de coeducación practicado en el Durazno, República Oriental del Uruguay.

El mismo doctor Berra historía, en 1899, ese caso:

"La experiencia universal prueba que la reunión de personas de los dos sexos es más favorable a la educación de la infancia por causas análogas a las que obran en el ánimo de las personas mayores para que se respeten más cuando hombres y mujeres están reunidos que cuando están separados.

"En los establecimientos mixtos se abstienen los varones porque están en presencia de niñas; y se abstienen las niñas porque están en presencia de varones. El pudor y el respeto ejercen mayor imperio de sexo a sexo, que entre niños del mismo sexo. Referiré uno de los muchos casos que pudieran citarse: Una sociedad popular del Uruguay fundó una escuela para varones, otra para niñas. Esta, dirigida por doña Julia S. de Curto, marchó bien. La otra, después de un cambio de maestro, se desordenó, y el desorden creció hasta punto tal, que los alumnos, muchos de ellos de 15, 16 y 17 años, llegaron a ser el terror del vecindario. La sociedad popular, después de haber agotado infructuosamente los medios disciplinarios usuales, se reunió para deliberar con tal motivo. No había dos opiniones: Era necesario poner fin al escándalo cerrando la escuela de varones. Ya se iba a votar cuando se anunció a la Directora de la Escuela de Niñas. Se la oyó con estupor: Iba a proponer, como remedio eficaz del mal, la reunión de aquellos desenfrenados con las niñas. La negativa fué unánime e instantánea. Ella insistió, razonó, empeñó su palabra.

Tanta resolución y tanta confianza animaron a la sociedad a probar, a condición de expulsar a todos los varones en cuanto se produjera la más leve inconveniencia. Cundió rápidamente la noticia de esta audaz determinación y, antes de 24 horas, las madres atemorizadas habían retirado sus niñas excepto unas pocas. La maestra no se desalentó por ello. Recibió a los nuevos alumnos, sentó a cada uno al lado de una niña, en mesabancos hechos para dos personas y empezó a dar lecciones sin hacer la menor prevención. Según lo acordado, dos miembros de la sociedad fueron ese día a enterarse del estado de la escuela: Profundo silencio, orden ejemplar, ninguna novedad. La visita se repitió al día siguiente, al otro, en varios días más: el mismo orden. Un día se encontró la comisión con una novedad: En un pizarrón vió una raya trazada a tiza que denunciaba una falta. La maestra expuso que uno de los varones había dicho algo a su compañera durante la lección. Era hora de salida. Fuéronse varios. Llegó el turno de uno de los varones; la maestra lo despide como a los demás; él se pone de pie pero no marcha; está cabizbajo. La maestra le pide explicación; él se le acerca humildemente y le suplica que le borre la falta.—¿Quién le había dicho que era suya? Nadie. El se lo presumía porque en el momento de señalarla conversaba.—¿Qué?—Pedía un lápiz a su compañera porque se había despuntado el suyo. La maestra desaprueba el hecho y resiste el pedido; él lo repite una, dos y tres

veces y por último prorrumpe en llanto. Meses después, al final del año, fuí a presidir los exámenes. Me encontré con la Escuela llena de niñas y varones, de 6 a 15 ó 16 años de edad, sentados con mucha compostura, una niña junto a un varón. Todo había marchado del modo más satisfactorio; las madres que al principio de la innovación se habían alarmado volvieron sucesivamente a mandar sus niñas, y otras más habían seguido el ejemplo. La Escuela Mixta de la Sociedad Popular del Durazno fué modelo de corrección".—F. A. Berra.

Y todo marchó con igual resultado durante los 8 años que la señora de Curto dirigió la escuela.

Afirmo, por propia experiencia en la Escuela Normal Mixta de La Plata fundada y dirigida por ese genio pedagógico que se llamó Mary O. Graham, que en la Argentina, como en todo país joven, la coeducación tiene la seguridad del triunfo. No pesa sobre América, tierra de promisión—y así puede llamársela después de haber visitado decrépitas naciones—no pesa sobre América la tradición de largos siglos de galantería morbosa y frívola; joven y sana, tiene derecho a confiar en la excelsitud de la naturaleza humana y en la libertad.

—¿Cómo implantará la Argentina el sistema de coeducación sexual?

Insistamos en que es la rueda más delicada del complicado engranaje de la educación integralmente humana que transformará la escuela ac-

tual, anti-natural y anti-lógica, en la escuela-hogar, al aire libre, cerca del mar, en la montaña o en el llano, donde el niño estará rodeado por aquéllos que para él vivan y no, como hoy, por aquéllos que por él viven, convirtiendo en profesión lo que es un sacerdocio; donde la educación y la instrucción moral serán base y finalidad de toda enseñanza. Pero eso pertenece a un lejano porvenir, época en que el hombre habrá sentido en dolor y recién aspirado en ideal, que su vida, en él mismo y en sus descendientes y el mejoramiento de esa vida, en el presente y en lo futuro —superándose a sí mismo al crear—, deben constituir su único y poderoso núcleo educativo.

Hoy por hoy, contentémonos con lo factible aisladamente sin perder de vista el plan de conjunto a que arribaremos en lo futuro.

Nuestra ley de educación es, aparentemente, favorable a esta reforma. Pero como el árbol se conoce en sus frutos, basta visitar las escuelas nuestras, prácticamente unisexuales, para deducir que esa ley peca por su base.

Un agregado la modificará radicalmente: El disponer que en toda escuela se inscriban mitad por mitad varones y niñas, comenzando, el primer año con el primer grado y, sucesivamente, año tras año, extendiéndose, hasta abarcar toda la enseñanza primaria.

Contraria a toda verdadera humana cultura es la fundación de institutos de enseñanza secundaria exclusivamente para mujeres. Si el número de

mujeres es menor al de los varones, en la totalidad de los estudios secundarios, sitúese el Liceo o Colegio Nacional Mixto — mitad varones y mitad mujeres —, insisto en este equilibrio, en el centro de la ciudad, facilitando todo medio de acceso a él, y ábrase la inscripción.

Los alumnos llegados a la Universidad no exigen los mismos cuidados porque ya son más capaces de bastarse a sí mismos. De paso haré notar que el desequilibrio en la inscripción, ya dé más varones o ya más mujeres, es igualmente pernicioso. Remito al caso de la Facultad de Filosofía y Letras.

El único inconveniente con que la escuela mixta tropezará es aquél con que la actual escuela tropieza. Que para educar se necesitan maestros, apóstoles y no profesionales o ganapanes. Y es un hecho doloroso que está en la conciencia de todo el que a educar se dedica, que nuestras escuelas normales no forman más que al profesional· No hay en ellas ideal que vivique lo enseñado, no hay en ellas almas grandes consagradas por entero a la más noble de las tareas. A despertar en el niño y en el joven al dios que duerme en él y cuya sola promesa de apoyo es seguridad de genial afirmación en lo futuro.

Permitid que estas amargas verdades las diga quien puede hablar con conocimiento de causa, quien vió a una maestra y aprendió, en esa vida sacrificada toda a la enseñanza, cómo se educa.

Antes de analizar las causas y de proponer los

remedios, haré notar que, siendo la coeducación delicadísima y esencial rodaje en la complicada máquina escolar, exige de quien lo manipule tacto e inteligencia, fusionados por el amor al niño. Después de lo aseverado anteriormente inútil parecería buscar entre nosotros quienes reunan esas cualidades, sobre todo la de amar al niño. Lejos de mí semejante afirmación. El mal régimen actual ahoga, desvía, atrofia el innato amor del hombre o de la mujer por el niño. La escuela-hogar, la coeducación sexual, su finalidad, la religiosidad humana, sacarán de nuevo por verdadero al principio: la función hace al órgano. Y el maestro, apóstol, creador, artista, será engendrado por la escuela humana.

—¿A qué tenderá la coeducación para aproximar en la escuela el reino de lo divino natural, de la cultura integral del hombre?

A la coeducación social, en primer término. Entendiéndose por ello, la escuela laica, del Estado, para todos sin excepción de castas ni de categorías donde, ricos y pobres, durante los primeros años de la vida en que las impresiones son indelebles, conquistarán la sabiduría — el cómo ser feliz en medio de los felices — de acuerdo con sus aptitudes para el mayor bien de la humanidad.

Para el niño reclamamos la coeducación social, sexual y humanamente integral proponiendo como medios prácticos la escuela infantil única — hasta los 10 años — la implantación progresiva y equilibrada de la coeducación basada en la edu-

cación e instrucción sexual y la transformación de la antihumana escuela actual en un hogar de niños y para niños, al aire libre, cerca del mar, en la montaña o en el llano cuando, en un futuro que deseamos siquiera entrever, el hombre se haya convencido de que su único deber, del que todos los demás derivan, es mejorarse individualmente y superarse a sí mismo al dar vida a un nuevo ser.

Para el maestro auguramos la transformación de su actual profesión en divino apostolado.

—¿Qué medidas prácticas encaminarán a ello?

El profesorado tiene que ser necesariamente mixto. Sabido es que no se crea un organismo con una ley ni con un anhelo. Pero quizás determinadas medidas contribuyan a que se desarrolle lo larvado.

La enseñanza primaria está casi exclusivamente en manos femeninas. Y de esta casi exclusividad, como de cualquier desequilibrio, no son ventajas las que lógicamente deben esperarse. Siendo mixta la escuela para equilibrio y armonía de ambos sexos, por idéntica razón mixto debe ser el personal docente. ¿Cómo llevar al hombre a una ocupación míseramente retribuída? Dignificándola por el aumento de sueldo y sobre todo por la seguridad del ascenso: estableciendo el escalafón escolar.

Diráse que, así y todo, no se llegará jamás en la Argentina a equilibrar la proporción de maestros y maestras. Estoy de ello convencida. Por

iguales razones, en los Estados Unidos la mujer tiene en sus manos la casi totalidad de la educación infantil. Pero hay otro recurso ensayado allí con admirables resultados: el permitir que la mujer ocupe puestos directivos. No sólo el ofrecerle la conquista de la dirección de establecimientos docentes sino el hacer accesible, en igualdad de condiciones, al hombre y a la mujer, las inspecciones, las vocalías, las presidencias de los consejos de educación.

Una ojeada sobre la denigrante posición actual de la mujer que solicita trabajo como maestra o como catedrática hará resaltar la mejora moral, la dignificación que importara al magisterio el arribo de la mujer a esos puestos directivos. Pensar tan sólo que son casi exclusivamente mujeres las que solicitan y que son exclusivamente hombres los que conceden y se hallará la causa fundamental del descrédito en que ha caído la palabra "maestra".

Para el magisterio reclamamos, entonces, una orientación que arribe al personal mixto, la dignificación de esa carrera al establecer la ley orgánica del profesorado y el escalafón escolar que permita a cada maestro la posible conquista de los puestos directivos. Complemento lógico de tal ley, será el establecer, como condición previa para ocupar cualquier cargo docente o directivo, que el candidato sea "maestro" en el más amplio concepto del término.

Mixta la escuela, mixto el personal docente,

mixta la dirección de enseñanza que orienta y gobierna, el ciclo de la coeducación sexual se completará y se perfeccionará a sí mismo por razones intrínsecas, de propia y legítima conservación, y no extrínsecas, artificiales como ahora sucede.

HERENCIA SEXUAL

Desde hace veinticinco años goza la mujer norteamericana de los mismos privilegios educacionales que los hombres: "Y a pesar de ello las universitarias no han dado más que resultados dudosos y contradictorios, sin que hasta el presente pueda decirse que se haya producido un Tolstoï, un Gorki o un Nietzsche femenino", proclaman admirados nuestros hermanos del norte.

Han existido y existen muchas mujeres inteligentes, reconoce Ferri, pero no hay ni hubo nunca mujer genial, sin que ésto pueda atribuirse al largo cautiverio femenino, a un estado de casi esclavitud, pues el genio, producción especial de la vida, puede brotar en cualquier ambiente social y no es posible admitir una casualidad, providencial siempre para los hombres de genio, desfavorable siempre para la mujer que hubiera podido ser genial.

Muchos, aun hoy, hallarán razón al agustino fray Benito Feijóo cuando nos narra en su "Defensa de las mujeres" que, yendo de camino un hombre y un león, se les ofreció disputar quienes eran más valientes, si los hombres, si los leones:

Cada uno daba la ventaja a su especie hasta que llegando a una fuente de muy buena estructura advirtió el hombre que en la coronación estaba figurado en mármol un hombre haciendo pedazos un león. Vuelto entonces a su competidor, en tono convencido, como quien había hallado contra él un argumento concluyente, le dijo: "Acabarás de desengañarte de que los hombres son más valientes que los leones, pues allí ves gemir oprimido y rendir la vida de un león debajo de los brazos de un hombre". "Bello argumento me traes, respondió el león. Esta estatua el hombre la hizo y así no es mucho que la formase como le estaba bien a su especie. Yo te prometo que si un león la hubiera hecho, él hubiera vuelto la tortilla y plantado el león sobre el hombre haciendo jigote de él para su plato".

Al caso: Hombres fueron los que escribieron esos libros en que se condena por inferior a la mujer...

Y con beatífica expresión, concluye el padre Feijóo: "Lo cierto es que ni ellas ni nosotros podemos en este pleito ser jueces porque somos partes; *y así se habrá de fiar la sentencia a los ángeles que, como no tienen sexo, son indiferentes*".

Sin remontarnos tan alto, fiemos la sentencia a un juez de la tierra. Oigamos la opinión del doctor Carlos Octavio Bunge sobre el tan meneado asunto. En uno de sus dictámenes, el número XXII, si no me equivoco, plantea el asunto de la menor responsabilidad penal de la mujer. Sin es-

tablecer la superioridad o la inferioridad de un sexo con respecto a otro no puede negar que, computando los términos medios y las condiciones más características, existen específicos rasgos y diferencias en la psicología sexual; que la teoría del feminismo absoluto viene a ser universalmente contraria al empirismo histórico, a las doctrinas religiosas y filosóficas, a los modernos estudios de biología, puesto que en toda la escala animal, o, por lo menos en los animales superiores, incluso el hombre, el sexo que gesta, pare y lacta, posee una individualidad moral distinta del que engendra. Llamados a funciones diversas en la lucha por la vida y en la lucha por la conservación de la especie, la selección natural les ha formado algo como un distinto tipo específico.

Reconoce el doctor Bunge la verdad de la genial concepción científica de Darwin sobre la teoría de los sexos: A través de toda la naturaleza, prima en el sexo femenino lo que pudiera llamarse el "principio de la conservación"; en el sexo masculino, el "principio de la evolución". Los rasgos anatómicos, fisiológicos y psicológicos de uno y otro sexo, revelan en la hembra algo como un estadio o grado menor de evolución: La hembra mira y tiende al pasado; el macho mira y tiende al porvenir.

La doctrina de la evolución es verdadera hasta en su moralidad basada sobre la selección natural: Pero no es más que una verdad a medias:

En un caso particular, examinando la bellota y el roble, por ejemplo, la bellota evoluciona hasta desarrollar el roble porque el roble está involucrado en la bellota. Y la idea de la "involución", de ese algo misterioso hasta ahora, llámesele "absoluto", "energía cósmica", "inteligencia universal" o "divinidad", aparece como el complemento de la "evolución".

Así, el problema de los sexos no es, en el fondo, una cuestión de antagonismo ni de preponderancia unilateral; sino el problema de "la persona humana" considerada bajo su doble aspecto "masculino" y "femenino", aspectos tan importantes el uno como el otro, aunque esencialmente diferentes.

Y la unión de esos dos aspectos, lo "masculino" y lo "femenino", da a la generación su verdadera dignidad e importancia humana que la distinguen de la reproducción animal propiamente dicha.

Por acentuación de los caracteres específicos, la "involución", lo conservador, lo estático, lo femenino, se objetiva al procrear; mientras que la "evolución", lo avanzado, lo dinámico, lo masculino, se subjetiva al idealizar. El hombre, al cultivar las ciencias, las artes, las letras, va creando idealmente tipos humanos cada vez más perfectos.

Lo ideal es a la evolución lo que la imaginación creadora es al artista. Muéstrale la inspiración en

el miraje la obra futura y la sola concepción de la belleza lo empuja a realizarla. Fouillé lo dice:

"Las fuerzas, en acción en el mundo o en nosotros, cualquiera que sea su naturaleza intrínseca, concluyen por concebirse en nuestra conciencia y, al concebirse, transformándose en ideas, juzgan lo real, lo modifican, se convierten en ideas-fuerzas".

Así, el hombre concibe idealmente el tipo evolucionado y la mujer lo realiza objetivándolo en el hijo. Y como la idea es fuerza que tiende, en lo normal, a realizarse, el hombre actual, al concebirse mejorado, no hace más que encauzar su energía para que realice, al objetivarse en acción, el tipo creado subjetivamente en ideal.

Cuando la pareja humana se complete, el ideal de evolución que, hasta hoy, y con justicia, ha sido casi puramente masculino, se completará, a su vez, con la fase femenina.

De lo expuesto se deduce la actual inferioridad de la mujer. Sergi cree que en ésta predomina la irritabilidad sobre la sensibilidad, "irritabilidad que es un primer grado de sensibilidad y que puede llegar a ser sensibilidad definida o bien permanecer en su forma originaria. Esta irritabilidad es causa más directa y primera de movimiento, o sea de manifestaciones exteriores, que la excitación que se producirá por sensaciones definidas y claras, por estados de dolor y de placer. Ella, en parte, queda en esa forma, y en parte

pasa a la de sensibilidad; pero siempre se transforma fácilmente en movimiento (directo, cuando es irritabilidad transformada en sensibilidad). Así las manifestaciones más simples tienen la apariencia de derivar de una mayor sensibilidad, mientras que derivan de su primer estadio, la irritabilidad''.

¿A qué atribuir la inferioridad actual de la mujer? A la herencia sexual. Como biológicamente es más débil, pues la maternidad significa para el sexo todo un sacrificio enorme de energías orgánicas y psíquicas, mientras en las relaciones universales predomine la fuerza sobre la razón, la mujer no podrá recibir como herencia sexual psíquica más que lo conquistado a pesar de su debilidad física. Objetarase, como actualmente se objeta en la América del Norte, que aun cuando la mujer disfrute de entera libertad para su desarrollo integral los resultados no corresponden a sus esfuerzos. Pero es que el problema así está mal planteado. La herencia sexual acumulada en ella a través de tantas generaciones como cuenta la especie no puede ser contrarrestada individualmente, en la evolución particular. Necesitaríase la acumulación de la causa: progreso individual continuado en varias generaciones para que la base orgánica de esa debilidad psíquica femenina —el cerebro del sexo, por decirlo así—evolucione progresivamente hasta equivaler al órgano mental del hombre.

Ampliando el diagrama de Ingenieros con un

agregado sobre *herencia sexual*, aceptaremos con él que en las capas más primitivas y fundamentales de la personalidad nosotros podemos descubrir las tendencias e inclinaciones congénitas, recibidas hereditariamente como síntesis de los antepasados *(mentalidad de la especie)* y como síntesis del sexo *(mentalidad sexual)*; en las capas medias están todas las adquisiciones producidas por la influencia del medio en que el sujeto evoluciona, sintetizando la común experiencia de la sociedad *(mentalidad social)*; en las capas superficiales vemos representadas todas las variaciones estrictamente individuales, los perfeccionamientos recientes en la personalidad, los hábitos mentales que son un distintivo de cada uno antes que el patrimonio colectivo del grupo social *(mentalidad individual)*. Estas cuatro adquisiciones sucesivas del hombre permiten comprender las evoluciones de la personalidad en sus períodos de formación, de perfeccionamiento y de disolución.

Dirásenos que mientras el sexo femenino progresa el sexo masculino no quedará estacionario.

Entonces se reproducirá el fenómeno observado en nuestra América: Implantada aquí la civilización europea cuya conquista costó milenios a sus legítimos poseedores, desarróllase en estas tierras vírgenes con tan vigoroso impulso que promete equivaler, en un futuro no muy lejano, a la civilización engendradora.

Las leyes de la imitación entrarán en juego si,

con entera libertad, se ofrece a la psiquis femenina todas las oportunidades para su integral desarrollo. La emulación sexual hará el resto en beneficio de la pareja humana. Y la función específica femenina, "la maternidad", será el medio natural de impulso, de evolución, de ascensión moral e intelectual. Entonces la mujer, al sentirse madre, comprenderá que es su deber el nutrir a ese hijo en formación no sólo con aire puro, alimentos apropiados o el ejercicio necesario, sino que debe, esencialmente, moldear esa almita con tranquilidad de espíritu, con igualdad de carácter, con sana alegría, con esperanzas siempre renovadas; que debe evitarle toda repercusión de desalientos, de sinsabores, de enojos, de crisis nerviosas.

Así, bajo la influencia de la ley de amor, lo creado creará a su vez, mejorando el hijo a la madre.

Establecida la actual inferioridad femenina no cabe preguntarse porqué no nació un solo genio entre las mujeres.

Ingenieros, al estudiar la psicología del hombre de genio, establece que el genio es un alto equilibrio; que la obra genial sólo puede ser realizada por *un cerebro mejor que los demás.*

Si la herencia sexual ha colocado hasta ahora a la mujer en condiciones de inferioridad cerebral, ¿cómo extrañarse de que no haya un solo genio femenino en la historia de la humanidad?

Cabría la misma extrañeza ante la no produc-

ción de genios masculinos entre razas semi-salvajes artificialmente civilizadas.

Un lento proceso evolutivo a través de varias generaciones, en condiciones apropiadas que modificarán en absoluto el medio actual y las actuales relaciones sexuales, proveerá a la mujer de un cerebro equivalente en potencia al cerebro masculino. Recién entonces "los ángeles" presagiados por el beato padre Feijóo darán su última palabra sobre este problema que nosotros no podemos, desgraciadamente, más que plantear.

EDUCACION SEXUAL DE NUESTROS HIJOS

La cuestión del sexo y la educación especial higiénica y moral en la enseñanza primaria y secundaria.

La moral, esa ciencia de las condiciones generales que desarrollan la vida del hombre lo más completa, lo más intensa, lo más felizmente posible, reposa sobre el conocimiento científico del mundo y de la vida.

Para determinarnos necesitamos conocer la realidad científica en sus fines, en sus efectos, en sus consecuencias directas o indirectas.

El estudio de las leyes naturales debe ser el fundamento de la moral racional y práctica.

Y la utilidad social y el interés de la especie deben ser el criterio de la moral individual.

El porvenir del individuo y de la raza se encierra en el instinto procreador, el más poderoso de los instintos, el que, por permanecer ineducado, aun no ha salido de la animalidad.

Incluir ese instinto en el radio de la moral científica es tarea reservada al padre y al educador.

Debemos hablar a los jóvenes con entera fran-

queza, con noble valor, sobre la función sexual, sobre la reproducción de la especie, como del más esencial de los hechos biológicos y sociales.

Debemos hablarles científicamente, sin falsas vergüenzas y sin mentidos misterios. Nuestra enseñanza, vivificada por un alto idealismo, les hará comprender la belleza de las leyes universales en la generación. Concebirán la trascendencia del amor y se sentirán penetrados de su poderosa poesía al considerar que el amor y su fin natural, la reproducción de la especie, es la síntesis de la función más importante y de los sentimientos más nobles del hombre.

A estas conclusiones teóricas se ha arribado definitivamente en Alemania, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, e Italia, donde, por medio de libros, de revistas, de opúsculos, de conferencias universitarias y populares, se inicia científicamente a la juventud en los múltiples problemas de la vida sexual, en sus condiciones fisiológicas y patológicas.

Estas publicaciones de vulgarización higiénico-sexual, deben ser dirigidas, ante todo, a los padres de familia para persuadirlos de que el deber más grande que tienen hacia los que de ellos recibieron vida, es el de hacerlos aptos para transmitirlas en las mejores condiciones mentales y corporales; para que los padres inculquen a los hijos, como un dogma, que se comete un crimen al dar vida a un ser en desventajosa situación fisiológica o mental, moral o sociológica.

Ante ese ideal de perfeccionamiento, los jóvenes respetarán en la mujer, a la madre futura. La maternidad dejará de ser un accidente, una sorpresa, un riesgo en la vida de la mujer. Será cada vez más difícil satisfacer pasiones o caprichos que engendren el envilecimiento o la desdicha ajena. La mortalidad infantil, la tuberculosis, el alcoholismo, esa lepra social de la prostitución, la criminalidad, todos los grandes problemas de profilaxia sanitaria y moral, tenderán a una solución de acuerdo con las leyes normales de la vida.

Esto no se obtiene invocando un pseudo sentimentalismo, sino que lo conquista la solidaridad humana que no es una virtud facultativa, sino una ley inexorable por basarse en hechos biológicos y sociales. La colectividad sufre las consecuencias de los vicios contra la higiene, contra la moral, contra la naturaleza; por lo tanto el individuo es culpable si no evita o no castiga esos crímenes colectivos.

La procreación de seres sanos y fuertes, es el primer deber individual.

Reconocida la importancia de esta educación en la vida del individuo y de la especie, es urgente reglamentarla como enseñanza obligatoria.

El núcleo del mal que tratamos de evidenciar está en el prejuicio religioso del pecado; en esa

absurda denominación de órganos y funciones vergonzosas; en esa reacción cristiana — útil dique, en sus comienzos, que detuvo la ola de la civilización romana en decadencia — pero que, llevada a exageraciones perjudiciales, nutrió el error funesto de creer que el pudor consiste en la ignorancia.

El remedio está en nuestras manos. Es la educación sexual.

Y lo que fecundará esta enseñanza, desarraigando definitivamente el pseudo sentimiento religioso actual, será el sentimiento hondo, intenso, sagrado de la vida, tanto más expansiva, tanto más universal, cuanto más profunda y más humanamente individual sea.

Conclusiones

1ª. Es derecho y deber del Estado el implantar la educación sexual obligatoria y colectiva.

2ª. La coordinación y la sistematización de los programas de Ciencias Naturales serán la base de la coeducación sexual en la Escuela Primaria.

En V y VI grado se enseñará Anatomía y Fisiología no asexuadas; haciendo resaltar que la finalidad de la procreación humana es la educación integral del hijo.

3ª. En la enseñanza Secundaria, la educación sexual se especializará con cada sexo y se basará en las leyes biológicas de la herencia, de la selec-

ción y de la educación. En la estirpicultura y en la puericultura.

4ª. Por medio de libros, de artículos, de revistas, de conferencias universitarias y populares, se convencerá a los padres de familia que el primero y más importante de sus deberes es la educación sexual de los hijos.

EDUCACION INTEGRAL

En una democracia, el problema más grave es el de instruir y de educar a la juventud.

La escuela tiene que formar ciudadanos conscientes de sus derechos y sus deberes; armados para la competencia vital necesariamente ruda allí donde todos pueden aspirar a un puesto entre los que dirigirán los destinos del Estado y de la sociedad.

Esa democracia debe salvaguardarse de un utilitarismo bajo y grosero: El hombre moderno, al lado de su profesión, de su oficio, quiere comprender los fenómenos del mundo, de la historia, de la sociedad; sus relaciones más importantes, en sentido general.

Hoy que nuestros Colegios Nacionales se ven invadidos por alumnos que quieren mejorar rápidamente de condición económica y toleran cada vez con mayor disgusto que en homenaje a lo especulativo se interponga tantos años entre la enseñanza primaria y la universitaria,—que son los únicamente necesarios para la carrera que quieren adoptar—hoy debemos insistir en seña-

lar un peligro: "La decadencia de la escuela elemental produce la ignorancia del pueblo; la decadencia de la escuela secundaria lleva a la barbarie a las clases dirigentes y a su fatal disgregación".

Y si la educación del pueblo para el pueblo no lo remedia, convertiráse nuestra *democracia* en esa *mediocracia* genialmente esbozada por Ingenieros (1).

El ideal de *escuela* es una gran familia donde ricos y pobres irán a conquistar la ciencia según sus aptitudes o facultades para el mayor bien de la humanidad.

¿Cómo llegar a realizar ese ideal?

El objeto de toda indagación no es el de encontrar sistemas más o menos lógicos; el estímulo del estudio está subordinado a la vida, de la cual no es más que un instrumento. Toda teoría que no conduzca a la consecución de una mejora real, no sirve.

El pensador observa las manifestaciones sociales, por ejemplo, y se plantea el problema de mejorarlas por medio de la escuela.

Ahora bien, ¿qué importancia puede tener el conocimiento de un método educacional óptimo si es imposible aplicarlo en nuestro medio? ¿Qué provecho dará a la sociedad el estudioso que persiga teorías inaplicables?

Desde luego ninguno.

.....

(1) Ver: "Archivos de Psiquiatría", Septiembre a Diciembre 1911.

Por eso como primer ideal escolar realizable, anotemos *la escuela única*, la del Estado, la del pueblo y para el pueblo todo, sin distinción de castas y de fortunas; la encargada de instruir solidarizando los vínculos entre las diversas clases sociales, uniformando la orientación educativa.

La coeducación sexual es el segundo ideal escolar realizable.

Si a la escuela única en manos del Estado la atacaran los intereses particulares valiosísimos, hoy al servicio de la enseñanza particular, laica o religiosa, a la coeducación sexual la atacarán los prejuicios religiosos, sociales y sexuales.

Paul Robin (1), fundador de Cempuis, reconoce la divisa clerical "dividir para reinar", en la separación sexual escolar. Fué ese y sigue siéndolo, el mejor medio de asegurar el dominio del error. Doquiera, debido a la diversidad natural y necesaria, existió un matiz, los prejuicios crearon un abismo.

La educación de nuestras clases dirigentes es un ejemplo al caso: los jóvenes bajo el poder de célibes, las niñas en manos de enclaustradas.

Así el mayor peligro intersexual vése: en la soledad, en el aislamiento, bajo el calor del misticismo pseudo-religioso, desarróllase ese misticismo sexual que florece en ilusiones románticas: forjado el falso ideal, sin base en la realidad, en la experiencia, la jovencita lo encarnará en el

---

(1) "Educación integral", por Giroud.

primer recién venido que conmueva su sobreexcitada y enfermiza sensualidad... Cuando la desilusión llega, será tarde: nada se recomienza en la vida; así como nada se crea, nada se pierde.

La separación de los sexos en la vida social, desde la infancia, tiende a hacer brutales y déspotas a los hombres; débiles y astutas a las mujeres.

Cuanto menos artificialmente se les separa, disminuye el misterio con que la imaginación sexual adorna al individuo de sexo opuesto; y con el misterio disminuyen las curiosidades inquietantes y perturbadoras.

Juntos se conocen y se complementan: los jóvenes pierden en brusquedad, en dureza, lo que ganan en delicadeza y en gracia; las niñas ganan en franqueza, en soltura, lo que pierden en ligereza de juicio, en afición a monadas, a trapos y a cintas.

Las diferencias normales, queridas por la naturaleza del ser, consecuencias del temperamento y de las funciones, no necesitan salvaguardia: aun cuando la coeducación sexual tuviera por objeto hacerlas desaparecer, no lo conseguiría: "igualdad" no significa "identidad".

Largos siglos de galantería perversa y frívola pesan sobre las costumbres europeas; nuestro pueblo, sano y vigoroso, debe tener fe en la naturaleza humana y en la libertad.

Posada se pregunta ¿por qué, si niños y niñas, hombres y mujeres, viven juntos en el comercio

diario material, no han de poder vivir juntos la misma vida espiritual, ya que la vida es una universal y constante convivencia de los sexos? La escuela de la instrucción específica que prepara para esa vida y es la escuela el lugar único donde se condena la relación social de los sexos.

"El principio y fin de toda educación es civilizar las relaciones humanas. Y bien, ningún género de relaciones humanas está tan necesitado de civilización como la relación del hombre y de la mujer" (1).

¿Cómo ensayar la coeducación? ¿Comenzaremos a la vez implantándola en la enseñanza primaria, secundaria y universitaria? ¿La aprobaremos en la primera y en la última, sin atrevernos en la secundaria, a consecuencia de los malos resultados que entre nosotros mismos ha dado? ¿Comenzaremos lentamente, haciendo que el alumno que no la haya experimentado desde el Jardín de Infantes no se someta a ella en los años sucesivos?

.....

Pero a quien salvará la "escuela-hogar", dignificándola ante ella misma al hacerle cumplir su deber social de ser "madre", es a la mujer. Ahí, en ese hogar de niños, está su regeneración. Ante los resultados prácticos, individuales y colectivos, las jóvenes llenas de amor y de respeto por la maternidad desvalida, exigirán del Estado un servicio femenino obligatorio que haga de cada alumna

(1) Roussell.

de las escuelas públicas la hermana mayor y la madrecita del hijo del obrero.

Comprenderá que — aunque hasta hoy, por razones de herencia sexual, de medio ambiente y de educación, que serán fácil pero lentamente descartadas en adelante, el hombre ha llegado a un desarrollo intelectual incuestionablemente superior — "mujer" y "hombre" son, en esencia, dos seres diferentes, inversos, complementarios, equivalentes; que hay progreso sexual cuanto más se ahonden los caracteres específicos de cada sexo y que el carácter específico de la mujer es la maternidad.

Si la "escuela-hogar", vivificada por la educación sexual llegará a ser un hecho, ¿no evolucionará el hombre hacia la ley de amor que solidariza, hacia la comprensión del dolor ajeno, que hace imposible la injusticia, hacia la paz que le permitirá progresar superándose a sí mismo al crear?

Antes de esbozar el ideal futuro de educación e instrucción sexual, detengámonos en el triple aspecto físico, intelectual y moral de la educación integral.

El hermosísimo ensayo de Cempuis (1) que el prejuicio religioso mató en flor, puede aún hoy servir de modelo.

La escuela erigirá la salud en "moral física", tendiendo al desarrollo normal, al hermoso equilibrio orgánico y funcional. Entre nosotros débese al Dr. Enrique Romero Brest el reconocimiento de

(1) "Educación integral", por Giroud.

la importancia esencial de la educación física y al Dr. Francisco Súnico la preocupación de dotar al alumno de todo el aire, luz, espacio y sol que su desarrollo reclama.

.....

Utilícese la biografía de los grandes hombres como cátedra de voluntad: que aprendan a amar con Jesús, a pensar con Pascal y a querer con Sarmiento.

La educación estética cultivará el sentimiento de la belleza, una de las bases de la moral, según la hermosa fórmula de Platón: lo bello es la expresión de lo bueno y de lo verdadero.

El dibujo, gracias al malogrado Malharro, tiene ya un puesto importante en nuestra escuela primaria. El lo introdujo como elemento de actividad intelectual y de placer, al mismo tiempo que como instrumento de trabajo sobre el punto de vista utilitario.

Sin olvidar la lectura artística y el recitado, un arte compite en importancia con el dibujo en la escuela: es la música, "esa pacificadora de las almas", de influencia sedante y halagadora, vínculo de solidaridad.

Por su parte, el trabajo manual adiestra, educa, perfecciona la mano; coopera como medio de desarrollo físico, intelectual y moral.

Entendida así, la escuela permitirá al niño elegir con pleno conocimiento de causa, una ocupación en armonía con sus gustos, con sus aptitudes y conservará en él la tendencia integral, el espí-

ritu de generalización que lo preservará de especializarse excesiva, estrecha, retardadamente; con esa especialización maquinal, desorganizadora, cuyas consecuencias fatales deplora la actual generación obrera.

La base científica de la enseñanza engendrará en el niño el concepto de ley, de necesidad; la noción de equilibrio y de desarrollo individual; la de justicia y reciprocidad social; la idea de progreso, de evolución, de ascensión.

Ante todo esa educación integral no le hará daño: Serán descartadas las ideas falsas, los prejuicios falaces, desmoralizadores; las impresiones deprimentes; todo lo que lleva a la imaginación fuera del campo de la verdad, lo que la turba o la desordena; las sugestiones malsanas, las excitaciones de la vanidad, de la falsa rivalidad o de los celos, todo lo que no sea calma, orden, verdad natural; vida sencilla, ocupada, variada, animada por el ejercicio de la libertad que los hará sentirse responsables y solidarios.

Recién será la escuela un hogar social. El elemento moralizador por excelencia, que imprimirá un empuje ascendente a la evolución humana, será la coeducación sexual.

La futura encarnación del ideal escolar no se limitará a hacer integral el ciclo, partiendo de la base "Escuela del Estado", única obligatoria para todos sin excepción; laica, bajo el régimen coeducativo que la transformará en hogar social, engendrador a su vez de la educación e instruc-

ción sexual; no se detendrá en cerrar el ciclo integral haciendo que los alumnos universitarios apliquen lo aprendido elevando al pueblo, al instruirlo por medio de conferencias sistematizadas; ni se conformará con dictar la "cátedra de la humanidad" en forma de instituto de puericultura, estirpicultura y maternología anexos a los colegios secundarios; o con el instalar al niño y al obrero de acuerdo con las necesidades vitales — aire, luz, espacio, sol, — egoísmo bien entendido, única y real virtud. No. La educación integral no se detendrá allí: como para todo lo dotado de vida, el progresar será su ley.

Entonces comenzará a preocupar a la escuela, científica y humanamente, el problema de los sexos basado en un ideal religioso: "la religiosidad humana" cultivada en el hogar.

Sin esa "religiosidad humana", al dar hoy la instrucción sexual a todos sin excepción, correríase el mismo peligro que si se enseñara el manejo de las armas a todos sin excepción, incluso al loco y a los criminales natos.

La humanidad ha sido nutrida durante siglos y siglos por un ideal religioso hoy contrario a la vida. Debemos impedir que esos prejuicios y más supersticiones — esfuerzos impotentes de la razón por guiar inducciones extraviadas, que la ciencia abandonará definitivamente cuando llegue en su conquista de la realidad a ser la síntesis integral de las necesidades y de las aspiraciones humanas

— constituyan el principal alimento de la débil razón infantil.

"Religión" y "ciencia" son antagónicas siempre que la religión dé ilusiones por verdades, siempre que afirme como infalible más allá de lo demostrable y, sobre todo, contra lo demostrado. Las concesiones hechas de absurdo suelen ser necesarias en las cosas humanas, pero no son más que transitoriamente necesarias. La verdad evoluciona, la verdad se hace, como se hace la vida, de la que la verdad es el alma.

El progreso de la religión es un progreso del sentimiento que fusiona la causa interna con la causa externa, y el progreso de la ciencia es un progreso del conocimiento de esas causas.

Por eso nuestra educación integral fomentará toda idea religiosa, todo sentimiento religioso que expanda la conciencia de la fuerza individual; que facilite la comunión de la energía interna con la energía externa; que eleve, que exalte la personalidad haciéndola más digna ante ella misma; que guíe hacia ese amor que nos procura el sentimiento más elevado de potencia; que acreciente la confianza en nosotros mismos; que al individualizarnos cada vez más, nos haga más y más universales; que despierte y avive el orgullo de vivir dignamente la vida, el orgullo de castigarnos y de recompensarnos a nosotros mismos por la sola aprobación o reprobación interna; el orgullo de sentirnos causa activa en busca del ideal social o cósmico — ahora que es moda el hacer gala de

profesar esa reviviscencia del fatalismo encarnado en el incompleto determinismo actual.

Se acrecentará así la admiración por el cosmos ante la potencia infinita en él desplegada, núcleo de la religiosidad.

Y esa religiosidad se humanizará cuando cada ser acepte como verdad que la naturaleza, al producir un nuevo individuo, está orientada hacia un fin superior al de la conservación de la especie. Ese fin es la ascensión, el modo de hacer que la criatura supere al creador: Verdad, núcleo de la educación sexual.

.....

El núcleo del mal que tratamos de poner en evidencia está en el prejuicio religioso del pecado; en esa absurda denominación de órganos y funciones vergonzosas; en esa reacción cristiana — útil dique en sus comienzos que detuvo la ola corrompida de la civilización pagana en decadencia, — pero que llevada a exageraciones perjudiciales, nutrió el error funesto de creer que el pudor consiste en la ignorancia.

El remedio está en nuestras manos: es la educación integral.

Y lo que fecundará esta enseñanza, desarraigando definitivamente el pseudo sentimiento religioso actual, será el sentimiento hondo, intenso, sagrado, de la vida, tanto más expansivo, tanto más universal, cuanto más profunda, cuanto más humanamente individual sea.

EL EXAMEN ORAL

(Del "diario" de una normalista)

"Tenemos quince días para preparar los exá-
"menes orales de fin de año y son diecinueve ma-
"terias. ¡Ni a un día por materia! ¡Y casi todos
"los programas por completar! Los mejores en-
"cierran el presente griego de dos o tres bolillas
"que jamás fueron vistas en clase pero que, con
"un poco de buena voluntad, bien podemos estu-
"diar en estos quince días. Para Botánica, tene-
"mos el encargo—"como distracción en los ratos
"de ocio — serán muchos: ¡tienen quince días!"
"—de preparar un cuadro sinóptico "ejemplifi-
"cado". Podemos, eso sí, elegir el tema: no se nos
"exige sino que sea exacto y completo, sobre todo
"completo... Pero nadie iguala en falta de equi-
"dad y de dotes pedagógicas a nuestra profesora
"de Historia. El último mes lo empleó en dictar,
"a la carrera, sin la menor explicación, apuntes
"tomados en la Facultad de Filosofía y Letras—
"de la que es alumna—y que constituyen allí todo
"un programa universitario. Para nosotros—admi-

"rable lógica—formará *uno de los programas de* "*Historia*—este año tenemos dos, uno de Historia "Americana y otro de Historia Argentina. En su "última clase, la "maestra"—¡cuánto denigra es- "te título a quien no lo merece!—nos advirtió que "examinaría de acuerdo con los apuntes dictados "en clase".—Las protestas—diré "mis protestas" "pues el resto de la clase no tiene conciencia de "sus deberes, ¡cómo tenerla de sus derechos!— "fueron tergiversadas.—¡Desdeñar los apuntes por- "que se apartaban del eterno texto escolar! ¡No "comprender cuánta caridad encierra el hecho de "ofrecernos esas primicias! Siempre seríamos ruti- "narias e indignas de lo que en beneficio nuestro "se intentara.

"Egresada de un medio educacional único, de la "Escuela Normal que Miss Mary O. Graham fun- "dó en La Plata, me rebelé abiertamente contra "tales injusticias y me negué a dar examen. Que "dividieran por dos las clasificaciones anuales: me "conformaba con un modesto término medio. ¡Para "lo que vale un "sobresaliente" a base de memoria "recalentada a última hora! Así no se enseña, así "no se aprende.

"Pero se me hizo saber que el reglamento—ver- "dadera ley, inquebrantable para los que la sopor- "tan, dúctil y maleable para los que la aplican— "prohibe emplear tan sencilla solución: Tengo que "presentarme a examen oral o pierdo el resultado "de cuatro años de trabajo: Trátase del último año "de la carrera de maestra, el primero que sigo

"aquí, en la capital—los otros los he cursado en "mi nido intelectual de La Plata.—Si no doy exa- "men, no podré inscribirme en el profesorado: Y "ese escalón me es necesario para seguir estudios "superiores. Si lo doy, no sostengo con el ejemplo "lo que creo justo.

"Ea: París bien vale una misa. Aboquémonos a "esta malhadada tortura que aquí dan en llamar "*examen oral*... Pero el día que pueda ¡con qué "gusto lo suprimiré, cómo votaré en contra!"

. . . . . .

Han pasado años. El Consejo Nacional de Educación convoca al profesorado para preguntarle: ¿Debe subsistir el examen oral?

Ante todo: No se trata de aquel tirano, único juez que excluía o aprobaba por sí y ante sí. Ya no es el solo elemento de apreciación. El alumno llegará ante él con dos clasificaciones previas. Producto, la primera, del término medio de las lecciones orales de todos los meses, ratificada por la opinión de las asambleas bimensuales de profesores; la segunda, el examen escrito de mitad de año.

Luego, el esfuerzo sintetizador a que va a obligar el último examen—escrito u oral—ésto es lo que se discute—se concertará sobre la segunda mitad de cada programa. Si lo enseñado fué asimilado, no cabe el "surmenage"; además, la sobreexcitación de la espera queda excluída pues los quince días preparatorios no tienen aquí razón de ser, ni jamás la tuvieron si no se hubiera considerado siempre al examen con un criterio erróneo.

Al indagar si conviene la forma oral o la escrita, detengámonos ante el examen en general.

¿Qué objeto tiene? ¿Es pura y exclusivamente inquisitivo? ¿Favorece el desarrollo mental del estudiante? ¿Conviene al profesor como elemento de juicio? Si inquiere, ¿debe investigar especialmente las aptitudes mnemotécnicas o las aptitudes humanas en general? ¿Se examinará lo que recuerde el alumno sobre tal o cual materia, o la asimilación y *aplicación* del conocimiento será el índice de la cultura integral? ¿La materia examinada es un fin o es el medio de llegar a un fin? ¿Puede y debe ser práctica la forma de todo examen? ¿Es el examen tan sólo un comprobante del nivel intelectual alcanzado o es, además, un medio eficacísimo de educar y de educar para la vida?

La página transcripta del "Diario de una normalista" resuelve muchas dudas. Reflejo fiel de lo que es el examen en general, lo condena sin apelación: Esa aparatosa tortura, esa máquina inquisitorial no es examen ni es nada. Resabio de anticuados prejuicios, sostiene como criticaría Montaigne, que amueblar el espíritu es educarlo; que aprender de memoria es saber; que ingerir sin asimilar es alimentar; que reflejarse es poseer.

El precio de la memoria depende del valor de lo conservado por ella. Si le damos a guardar palabras y más palabras, ¿de qué sirve que sea tenaz al retener, rápida y fiel al evocar? Parece cosa de nada, pero, ¡cuánta importancia tienen en la vida los hábitos adquiridos en el estudio!

Es tan artificioso cualquier sistema de enseñanza, fuera del maternal, que el primer cuidado del maestro consiste en hacer buscar y descubrir lo que hay detrás, dentro y alrededor de las palabras que emplea el educando. El lenguaje es el producto psíquico más evolucionado. La vida interior de sinnúmero de generaciones se ha concretado en él, pues cada uno de sus términos y de sus relaciones es síntesis de todo el proceso mental humano. La cantidad de palabras que suministra diariamente la escuela al niño es superior a lo que éste puede asimilar e inferior a lo que la plástica memoria infantil puede retener. Aquí está el peligro. Si no se obliga al educando a emplear siempre términos que no sean los del texto, palabras y formas halladas por él, explicadas y aplicadas por él; si no se le pide cuenta de cada expresión difícil; si no se le exige que no cite a quien no conozca, si no se le estimula a que haga suyo lo que otros conquistaron, si no se hace de cada alumno un crítico de sí mismo, de los condiscípulos, de los textos que maneja, de sus profesores; si no se logra despertar en él el espíritu práctico que aplica lo que sabe a mejorar la vida y la vida a aumentar el saber, no se educa. Se favorece el psitacismo, la logorrea.

Adquirido el hábito de ver en las palabras cosas, hechos, relaciones y no simples sonidos, la lectura de la página más sencilla es fuente de conocimientos imborrables. Rehaciendo, al interpretar la

labor del creador, cada alumno se convierte en un autodidacta.

Paralelamente a la comprensión de lo estudiado debe marchar la evocación. El maestro tiene un medio por excelencia: la lectura. Habituará gradualmente al niño a que imagine las escenas, se represente las descripciones; a que intente dar forma, color, vida a todo lo que aprende; a que describa lo que más le agrada, a que invente luego con entera libertad. La geografía, la historia, aprovecharán de esta imaginación reproductora así fortalecida; el dibujo libre, la composición oral y escrita, educarán la imaginación creadora.

Pero lo que lo superará todo será la adquisición inteligente del idioma. Enseñado como un organismo viviente; estudiado en él mismo, en sus mejores productos, despertará amor y respeto. La palabra, don divino, bajará al niño levantándolo hasta ella. Y se reproducirá así, paso a paso, el eterno espectáculo de la evolución. El esfuerzo bien orientado de la mente infantil para asimilar cada nuevo término, le hará experimentar la agradable sensación del triunfo, de la dificultad vencida, de las aptitudes desarrolladas. Cada adquisición renovará y aumentará el goce, la voluntad de poder, la confianza en sí mismo, fuente de la individualidad.

El lenguaje es para la psiquis el alimento por excelencia, pero es un alimento concentrado y de difícil, cuando no peligrosa, asimilación, pues si son muchas las relaciones que el vocablo más sencillo

encierra, innúmeras son las que sugiere e infinitas las que origina.

Podemos comparar el proceso ideativo a una espiral cónica cuyo círculo máximo estuviera en contacto directo con la naturaleza por medio de las sensaciones-percepciones; cuyo segundo círculo se alejara algo de la realidad al distinguir las cosas de sus cualidades; cuyo tercer círculo afirmara — por medio del verbo—la existencia de esas cualidades — adjetivos — en las cosas, sustantivos; cuyo cuarto círculo, cada vez de diámetro más pequeño y más alejado de lo real, objetivo, comparara, agrupando por semejanzas, separando por diferencias; cuyo quinto círculo contuviera la afirmación de relaciones directamente percibidas; el sexto, las relaciones de relaciones que a su vez originarían una nueva categoría que, al combinarse con las anteriores, produciría una nueva especie de relación, engendradora de otra y de otras, y así, discriminando, asociando y separando; descomponiendo por el análisis, recomponiendo por la síntesis; evocando asociaciones, llegamos a la construcción mental, a la abstracción, a la palabra.

El punto de partida es la realidad; el de llegada, un todo mental cuya única realidad objetiva es el sonido o la escritura. Pero este punto de arribo está tan alejado de las sensaciones-percepciones originarias, es tan largo el camino recorrido por la humanidad hasta llegar a él, que la palabra no evoca naturalmente el mundo objetivo que pretende reflejar

y, en las lenguas muy evolucionadas, sobre todo, el valor mental y, lo que es peor, por constituir un serio peligro, el valor fonativo del lenguaje supera en mucho al valor real.

Ahora bien, si suministramos a la inteligencia infantil palabras antes de prepararlo, por el esfuerzo propio, a recorrer, de la sensación-percepción a la abstracción, un camino semejante al que recorrió la humanidad, ¿cómo extrañar que el niño no comprenda lo que estudia, no ame la lectura o que se desarrolle en él ese hábito nefando de aprender de memoria o esa afición desordenada a almacenar palabras y palabras sin preocuparse de lo que encierran, enorgulleciéndose sólo por el número y el buen sonido?

No siendo aún capaz de abstraer por sí mismos y viéndose premiados a retener abstracciones, el niño hace un llamado a su plástica memoria y almacena series de sonidos o de formas. Como esa inteligencia no ha recorrido las etapas que llevan de la sensación a la abstracción, pasando por el juicio y por el raciocinio, las palabras, así ingeridas y fijadas, se mantienen asociadas entre ellas, pero aisladas de la realidad objetiva y de la realidad mental. Pero como, al mismo tiempo, la palabra es el alimento sintético necesario a la evolución de la mente humana, el niño la recibe y conserva con placer y, a pesar de todo, con algún provecho. Siéntese seducido por las relaciones que despierta, por la belleza intrínseca de esa conquista humana, por

el saludable esfuerzo al retener, por el sentimiento de potencia al evocar.

Un peligro merece ser indicado: Como a todo peligro, origínalo una belleza: es la eufonía. ¿Quién no ha experimentado "la embriaguez de la palabra"? Cautivándonos con su armonía, es inmenso el poder evocador del idioma. Desde niños sucumbimos a él cuando, forzados por la rima y el metro, componemos esas estrofas pueriles que no encierran más que sonidos rítmicamente semejantes, a cuyo compás se juega mejor. El recitarlas, canturrearlas o inventarlas constituye una de las formas típicas de la actividad infantil. No se trata de exteriorizar un estado emotivo como pretende Senet (1), sino de gozar con la rima que acompasa a intensificar el juego. La adquisición prematura de la palabra, aún no comprendida como abstracción, embriaga al niño por medio de la belleza fonética. Exteriorizando esa embriaguez, al perseguir una sensación auditiva agradable, se aumenta el placer de jugar: la sensación fonética originaria acaba por provocar y acentuar un estado emotivo.

Idéntica "embriaguez de la palabra" embarga, a veces, al que trata de dar forma sensible al pensar y sobre todo al sentir (2). El medio de expresión domina de pronto y se convierte en fin. Ya no es el concepto, sino la belleza formal lo que incita a producir. Los grandes líricos han dejado páginas be-

---

(1) R. Senet: "Las Estoglosias".

(2) "A lo mejor del pensar — Falta la idea en mal hora, — Y una palabra sonora — Llena muy bien su lugar". Goethe: "Fausto".

llísimas en las que la eufonía es la sola instigadora.

No hay que confundir "la embriaguez de la palabra", puramente evocadora, con la inspiración que crea términos y giros. Esta surge de lo profundo del sentimiento de la idea, de la belleza intrínseca; la otra de la superficie, de la belleza formal.

Seducido por la música del vocablo, sobre todo de la palabra abstracción pura, el niño siente, avivado e imperioso, el deseo de acumular más y más palabras sonidos. Así la región de la abstracción artificial ensancha sus dominios en la psiquis infantil incapacitando cada vez más la inteligencia en sus normales relaciones con la realidad. Poco a poco se ciegan los canales asociativos que van del recepto al concepto. Y el niño es incapaz de observar, de retener lo que ve, de prestar atención al mundo en que actúa. Todos los conocimientos llegan a él por la vía artificial del concepto abstracto y no tienen otro valor que el de relaciones entre sonidos, y la memoria verbal, tanto más poderosa cuanto que se nutre con la savia de las otras facultades inertes, lo invade todo.

Este resultado de un mal método de enseñanza hasta ahora en vigor es puesto en evidencia por el sistema de exámenes, sobre todo por el examen oral. Como la escuela cultiva la memoria verbal, el examen investiga el poder mnemónico. *Cuánto se retiene* de tal asignatura era y sigue siendo la preocupación escolar; en vez de *qué* se retiene, *cómo* se recuerda y *para qué* sirve.

Ligar la educación a la vida haciéndola surgir

de ella y aplicándola luego a aumentar la suma de dicha humana. Tal es el ideal. Uno de los medios de alcanzarlo, el más eficaz, es el de hacer prácticamente de la adquisición del conocimiento un medio de cultura intelectual aplicado a la realidad; que el niño recorra al adquirir el camino seguido por el hombre al conquistar y el perfeccionamiento psíquico terminará con la vida.

La enseñanza del idioma materno es el instrumento que desarrolla y aguza la mente, ensanchando y profundizando el conocimiento; es el nivel que permite colocar el mundo interno y el externo en un mismo plano de inclinación para que la corriente de la vida ascienda de la realidad objetiva a la subjetiva o descienda del dominio del espíritu al de las cosas; es el transmutador de la energía individual en energía cósmica; es el condensador de lo universal en lo particular.

Comprendida la importancia de la adquisición normal del lenguaje es innecesario demostrar que, en todo momento, sea cual fuere el ramo de enseñanza, debe ser el idioma la preparación constante del profesor.

Sobre esta firme base se elevará la inteligencia a vislumbrar las más audaces teorías, a aplicar generalizando.

Habituada a descubrir la realidad tras el término abstracto no admitirá ciencia teórica, ni hipótesis falaces. Se preguntará siempre dónde están los hechos, dónde los resultados prácticos. No soportará férula, ni regla; la repugnarán prematuras abstrac-

ciones; opondrá el libre examen al magister dixit.

Tal inteligencia se rebelará contra la memoria verbal que nada prueba y no rehuirá el examen racional que le permite apercibirse para la lucha, medir las fuerzas, conocer los propios defectos para remediarlos, apreciar las calidades para fortalecerlas.

¿Qué forma debe darse al examen para que responda ampliamente a estos propósitos?

Todo examen debe ser práctico, entendiéndose por ello que debe permitir la aplicación de la inteligencia integral a determinado tema. No hay materia que no se preste a ser examinada inteligentemente. Si en historia, por ejemplo, en vez de exigir el relato de las guerras napoleónicas, se presentara este problema: ¿Cuáles hubieran sido las consecuencias del triunfo de Napoleón en Waterloo y de la subsiguiente reorganización del imperio francés? — y se deja al alumno el tiempo necesario para reflexionar, la respuesta encerraría datos suficientes para juzgar sobre el dominio del tema y el grado de desarrollo mental, además de la característica intelectual y moral del examinado.

***

Ninguna facultad quedará así ociosa: memoria, imaginación reproductora y creadora, juicio, raciocinio, las formas todas de la asociación de ideas entrarán en juego bajo el acicate de la emoción y del

deseo de solucionar el problema. El lenguaje peculiar del alumno será juzgado también. Imposible servirse de frases hechas; inútil pedir socorro a la memoria verbal.

Así la materia, objeto de examen, es un instrumento, es un medio para llegar al fin propuesto. Comprobar el nivel intelectual alcanzado, medir fuerzas, encauzar aptitudes.

Además, tal examen es medio eficacísimo de educar para la vida sirviéndose de ella misma. ¿No se nos presentará a cada paso problemas que solucionar, dificultades que vencer? ¿No depende muchas veces de un rápido y seguro golpe de vista al darnos cuenta de los peligros de una situación, al percibir las líneas generales que permiten orientarse, el concentrar hábilmente todas las energías, el intuir así una solución satisfactoria? ¿Y no se duplican las fuerzas ante la dificultad superada? Al vencido en repetidas pruebas, restan los dos caminos: Apercibirse mejor para la lucha o renunciar a ella en ese terreno y dedicar las actividades a algo más de acuerdo con las aptitudes.

Pero queda un interrogante en pie: ¿El examen debe ser escrito u oral?

Adoptada la forma práctica del examen-problema, desaparecen todos los inconvenientes que hacían del examen escrito un fraude. No más memoria mecánica, no más apuntes copiados, no más tema dictado por el compañero.

Dando el tiempo razonablemente necesario, puede dejarse la clase sin vigilancia y entregar a cada

alumno cuánto texto o libro de consulta reclame. Nada ni nadie, salvo ellos mismos, puede ayudarlos.

El examen escrito, en estas condiciones, llena cumplidamente su propósito. Conviene como medio inquisitivo, conviene como medio educativo.

Esto, en cuanto al alumno se refiere. En lo que atañe al profesor, cambia el asunto de aspecto. Pero dejaremos de lado, por ser innecesario comprobarlo, como se agota la atención y, por consiguiente, el interés, al llegar a la lectura del nonagésimo o centésimo examen escrito, pues debe tenerse en cuenta que cada examen ha de ser visado por tres profesores — y nos preguntaremos: ¿Ofrece idénticas ventajas el examen oral? Si difiere, ¿es inferior o supera al escrito y en qué?

Todo profesor habrá observado que la facilidad o dificultad de expresión oral o por escrito difiere de alumno a alumno. Sometiéndolos a una composición oral y luego a una escrita podían formarse dos bandos de acuerdo con esa característica. Si esta diferencia es tan general, nada más equitativo que el empleo de ambas formas de examen para toda la clase.

Los dos exámenes se complementan, pues demuestran y desarrollan diferentes aptitudes y no exigen igual suma de esfuerzos. El examen escrito liberta el espíritu de la presencia inmediata del juez que pesa y critica cada paso dado hacia la solución del problema. De ahí la tranquilidad, la calma, el dominio fácil del tema.

El examen oral es más semejante a la realidad. En él la lucha es abierta, el adversario está enfrente, atacando, obligando a parar golpes, a defenderse, a echar mano de todos los recursos, imponiendo especialmente el absoluto dominio de sí mismo como probabilidad de éxito, aprendizaje fructuoso, pues facilita la adquisición de cualidad tan preciosa en cualquier situación.

Además nos ofrece la oportunidad de oirnos a nosotros mismos — y en un momento difícil — lo que nos objetiva, en cierto modo, permitiéndonos aquilatar las propias fuerzas y compararlas con las de los compañeros en igualdad de circunstancias; hecho que aguza el juicio, forma el criterio, templa el carácter y despierta el sentido íntimo de justicia.

Fuera de que el lenguaje gana en precisión, en energía, en facilidad de expresión cada vez que el entendimiento pasa por uno de esos exámenes orales inteligentemente llevados a cabo.

La emoción peculiar favorece en vez de ser una traba por tratarse, no de un esfuerzo retrospectivo y estéril, sino de aplicar, consciente, deliberada y voluntariamente, la inteligencia entera a un problema actual.

1903.

VERDADES

Tan habituados estamos al régimen imperante del error que contra él no protestamos, dándose el caso original de pretender hacer obra para el devenir ascendente de la humanidad utilizando errores, sancionando prejuicios.

Y se da el caso, más curioso aún, de alabar inconscientemente el retorno al sentido común como guía, hasta en materias educacionales, en las que toda transgresión debería ser castigada como crimen de lesa humanidad: nadie tiene derecho de alegar error si acepta dirigir el futuro de la patria en su más delicada y sabia tarea, la de educar.

Ejemplos al caso. Reciente disposición del actual Consejo Nacional de Educación da en tierra con la absurda, antipedagógica, inhumana medida, imperante hasta hoy, de dar 10 ó 12 días antes de los exámenes escritos de Julio para "que los alumnos repasen sus programas". Hoy, el Consejo, volviendo al sentido común, da esos 10 ó 12 días después del examen, para solaz y esparcimiento, para reposo y renovación.

Siendo alumna de la Escuela Normal de La

Plata, bajo la dirección de esa genial maestra y heroica mujer que se llamó Mary O. Graham, — la profesora norteamericana que Sarmiento trajo para su San Juan, "a quien dió", según sus palabras, "todo lo que podía dar enviándole a Miss Mary", — regía esa misma absurda disposición, hoy derogada. Miss Mary nos llevaba en esos días a recorrer la República. Recordaré siempre la inolvidable excursión al Tandil que con ella y nuestras maestras hicimos, gestionando la sin par educadora pasajes, rebajas, concesiones.

¿A qué puede ser atribuída la ilógica disposición que hoy pertenece al pasado?

Primeramente a que al frente de la educación argentina hay de todo, desde políticos fracasados hasta seres amorfos intelectual y moralmente, en vez de haber educadores. No hace mucho, con motivo de la renuncia del Ministro de la Guerra, un diario de la tarde manifestaba su extrañeza ante la, para él, inconcebible idea de que se pretendía llevar a ese ministerio — que a fin de cuentas tiene por finalidad la muerte, — a un civil. ¡Un civil, no un militar, en el Ministerio de la Guerra! Y cuando, de acuerdo con el aforismo satírico de Beaumarchais, necesitándose un estadista se nombra a un maestro de baile y se envía a dirigir la educación — el devenir ascendente de la patria — a un lego en cuestiones educacionales, nadie lo extraña, todo el mundo lo halla tan natural que esta protesta mía parecerá extemporánea: ¡Hasta dónde estaremos encenegados en el error!

En segundo lugar, fíjanse días "para repasar programas" debido al erróneo concepto que se tiene del examen: Insistiremos sobre ello más adelante.

A veces la ley de la compensación desgraciadamente aquí se comprueba: el Consejo, por pálpito, decreta una excelente disposición y hay profesores que la anulan. Al caso: pide el Consejo, sabiamente, que los estudiantes normales, amén de la clasificación mensual sobre la materia de enseñanza y de las clasificaciones del examen escrito de Julio y del oral de Diciembre, pasen por la bien denominada "calificación", "determinar la suma de aptitudes, méritos y calidades personales", "dentro de las condiciones personales del alumno, sus características morales, su vocación y aptitudes para el gobierno de los niños, por las calidades de gobierno propio que haya revelado; sus hábitos de puntualidad y aseo; su salud y energías; la corrección de sus actos de la vida escolar, como compañero y amigo, y el prestigio que, a consecuencia de ellos, goza entre los suyos"; "cuáles son las que dan el concepto de un maestro de verdad". Y bien, no se creerá, pero hay profesores que, dictando dos materias, por ejemplo, dicen al ser interrogados para "calificar" a determinados alumnos: "¡Es bueno en geografía; malo en historia!". Ni que decir que el concepto de la "calificación" no ha sido comprendido. En geografía o en historia, lo clasifica él mensualmente y en los exámenes; pero, al "calificar", no

se trata de lo aprendido o retenido, ni siquiera de lo asimilado en determinada materia, sino del alumno en sí mismo, abstracción hecha de la rama especial de estudios.

Pensar que actualmente, hay maestros que se enorgullecen mostrando como modelo a imitar el nefando y vitando sistema de enseñar de memoria, de obligar a repetir sin posibilidad de comprender, de modelar educandos psitacistas, fomentando el mal latino de la verborragia, de la logorrea, engañando a padres y a educandos y engañándose a ellos mismos con una buena fe y una ingenuidad dolorosamente real.

Léase, por ejemplo, la exposición de una clase dada a alumnas de primer año normal por el profesor de pedagogía, ante el Inspector General — ¡para colmo! — clase que, con admiración y aplauso de actuantes y expectadores, duró 3 horas... Extractamos de una revista de educación del mes de Julio: Una de las alumnas, después de citar a Huxley, Pasteur, Lamarck, Geoffroy de Saint Hilaire, Darwin, Ameghino, Garofalo, Sergi, Ferri, Ribot, Carlyle, Despire... diserta aristotélicamente sobre "la generación espontánea", "la base física de la materia y de la vida", "la evolución o transformismo", "el origen del hombre", "su colocación en la escala zoológica", "el darwinismo", "la teoría de Ameghino", "el monismo", "si el alma humana es el resultado del funcionalismo del cerebro", "la ley de adaptación", "la de selección y herencia de caracteres adquiridos",

"la influencia hereditaria en los instintos morales", "la fuerza hereditaria de la educación", "el atavismo", "las teorías sobre la formación del carácter"...

¡Alumna de primer año, recién egresada de la escuela primaria, con la preparación que nuestra escuela primaria da, en general! — Pasan por mis manos más de 100 alumnas de primer año anualmente. Hay que enseñarles desde ortografía, puntuación, lectura; no se diga redacción o composición oral o escrita que es realmente calamitosa. A veces, ante el desastre educacional que tal contingente significa, me pregunto, indignada, si el Estado tiene derecho para arrancar a la familia, 4 ó 5 horas diarias, durante 6 u 8 años, a niños a los que deja, cursado el sexto grado, en peores condiciones de las que, con la exclusiva ayuda de una persona de buena voluntad, habría alcanzado en igual tiempo, con menor esfuerzo, menor gasto y mejor aprovechamiento fisiológico. Si alguien halla exagerado este informe, remítase a la prueba. En la Escuela Normal número 5, en dos divisiones de primer año, de cuarenta y tantas alumnas cada una, apenas si 8 alumnas de cada año normal podrán cursar con provecho el segundo año.

Y bien, con alumnas en esas o semejantes condiciones otros dan en el prodigio de barajar nombres de sabios y teorías filosóficas! La edad, 15 a 16 años, la preparación anterior — aún colocándonos en el caso de haber sido idealmente exi-

mia — la escasa o falsa experiencia de la vida, todo demuestra axiomáticamente que profesor, alumna e inspector se engañaron los unos a los otros inconscientemente, es decir, fundamentalmente.

Sostengo que ni alumna de primer año del profesorado ni de primer año de facultad podría comprender las ideas expuestas por esa niña egresada de 6.o grado. No niego, que niña, profesor e inspector creyeron que la alumna comprendía el texto de lo dicho: pero de ahí a interpretar, comparar, criticar teorías filosóficas hay la distancia de la tierra al sol.

Cuando creía desarraigado para siempre el pésimo sistema de aprender de memoria, de esclavizarse al texto o a los resúmenes de un profesor, veo que un inspector general sanciona tales procederes y que una revista que desea de buena fe orientar a educadores y educandos da eso como modelo a imitar. Si la experiencia individual no nos ha madurado por el propio dolor que nos revela el fondo del ser y nos da la intuición de la propia filosofía experimentada, el ingerir ajenas doctrinas servirá para amueblar el entendimiento, encumbrándolo, la mayor parte de las veces, pero jamás para desarrollarlo, para educar. Y es inútil alegar que la alumna repetía teorías que el profesor presentó en sus términos generales, fundamentales, y, por lo tanto, sencillos a fuerza de ser humanos. Si así sucedió, conténtese la niña con decir la verdad: "según opinión de mi profesor";

porque, si ella lleva a la clase textos y apuntes, ¿en qué tiempo, en qué "encarnación teosófica" adquirió la experiencia individual que habilita a comprender sistemas filosóficos generales, abstractos?

Y si se alegara que la alumna al caso es ser de excepción, un genio, diría yo que el genio no se ocupó jamás en hacer mosaicos con ajenas piedras por otros labradas: Dió lo suyo; su verdad, tosca o pulida, pero original.

¿Cómo hacer para llevar al convencimiento de profesores, padres y alumnos, que saber de memoria no es saber, que amueblar el espíritu no es desarrollarlo? La escuela, aún hoy, pese a esfuerzos individuales que se estrellan contra la rutina ambiente, cultiva la memoria mecánica (hay para ello una razón fundamental, que en otra ocasión estudiaremos. El hombre da a la inteligencia importancia capital, olvidando que ella es la resultante de la afectividad y de la voluntad: Tal interpretación errada lo lleva, dada la imposibilidad de cultivar aisladamente, por y para ella, a la inteligencia, a recurrir a falaces métodos, panaceas de Dulcamaras, que inyectan el saber sin hacerlo emerger de la experiencia y de la base humana, afectividad, voluntad, y, admirados ante lo que el espejo refleja, creen educar cuando no hacen más que embutir).

Cuánto se retiene de tal asignatura, era y sigue siendo la preocupación escolar. Por lo tanto, todo examen investiga todo el poder mnemónico; No se

pregunta *qué* se retiene, *cómo* se recuerda y *para qué sirve*. Y llegamos a la razón de pie de banco de dar al alumno 10 ó 12 días antes del examen *para que repase*: ¿Qué, manes de nuestro señor Pestalozzi?

Recordaré la impresión causada en mí al cambiar de medio educacional: Acabado el tercer año normal en La Plata, bajo la sabia, genial dirección de una maestra digna de tal nombre, ingresé en una de las escuelas de profesores de la capital, ni peor ni mejor que muchas otras, al contrario, a estar por lo que oía dentro y fuera del aula, una escuela modelo. Durante los meses de clase, no me explicaba qué era aquello: Oía, con estupefacción, a condiscípulas que, como la niña de marras, barajaban con singular desparpajo a sabios y a filósofos; otras, que exponían, durante toda la hora de clase y de pe a pa, teorías abstrusas; leía con terror apuntes que no entendía y luego escuchaba con asombro la exposición de eso mismo, sin motivar una pregunta de parte de la profesora o un pedido de explicación de parte de la alumna. Como casi no pude ingresar a esa escuela, pues Miss Mary era parquísima en sus clasificaciones y allí me exigieron *término medio distinguida* y sabía que mis setenta condiscípulas llenaban esas condiciones, las respetaba ingenuamente, creyéndolas de inteligencia no común, preparación esmeradísima y clara comprensión.

....

Y desarraigaráse de cuajo el vitando vicio de

aprender de memoria, de recitar ajenas teorías, engañándose el alumno a sí mismo y desviando y pervirtiendo las originales aptitudes. Y nadie tendrá el derecho de alegar, en descargo de mordeduras de conciencia, que, como la juventud actual asimila con más facilidad que la de anteriores generaciones, lo que a uno parécele imposible, comparándolo con su pasada vida de estudiante y presente de educador, es posible en casos excepcionales. No, una y mil veces no. Concíbese un Pascal rehaciendo por sí solo, en la adolescencia, las matemáticas superiores, precisamente por ser las matemáticas creación humana, necesidad general de nuestra limitada inteligencia para clasificar y conocer lo externo a ella. Pero no se concibe poder humano alguno capaz de rehacer por sí solo ajenos sistemas filosóficos determinados, cada uno de ellos, por condiciones individuales, personalísimas, de herencia, de medio ambiente, de educación y, sobre todo, de dolorosa experiencia de la vida. Concreción de necesidades humanas dolorosamente experimentadas por el creador, cada sistema filosófico es propiedad individual no resurgible espontáneamente en la misma forma en otro individuo.

DEGENERACION

Visitaba en Bicêtre la sección de niños anormales. Después de recorrerla toda, pasadas horas de horas entre esos pobres miserables seres, llegué a la enfermería. Miraba a un infeliz que, atado como un perro rabioso, al caño de la estufa, daba vueltas y vueltas gruñendo y babeando, cuando un gritito jubiloso, un "¡Mamán!" lleno de amorosa alegría me hizo volver: de pie sobre la cunita, rubio y rosado, los rulos ocultando a medias la cara sonriente, los bracitos tendidos hacia mí, un niño de dos años me llamaba.

—¡Pero ese no es un anormal! — dije, sorprendido, al médico que me acompañaba.

Vacilante al principio, trémulo de indignación después, me refirió el hecho: el niño, hijo de madre soltera, había sido creado como una bestezuela por campesinos bretones que no le enseñaron a hablar ni a caminar, que le dieron sobras de no importa qué, desde que el pequeño pudo devorarlas. Así ingresó al servicio de Anormales de Bicêtre, el vientre hinchado, las piernecitas débiles y flácidas, sin saber dar un paso, sin hablar palabra. En tres meses, alimentado humanamente, revivió.

—¡Y su madre lo oculta como un crimen! — me decía el médico de guardia...

¡Crimen crear, crimen transmitir la vida! Para mí tan sólo es criminal, quién sabiéndose indigno de crear, crea. Pero, ¿es acaso crimen menor el deformar una vida, el de ahogar una inteligencia embruteciéndola primero por culpable abandono y confinándola después entre seres deformes o monstruosos?

¿Saben las madres orgullosas y felices que en Buenos Aires el número de *abortos provocados* es desalentador? ¿Han oído hablar de cierto comercio muy lucrativo, del transporte de angelitos a la vecina orilla, para poblar la "Cuna" de Montevideo, con los hijos sin madre de la ciudad que pretende prohijar extranjeros? ¿No se sienten culpables por no saber inculcar en sus hijos, unido al respeto sagrado hacia la procreación, el primero de todos los deberes: "no harás daño", mucho más práctico y útil para sí mismo y para los demás que el utópico: "harás bien"?

No sé si a todos atrae con curiosidad ansiosa la conversación de los adolescentes cuando se creen en libertad, seguros de no ser oídos. A veces sigo cuadras y cuadras a chicos que se desbandan al finalizar las clases o finjo esperar un tranvía que nunca llega al lado de un grupo de vende-diarios. ¡Lo que dicen esos labios que todavía saben a leche! No hay término soez que no empleen ni madre que quede pura al pasar por esas bocas. (Por cierto que a veces los encargados de conducirlos a la Comisaría

"por faltar al respeto" dictan cátedra hasta agotar el tema cuando se las han con un carrero o con un mayoral).

Dos cosas preocupan a nuestros chicos hasta llevarlos a inventar términos para pintar lo que tan profundamente sienten: la cuestión sexual y las carreras de caballos. Los jueves, al anochecer, es de verlos midiendo, sobre las fotografías impresas en los diarios de la tarde, cuantos centímetros de delantera llevó el ganador al que ellos eligieron. Discuten admirablemente informados, sin trocar nombres de potrancas ni término de deporte, sabedores de quiénes fueron los padres y los abuelos de cada uno de los caballos en moda. Verdad es que aprovechan el ejemplo de sus mayores. No hay más que pasar por Florida los jueves a la tarde. Frente a las pizarras anunciadoras del resultado de las carreras, el público hace cola de una acera a otra acera. ¡Cómo extrañar que los chicos crean natural y necesario "para el porvenir de una de las industrias más importantes de la Argentina el cultivar un vicio de tan tristes consecuencias?

¿Corregiremos el mal criticándolo? No lo creo. Ya el comercio serio cierra sus puertas a los empleados carreristas. Pero, cómo practicar el respeto hacia la generación, ¿cómo sentir la responsabilidad del procrear? Difícil es que, en este caso, baje el progreso del hombre a la mujer: fisiológica y socialmente nosotras llevamos el peso de la maternidad: luego, nosotras debemos tener el derecho de desearla y de aceptarla. Pero, para ejercer un derecho

hay que tener conciencia de él por la práctica de los deberes que le son inherentes. Y toda mujer no cumple con los deberes que, como madre, humanamente debe llenar.

La práctica amplia y consciente de los deberes maternales — servicio obligatorio que la sociedad para bien de todos y especialmente para bien de la futura liberación femenina debe reclamar de la mujer — la transformará en ser humano completo.

Hasta hoy sólo el hombre es individuo: la mujer es y será género, mientras no comprenda que no puede reclamar derechos quién aún no ha cumplido con sus deberes.

Estos deberes materiales abarcan todo lo que la mujer puede hacer en pro del niño, aunque no lo haya engendrado. La maternidad fisiológica, bien entendida, es un premio que es preciso merecer y conquistar.

Aquellos que se pregunten con Nietzsche: — "¿Tengo el derecho de desear un hijo?" — no oirán la amarga reconvención que Homero pone en boca un dios: "Nací débil, mas de ello nadie tiene la culpa sino mis padres, que no debieron haberme engendrado".

¡Qué hijo no tendrá derecho de llorar sobre sus padres que pecaron por ignorancia criminal!

"Un ser humano completo se compone del hombre y de la mujer", dice una ley de Manú.

Aislados, sus esfuerzos se pierden para lo que debe ser el objetivo de la vida: superarse a sí mismos creando. Unidos, sin tener conciencia de esta

finalidad, sus esfuerzos se malogran acentuando en lo creado los defectos del creador.

Siempre, al estudiar la degeneración, el factor "responsabilidad paterna" me había parecido fundamental.

El que no haya visitado un *patio de idiotas* en los hospicios, las salas-cunas de un hospital de niños o esa mísera cloaca humana que se llama — ¡oh irrisión!—"la Cuna", debe hacerlo si es padre, debe hacerlo si es mujer.

Si al ver a un niño lo que más atrae es la luz gozosa de la mirada, qué no dicen contra el vicio que los engendró esos ojos dilatados por el dolor que nos siguen con pena infinita mientras visitamos la sala, que nos acompañan fuera, que reaparecen juzgando toda alegría, perturbando el sueño, mirándonos desde adentro en todas partes, a pesar de que el pobrecito enfermo, condenado desde antes de ver la luz, no conoció de la vida más que la cama del hospital o el cochecito del paralítico.

Quién los ha visto, no olvidará jamás los ojos de Angelita, de la niña epiléptica del "Patio Higuera", en nuestro hospicio. Grandes, serenos, bellos, saltan fuera de las órbitas: un intenso dolor, allá dentro, en la retina, una lesión sifilítica, obliga a la criatura a hundir sus deditos entre la órbita y el globo del ojo. La oyerais quejarse: un perro apaleado por su amo no aulla más lastimera y bestialmente. Cuando está tranquila, en sus raros momentos de reposo, levantamos su carita hacia el sol; la niña abre grandes y ansiosos los ojos y los fija está-

ticamente, calmada bajo el suave calor; la ciegue-cita parece beber luz.

Mientras, sus compañeras, las idiotas, pasan sin verla. Hay muchas chicas, y grandes; horribles monstruos, apenas humanos, algunas contrastando con una que otra carita que parece respirar vida interior; seres apáticos, deformes, raquíticos; niñas que se arrastran como babosas pegadas a la pared, cerca de otras, más felices, que caminan vacilantes sosteniéndose mutuamente. En medio del "Patio Higuera", las idiotas profundas, clavadas en la silla, eterna compañera, ni miran, ni oyen, ni viven desde que el vicio o el dolor las engendraron.

Allí, cerca de la reja, de pie, las piernas abiertas, los brazos en jarras, meciendo el cuerpo en lento movimiento pendular, Dominga canturrea un extraño y eterno estribillo, junto a esa imbécil, que mira hacia ella, aunque no la ve, mientras chilla y gesticula como una poseída hincada sobre un banco ante Clodomira, la de los ojos bestiales, "la babosa", como la llaman en el Patio.

De allá lejos, del fondo del Patio, se acerca, como infernal teoría, una doble hilera de pobres miserables seres. Siguen a Valeria, a la ciega, jorobada y raquítica pero no idiota; siguen a Valeria porque canta. Al acercarse su voz suave y llena de sentimiento, deja oir... "con flores a María, que madre nuestra es"... ¡Madre de ellas la pura y bella!

Cuando el canto se perdió a lo lejos, hacia el jardín, donde la Hermana Josefa lleva a sus hijitas, oí

la voz del doctor Oro, el médico del Patio, que hacía rato observaba.

—La esperaba. He reservado un curioso ejemplar de criatura humana para que usted lo vea. Un niño que anteanoche nació en el Hospicio y que hoy será transportado a la "Cuna".

Y, pasando delante para enseñarme el camino, me condujo a través de pabellones y jardines.

—Aquí tiene el nuevo ciudadano y futuro huésped de "Las Mercedes" — dijo señalando una cuna portátil digna de recibir a una hada. Tan sólo el instinto material no satisfecho, que lleva a tantas mujeres a ser madres del dolor ajeno, pudo preparar ese nido de encajes que recibe por breves horas a los hijos de las alienadas.

Al aproximarnos, una Hermana descorrió las cortinas. Entre un marco de puntillas y batistas ví la carita más vieja, angustiada y miserable. El pelo negro, tupidísimo, invadía la arrugada frente, bordeaba las orejas, cubría la nuca. Un tajo horizontal en cuyo fondo brillaba la luz de una mirada vivísima indica el sitio de lo que hubieran de ser ojos. A la izquierda de la boca tenía hundida la mejilla como bajo violenta presión y, correspondiendo a ese hundimiento, un bulto redondo y morado aparecía a la derecha, en el cuello oculto a medias bajo la sábana.

Nuestra presencia despertó al niño, quien comenzó a llorar dando fuertes gritos como si protestara contra la luz, esa intrusa que denunciaba su deformidad...

—Ahora, visitemos a la madre, — dijo solícito mi guía.

En una pieza vecina, descansaba la puérpera. Era una joven "hija del país", de tinte trigueño pálido, grandes y aterciopelados ojos, cabello negro y luciente, simpático conjunto.

Con cariñoso interés indagamos la historia del pequeño monstruo. Hela aquí: es la de un mal que nos aflige, que nos duele a todos y muy de cerca. Temo no poder reflejar la inconsciente impudicia con que nos fué referida.

Sin manifestar el menor interés por la suerte del recién nacido hasta el punto de no preguntar qué nombre llevaría ni pedir verlo — sabiendo que iba a ser llevado a la "Cuna" — nos habló con voz monótona, indiferente y tranquila:

"Nací en Córdoba; hasta los ocho años corretié con mis hermanos pidiendo limosna. Cuando mi madre cayó presa, me emprestaron a una familia de Jesús María y cuando tuve quince años me conchabaron en Buenos Aires. Un día, un joven, hermano de la señora, "me tomó por zonza"... Al poco tiempo me dió el primer ataque (se trata de una epiléptica), hasta entonces yo era sana y muy fuerte. A los meses, tuve que salir del conchabo: aunque me ajustaba mucho, ya me hacían burla en la cocina porque se conocía que iba a tener un hijo. Lo tuve en el hospital y lo eché a la "Cuna". Después me tomaron como ama en una casa rica. De ahí me echaron porque me dió un ataque muy fuerte. En ninguna casa paraba. Todos me tenían miedo. Ulti-

mamente vivía por "Las Ranas" con un hombre malo, que se emborrachaba y me pegaba fuerte. Cuando me trajeron acá yo no sabía que iba a tener otro hijo; me lo dijo la hermana y yo no lo quería creer...".

La Crónica Policial trae a diario relatos de infanticidio perpetrados por sirvientas... y por "niños bien".

Deber de la aristocracia digna de ese nombre es el de servir al pueblo de ejemplo de vida sana y feliz.

Parece, a primera vista, deber fácil de llenar. ¡Quién no ama la salud y la dicha y no la ostenta ufano aunque más nos sea para exclusivo contentamiento!

Pero es que no se llena un deber sin especiales aptitudes. Para que esa clase llene su cometido, debe ser privilegiada, a la vez, — especialmente en la fase femenina — por la educación y por la vida de familia. Así será elemento útil, espejo de buenas costumbres, modelo de virtudes, representante el más alto del pueblo a que pertenece. Pero cuando se trata de una plutocracia—como, desgraciadamente, es el caso en nuestra Argentina — esa clase, colocada a mayor altura, sirve tan sólo para difundir, aumentados, sus defectos. Es que el oro de la tierra es corruptor si no se alía el oro del espíritu.

HIGIENE PSIQUICA

Toda religión — y entendemos por tal las concreciones mitológicas como ensayos de explicación de la naturaleza, la organización de las creencias imaginativas en un cuerpo de doctrinas y de dogmas, y la fijación del culto en un sistema ritual — por intuir el enlace de los fenómenos naturales, por encerrar una cosmología embrionaria, por implicar una metafísica después de pasar por los períodos psicológicos de la imagen concreta, de la abstracción y generalización medianas y de los altos conceptos engendrados por el sentimiento intelectual, al constituir una de las fases iniciales del conocimiento, al ser para la humanidad según la frase feliz de Renan, lo que la nidificación es para los pájaros, levantó el andamiaje de la ciencia.

En su origen, la concepción de las divinidades fué la objetivación del hombre en todos los fenómenos que él alcanzó a percibir.

La religión le fué sugerida por las cosas mismas: fué la reacción natural y espontánea de su afectividad, de su pensamiento, de su instinto de

solidaridad universal, de la ley de gravitación psíquica, ante la acción ejercida sobre él por el mundo exterior.

Los dogmas especiales que presentan las religiones, y por los cuales están en conflicto con la ciencia, expresan, en realidad, no revelaciones sobrenaturales, sino el esfuerzo del espíritu humano para representarse, de una manera conforme a su desarrollo y a sus hábitos, la gravitación de lo absoluto, de lo infinito, cuyo sentimiento le es impuesto por la contemplación de la naturaleza.

El hombre, al admirar lo que le rodea, no ve falso: ve limitado.

Toda religión es la síntesis de necesidades, de aspiraciones que la ciencia aún no ha llegado a satisfacer. Así comenzó por ser el patrimonio de esa gran consoladora de la vida, de la imaginación que todo lo animó, que todo lo personificó hasta que la reflexión, la comparación y la generalización abstrajeron al hombre del mundo y de las cosas.

Las primitivas, groseras religiones, fueron superposiciones sistematizadas bajo la influencia de la necesidad y de la pasión.

En principio, fueron el conjunto de leyes que regulan las acciones y reacciones sociales entre los hombres y las supuestas potencias superiores.

Y esas leyes fueron concebidas a imagen y semejanza de las que rigen las relaciones comunes entre los hombres cuando el uno pide y el otro

da: ruegos, ofrendas, respeto, sumisión, agradecimiento, amor y miedo.

Luego las necesidades económicas, las relaciones familiares y sociales, la interpretación embrionaria de los fenómenos — que engendrará más tarde el derecho, la sociología, la filosofía y las ciencias experimentales —se fueron cristalizando alrededor del terror que el despliegue de las fuerzas naturales inspira al hombre, y del deseo de conocerlas: así el egoísmo es la fuente del sentimiento religioso como lo es de todo lo esencialmente humano.

Y el miedo, la esperanza, el sentimiento de dependencia, la necesidad de protección, engendraron ensayos de explicación de lo creado, representaciones de orden intelectual alrededor de un núcleo afectivo. Y esa curiosidad, germen de la ciencia, llevó al hombre a interpretar, por analogía, asimilando esas fuerzas a voluntades externas al mundo.

Y la necesidad de comprender y la de vivir en sociedad, esencialmente humanos, vencieron el terror, engendrando la esperanza, la curiosidad y el deseo de dominar.

El hombre — ese animal que tiene sed de la realidad, que en su persecución es arrastrado fuera de él mismo — aspira, por intermedio de ella, a ser tan completo, tan íntimamente, como le sea posible, un ser humano. Por eso nada de lo que

es humano, nada de lo que "es" deja de apasionarlo.

Por el sentimiento y por la idea, el hombre completa e implica el universo todo.

Y en ese poder de universalizarse, de limitar con la conciencia el todo que la formó, de irradiar desde ese centro hasta el universo entero, de objetivarse con solo quererlo, de amar universalmente — base sobre la cual la imaginación edifica la liberación futura — ahí, en ese núcleo esencialmente humano, germinan el sentimiento y la idea religiosa.

La base de la religión, es, pues, más que un principio transcendente, un principio inmanente que enlaza el yo y el no yo en viviente reciprocidad de pasión y de acción.

El progreso de la religión es un progreso del sentimiento que fusiona la causa interna con la causa externa. — Y el progreso de las ciencias es un progreso del conocimiento de esas causas.

Así entendidas, religión y ciencia, lejos de excluirse se complementan.

Pero religión y ciencia son antagónicas siempre que la religión no eleve el tipo humano exaltando su fuerza de voluntad, vivificando su confianza en él mismo, haciéndole desear el sentir sobre sí el peso de las grandes responsabilidades, desarrollando en él los instintos vigorosos de la vida de los que emerge la dicha por la expansión, por la comunión de la energía íntima con la energía colectiva.

Religión y ciencia son antagónicas siempre que religión dé ilusiones por verdades, siempre que afirme como infalible más allá de lo demostrable y, sobre todo, contra todo lo demostrado. Hay una distinción capital entre el pensamiento religioso y el pensamiento científico: si los dioses existen no poseemos ninguna prueba de que se hayan jamás ocupado del hombre. La constitución del mundo está llena de intenciones, al menos aparentes; pero en los hechos y detalles nada hay de intencional. El estudio de la naturaleza muestra, netamente, al contrario, que todos los seres son tratados del mismo modo indiferente y feroz. La naturaleza se preocupa de la especie y jamás del individuo. El mundo nos revela, con su ausencia completa de plan reflexionado — aparente, al menos, — esfuerzo espontáneo, como el del embrión, hacia la vida y la conciencia.

Desde la aparición de la conciencia, ha habido causa relativamente libre que ha usado de las fuerzas de la naturaleza para fines deseados; pero esta causa emana ella misma de la naturaleza; es la naturaleza volviendo a encontrarse, llegando a la conciencia.

La verdad evoluciona, la verdad se hace lenta, pero constantemente, como se hace la vida; y es que la verdad es alma.

Las concesiones hechas al absurdo, a lo relativo, suelen ser a menudo, necesarias en las cosas humanas, pero no son más que transitoriamente necesarias. El error no es el punto de arribo para

el espíritu humano; si hay que contar con él, si es inútil el denigrarlo amargamente, por fortuna no es necesario venerarlo.

Los espíritus lógicos y de amplias miras serán seguidos por la humanidad. Basta que a las grandes ideas se les conceda los siglos que necesitan para transformar lentamente el medio intelectual, la atmósfera moral y social, condición de toda vida larga y fecunda.

Ciencia, filosofía, arte, legislación, política, educación. He aquí los grandes modificadores del medio social y de la atmósfera intelectual si se les da el tiempo suficiente para la acumulación total de sus acciones parciales.

Las ideas conducen el mundo hasta cuando son rechazadas por el individuo (en particular), gracias a la modificación progresiva de los instintos por la reflexión acumulada en el tiempo y generalizada en la raza.

Así el argumento que hoy no logra convencer al creyente acabará mañana por disolver la ciencia.

Antes de señalar al estudio crítico detenido los puntos vulnerables de las religiones antropomórficas — casi sin excepción todas las existentes, — procuraremos definir un criterio pragmático que nos permita reconocer cuándo la idea, cuándo el sentimiento son o no humanamente verdaderos.

. . . . . .

Es obra sana el perseguir el mal, sobre todo el

mal inconsciente, extraviado, del fanatismo que se difunde con tanta mayor facilidad cuanto más incultas son las masas a que se dirige y cuanto mayor es la buena fe, cuanto mayor es la exaltación y firmeza de creencias del que lo propala.

Y está probado que, entre las emociones morbosas, ninguna encierra una tendencia más marcada a propagarse rápidamente bajo la forma epidémica de la pseudo-religiosidad.

Cuanto más nos elevemos sobre las religiones sistematizadas, tanto mejor las comprenderemos y tanto más admiraremos lo humanamente grande que ellas encierran, aun cuando ese ideal se haya extraviado en la actualidad.

Quizás un medio de comprender y de amar mejor esas religiones estriba en salir fuera de ellas.

Indicaremos sumariamente las principales alucinaciones y concepciones delirantes de toda religiosidad mórbida.

En su origen, la concepción de un dios es obra a la que la naturaleza humana se entrega por entera. En la concreción psicológica de la idea del dios, un estado individual cualquiera, para llegar a un efecto determinado, es personificado, revistiendo el carácter de causa. Los estados de potencia creatriz inspiran al hombre el sentimiento de que él es independiente de la causa, es irresponsable. — Llegan a nosotros sin ser deseados, — y esa conciencia de un cambio originado en nosotros sin que lo hayamos provocado, parece exigir una voluntad externa al yo.

Así, hoy mismo, los inconscientes, la exaltación del artista en el momento de la creación, es atribuída por él mismo a la inspiración, a ese algo externo que se posesiona de él sin saber cómo.

El hombre, no osando atribuir a sus propias fuerzas todos los grandes momentos en que su vida traza una línea ascendente, imagina que, en determinados casos su ser pasivo influído, subyugado por una personalidad más potente, triunfa gracias a este estímulo externo.

He aquí cómo la pseudo-religiosidad deprime el concepto de "ser humano". En los momentos que el hombre marca la línea ascendente de la vida, esa religiosidad divide en dos la causa del acto, dejando para el hombre la pasividad fácil y deprimente, y para el dios personal la actividad superior y estimulante.

Toda creación de un dios antropomórfico, toda idea de intervención divina ocasional, toda desorbitación de la conciencia, centro de gravedad de la psiquis, alucinándola con apoyos externos, no es más que una alteración morbosa de la personalidad, basada en un sentimiento de miedo, de terror ante la potencia inesperada del yo: alteración llevada hasta el desdoblamiento en los casos agudos de erotismo religioso, de histerismo beatífico o de éxtasis cuasi divino.

Las creencias, ideas o conclusiones acerca de una vida individual futura, engendradas por la necesidad de gozar, son ejemplos de razonamiento ima-

ginativo, que va de lo conocido a lo desconocido, piloteado por el sentimiento.

Las concepciones de una inmortalidad feliz o lacerada, que se reducen a juicios de valor sobre las diferentes formas de la vida; de las cuales una es el prototipo del soberano bien (paraíso), y la otra el del soberano mal (infierno), no encierran más que el deseo de vivir siempre, que engendró y organizó, en su lucha con la duda, esa creencia.

Ante un peligro, frente al dolor, el deseo intenso de ayuda, inhibiendo los juicios racionales, engendró la creencia, por afirmación inmediata, irresistible, absoluta, inquebrantable; creencia que sólo se explica por la ceguera y la insensibilidad natural ante todo aquello que se opone a un estado emocional agudo. Estado que la lógica de los sentimientos estudia.

El dolor moral buscó un remedio, se esforzó por restituir, aunque fuera por medios artificiales, la cantidad de vida, de energía perdidas, y engendró ese razonamiento de consolación que se llama la plegaria, pseudo-consuelo que no conforta sino a los incapaces de consolarse a sí mismos.

Pero, como llena una necesidad humana, como equilibra, aunque momentánea y falsamente, la línea de la vida, como engendra las grandes convicciones aparentes, se crea una lógica afectiva apropiada y domina inconscientemente a las multitudes.

Son prejuicios, son sofismas del sentimiento, son supersticiones, es decir, esfuerzos impotentes de la razón por guiar inducciones extraviadas. Son ese

andamiaje que la ciencia abandonará definitivamente en cuanto llegue, en su conquista de la realidad, a ser la síntesis integral de las necesidades y de las aspiraciones humanas.

Dejando para otro momento el historiar la formación y la deformación de la creencia, — capítulo interesantísimo en la evolución de la religiosidad, — señalaré, de paso, cuán antihumano, casi cuán criminal — ya que se conocen los resultados, — es el dejar la suerte y los corazones infantiles bajo la influencia deformadora de la educación pseudo-religiosa actual.

Conclusiones

1.° Toda idea religiosa que contenga la afirmación de la vida, tal cual nos es dado conocerla, es buena.

2.° Toda idea religiosa — por bella y consoladora que sea, en apariencia — es mala si contiene la negación o la deformación de la vida tal cual nos es dado conocerla.

3.° La educación pseudo-religiosa actual es contraria a la afirmación, a la evolución de la vida.

LA EDUCACION Y LA GUERRA

No en nombre del altruísmo sino del egoísmo bien entendido — única y real virtud — proponemos esta solución al problema de la guerra.

Como la peste, como la prostitución, como el dogma imperante de obediencia, la guerra es hoy por hoy uno de esos llamados males necesarios para los que se procuran inmediatos remedios y mediata higiene que en un porvenir tan cercano como sea posible los suprima o los reduzca a su mínimum.

La guerra existe porque, a despecho de inyecciones de instrucción, el hombre es aún animal falto de cultura, es aún bárbaro, es aún salvaje.

No hay sino que aprovechar esa fuerza, esa energía que lo muestra aún joven, rico en vida, y encauzarla por medio de una cultura intensiva y extensiva — conste que no hablamos de instrucción cuya abundancia sin base apropiada cultural constituye serio peligro. Prueba al caso: En la actual guerra, ciencias y artes convergen a matar más a mansalva y, lo que es peor, a crear un ideal guerrero para el devenir humano.

Convencidos estamos de que la higiene reducirá

al mínimum posible los estados patológicos; de que la educación integral, basada en la coeducación sexual y social y en la transformación de la escuela antihumana actual en escuela-hogar, reducirá a un mínimum la lacra de la prostitución y salvará al niño al convertirlo en único ideal humano y en objetivo de toda iniciativa y de esta preocupación social y política; creemos que el individualismo, al desarrollar el sentimiento fecundo de la responsabilidad, hará triunfar la obediencia interna, creadora del ambiente de la disciplina externa: harmonía resultante del mayor esfuerzo personal. ¿Pero, la guerra, será siempre un mal necesario? Si entrevemos la probabilidad de imposibilitar no ya sólo su realización, sino hasta su concepción, ¿de qué medio valernos para encauzar humanamente el bárbaro instinto de conquista que hasta hoy arrastra a matar en la guerra a millares y millares de seres útiles y necesarios?

La política ha ensayado con escaso provecho medidas coercitivas: el Tribunal de la Paz, el desarme parcial o total, los tratados internacionales, el paro socialista universal. Pero los resultados de esas medidas artificiales tienen necesariamente que asemejarse a ellas. No modifican al factor de la guerra, al hombre. Y mientras lo animal no se humanice, la guerra subsistirá.

Ahondemos el problema. ¿Dónde y quiénes moldean al hombre?

La madre lo engendra, lo desarrolla y lo educa; la escuela prosigue la obra.

El militarismo, mal necesario para defender las naciones, lo es aún más para sostener prejuicios religiosos y despotismos políticos. La escuela oficial, encargada de moldear al futuro ciudadano, lo hace teniendo en cuenta las necesidades actuales del Estado. Verdadero lecho de Procusto, amolda el espíritu infantil a los vicios y prejuicios de la época en lugar de libertarlo de ellos gloriosamente. Y contemplamos impasible el mal que se comete inyectando en el alma primitiva del niño dosis de odio, de amor a la lucha en la que el premio es para el más fuerte y no para el más justo, bueno o inteligente; dosis de admiración por conquistadores y saqueadores; baños de sangre, de injusticia, de crímenes colectivos cometidos al amparo del derecho de la guerra: saqueos, violación de territorios, incendios, matanzas, devastación, imposición a sangre y fuego de ideas, de nacionalidad, de creencias.

Y la sociedad acepta que el Estado imponga a sus niños esa educación guerrera que fomenta los instintos belicosos propios de la infancia. Y los maestros imparten esa enseñanza sin concebir siquiera por un instante la magnitud del crimen contra natura perpetrado al convertir en profesión de verdugos la profesión de apóstoles. Y las madres no protestan, inconscientes de sus derechos y de sus deberes de conservar la integridad afectiva, volitiva e intelectual de esos hijos de sus entrañas de los cuales son tutores naturales y responsables. Y los literatos se complacen con general aplauso en exaltar en libros, en opúsculos, en

cuentos, en artículos, en capítulos de historia, en novelas, en dramas, las "virtudes guerreras".

Analicémoslas: La virtud es fuerza que propende al desarrollo normal de la vida tal cual nos es dado conocerla. El valor militar es fuerza destinada a destruir vidas humanas: luego es vicio engendrador de muerte, de atraso, de descenso en el devenir humano; no es "virtud", sinónimo de creación, de progreso, de ascensión en la espiral de la vida.

Tan sencillo y fundamental criterio nos hará rechazar, con el crimen de la guerra, las pseudo-virtudes religiosas y el dogma de la obediencia sustentados por el militarismo.

El hombre actual, bárbaro aún, recibe inyección depresiva y desorganizadora con la actual enseñanza pseudo-religiosa; la escuela completa esta obra anuladora de la personalidad inyectando el virus de salvajismo encerrado en la tendencia interpretativa de la historia; el ambiente familiar, social, político, literario, acrecienta tan perniciosas influencias forjando tablas de valores que miden como virtudes a fuerzas destructoras y tildan de vicios y de cobardía lo que a tales prejuicios se opone.

Y así el mal aún necesario de la guerra acreciéntase con lo aportado nefandamente por esos factores que moldean al niño deformándolo.

Muy luego el Estado hace pasar al joven por otro molde aún más rígido: el servicio militar obligatorio que fija y sella lo ya desarrollado tan criminal e inconscientemente.

Aceptada la actual necesidad de la guerra, natural es que, mientras tal peligro exista, cada nación deba apercibirse para la defensa, de igual modo que, aceptada la actual difusión de las enfermedades, la medicina se apercibe para combatirlas. Pero, así como a la par y más intensa y extensamente, si cabe, la higiene previene las enfermedades para que llegue un día en que la profilaxis social e individual reduzca al mínimum posible las causas de morbilidad, así también busquemos un medio preventivo de la guerra, una higiene política tan humana como la médica.

Cae de su peso lo artificial e innocuo de las medidas internacionales adoptadas. Para que la guerra y la casta militar no sean idealizadas—concretadas en el devenir ascendente de la humanidad — hay que modificar fundamentalmente el factor humano que en ella interviene.

La mujer madre y la escuela son las llamadas a tan humana empresa.

Hoy por hoy, la mujer, menos aún que el hombre, está habilitada para intervenir útilmente: Presa fácil de prejuicios religiosos, sociales y sexuales; parásito económico del hombre, no tiene derecho a vivir íntegramente su vida mientras no cumpla con su deber primordial: ser madre consciente, humana, divinamente. De ahí que no comprenda su deber de defender la integridad física, moral, volitiva e intelectual de su hijo, al que deja librado a leyes, disposiciones, costumbres e imposiciones absurdas, antihumanas, degeneradoras.

Réstanos el segundo factor, la escuela, molde común de humanidad.

Vimos que, tal cual hoy está organizada, la escuela es esbirro y verdugo al servicio de prejuicios sociales y sexuales y de despotismos políticos. Del hombre, desarrolla casi exclusivamente la inteligencia y, de esa inteligencia, especialmente la memoria. Desdeña la afectividad y la voluntad sin concebir que la inteligencia es resultante de estos dos componentes; e inyecta en el niño el virus guerrero.

Dejando por ahora de lado la parte artificial, antihumana de la escuela universal y concretándonos al problema de la higiene social que imposibilite la guerra educando el factor hombre, averigüemos de qué medios puede valerse ese molde común de humanidad para encauzar en el niño los instintos belicosos, utilizándolos en la lucha por ideales de paz, de amor, de trabajo, de confraternidad. Aboguemos por la humanización de la historia.

Enséñese, por su intermedio, la génesis y el desarrollo de los grandes hechos humanos individuales y sociales; la evolución del trabajo, de las artes, de la industria, de las ideas, de la vida íntima; reláteseles la importancia de la evolución de la familia a través de la humanidad, la lucha del padre por defenderla, la de la madre por afianzarla, empléese, como ilustración necesaria en contra de la guerra, los relatos de conquistas, saqueos, matanzas; estúdiese el advenimiento del pueblo al go-

bierno más bien que la apología de reyes y conquistadores; la historia de la evolución de la humanidad más bien que la de las dinastías y la de las batallas. Utilícese la biografía de los grandes hombres como escuela de voluntad. Y el espíritu del niño quedará fecundado por tales nociones de progreso, de paz, de ascensión hacia la divinidad humana; por el reino de la justicia, de la confraternidad, del mejor aprovechamiento de las energías individuales, sociales, nacionales, universales; por el predominio del egoísmo bien entendido, única y real virtud.

Y una vez que la noción clara de justicia, de virtud, de bondad, de derecho y de deber para con la propia vida y, de consiguiente, para con la ajena, se haya hecho carne en el espíritu de todos y de cada uno, por propia conveniencia, por egoísmo bien entendido, por amor y conquista de sí mismo, por don hecho del propio ser al resto de la humanidad, el hombre no concebirá sino horrores, destrucción, atraso, barbarie y degeneración en la guerra, la que de hecho dejará de existir al negar su posibilidad cada uno de los hombres hoy factores inconscientes que la permiten, sustentan y adoran.

Y desaparecido con el militarismo el sostén del dogma religioso y del dogma social y político de la obediencia y desarrollado con la educación humana el auto gobierno y el régimen de la obediencia interna a la personal ley de evolución, reinará entre los hombres la religiosidad humana cuyo ideal será el niño. Y el imperio de la justicia natural habrá llegado.

VIVIÓ EDUCANDO

¿La conocisteis?

Alta, esbelta en su extremada delgadez; la cabeza erguida, el cabello blanco y fino abriendo como diadema, la mirada penetrante, franca, recta; la boca hermosamente expresiva; las manos con esos afilados dedos medioevales que tanto dicen de aspiración y de amor; el andar ágil y rítmico; distinguida, elegante, única, en medio de su fealdad; tal era Miss Mary O. Graham cuando la conocí en 1895.

Sarmiento, en un rasgo de genial egoísmo, de entre todas las profesoras norteamericanas que trajo para organizar la escuela normal argentina, escogió a "Miss Mary", — como cariñosa y familiarmente la llamábamos sus alumnas, — para fundar una escuela de maestras en San Juan.

Allí formó maestras, allí formó madres, allí formó mujeres. Llamada a La Plata, como fundadora de su escuela normal, la dirigió hasta caer abatida sobre el surco fecundado. Al reabrirse las clases, en marzo de 1901, Miss Mary moría, víctima de una antigua afección gástrica contraída en la lucha diaria y tenaz.

¿Cuándo la ví por primera vez?

Tratábase de inscribirme como alumna de 4.° grado. Mis padres habían dado mi educación por concluída con lo poco que aprendí en un internado bonaerense. Pero, habiendo trabado amistad íntima con una vecinita, alumna del normal, quise ser su condiscípula, para estar siempre juntas.

¡De lo poco que depende la orientación de una vida!

Llevada a inscribirme, esperamos, mi madre y yo, en el vasto vestíbulo. Aquello imponía: era imposible moverse, ni respirar, casi, en medio de tanta y tanta madre que acudía con sus hijos, — la escuela era mixta, — para lograr una vacante de inscripción.

Por turno, después de larga y ansiosa espera, pasamos, en pequeño grupo, a un salón, donde la vicerrectora—la tan buena cuan débil Miss Aooss, — nos examinaba uno por uno. Tal era su bondad, morbosa por lo débil, que vacilaba, al tener que repudiar a un candidato.

De pronto, sin haberla sentido, vi al lado la inconfundible silueta de Miss Mary, que ya me era familiar por descripciones de mi amiguita Obdulia. Y, severas, justas, concitando a la obediencia absoluta, cayeron de sus labios las primeras palabras que oí, dirigidas a un muchachón, aspirante a alumno, que, "ipso facto", recibió la lección inaugural: —"Quítese la gorra. Los hombres se descubren ante las señoras". Y, sin mirar si había sido

obedecida, tan impotente era ante ella la inobediencia, Miss Mary tomó la dirección del examen.

Caída como "nueva" en un medio que me era extraño por lo desconocido, no lograba orientarme. ¡Eso no era la escuela que yo había conocido en el internado porteño! ¡Eso era un templo, durante las horas de clase, un paraíso de los muchachos durante los recreos, durante las horas de gimnasia!

Miss Mary — permítaseme que la muestre primero bajo esta fase, — se preocupaba, ante todo, por obtener de cada alumno "el buen animal" de que nos habla Spencer. El horario de la escuela, pese a disposiciones ministeriales en contra, siempre fué discontinuo. "El horario continuo favorece al profesor más que al alumno, — nos decía. — Ustedes no pueden almorzar bien si lo hacen de 8 a 9 a. m. Y están en edad en que la mala alimentación determina enfermedades incurables." — Se valía de toda ocasión para explicarnos qué clase de desayuno y de almuerzo nos convenía más; cuándo y cómo debíamos trabajar y cuándo descansar; aprovechaba los días lluviosos — en un país cuyo año escolar es interrumpido por meses de humedad, de lluvia y de frío, — para mostrarnos cómo debíamos defender nuestros pies, nuestras manos y nuestra ropa de la lluvia y del viento glacial, inculcándonos, de paso, ideas de economía y de cómoda elegancia.

Pero, lo que más nos hacía gustar eran las horas de gimnasia y de recreo. Cuanto juego se inventó, desde la rayuela hasta el football, croquet, lawn-

tennis, pelota, cuatro esquinas, saltar a la cuerda, correr a la mancha, el baile, todo nos lo enseñaba o lo aprendía, jugando con nosotros en ese hermoso jardín que sus alumnas grandecitas, las selectas, cuidaban, siguiendo un curso de jardinería que Miss Mary, en su amor por las plantas, nos lo hacía desear como un premio.

Hasta ingresar en el curso normal no conocía a Miss Mary más que por sus frecuentes visitas a la escuela de aplicación.

¿Por dónde entraba? ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo hacía que nos observaba? ¿Habíanos hecho ya otras visitas en ese día? Imposible saberlo.

¿De dónde sacaba tiempo y fuerzas para estar en todas partes?

Así nacía, intuitivo y seguro, nuestro convencimiento de que Miss Mary lo sabía todo, de que si algo preguntaba era para probar nuestra veracidad; de que era inútil ocultar un hecho o ensayar el engaño o el disimulo. ¿Cómo soñar en desobedecer?

En el curso normal su influencia creció en intensidad. Miss Mary dirigía la enseñanza de las ciencias naturales y la crítica pedagógica, incitándonos siempre a estudiar las vidas de los grandes hombres, lo que ella llamaba la "moral en acción".

Nos señalaba temas a estudiar, temas generales, el mismo para toda la clase, indicando la bibliografía de consulta.

¡Cuán individualmente trabajábamos! Cada curso tenía, en el salón de clase, su biblioteca de acuer-

do con los programas. Aquellos libros no eran un mero adorno. Sabíamos usarlos inteligentemente. Les dedicábamos todas las horas de lectura y las vacantes por falta de profesor. Trabajábamos con tanto más placer cuanto que no teníamos celadoras. Sabíamos que el vigilante sólo es necesario donde los individuos no se gobiernan a sí mismos.

"Sentíamos" el deber, cuya sola noción es tan difícil inculcar artificialmente.

En sus horas de clase, Miss Mary rara vez nos "tomó la lección". Y si lo hacía, como curso de composición oral, era para cerrar la exposición con su eterno: "Eso lo explica Milne Edwards o Spencer; ¿y usted qué dice?"

Cada punto esencial era debatido de acuerdo con los hechos observados por nosotros y por ella; con las teorías más razonables que cada uno de nosotros — dividiéndonos con anticipación el trabajo — buscaba, rehacía, exponía o criticaba. Sobre todo, criticaba.

Cuando faltaba un profesor era invariable la pregunta de Miss Mary: "¿Qué aprendió usted el jueves de 1 a 2?"

¿Por qué prefería enseñar ciencias naturales?

Miss Mary creía a esa ciencia la única capaz de desarrollar en la juventud la ley de la belleza, de la energía y de la verdad en eterna formación; de abrir la imaginación juvenil al amor y al respeto ante la vida, llámesela hierba, flor o gusano; de hacer sentir al neófito el peso de la responsabilidad al transmitir conscientemente la vida; de inculcar-

nos la moral física que obliga a conservar la salud en las mejores condiciones de higiene corporal y psíquica.

Con Miss Mary no había hipócritas misterios. Todo era religiosamente natural. ¡Cuánto leíamos en sus ojos, en su voz, vibrante de amor y de verdad, al aprender botánica en la glorieta de su jardín, de nuestro jardín, puesto que nosotros lo cultivábamos, puesto que cada IV año normal, al egresar de la escuela, lo hermoseaba con una fuente, con una glorieta, con árboles, con rosales, con violetas!

¡Las lecciones de crítica pedagógica! Dividía Miss Mary el curso en grupos de a ocho alumnas. Cada día un grupo preparaba el tema a enseñar. En nuestro salón de clase, presidida la sesión por ella, nos ejercitábamos en el arte de hacer descubrir la verdad por el alumno.

Miss Mary llamaba a cualquiera de los del grupo. El alumno-maestro, con todos sus sentidos en tensión, comenzaba a querer enseñar. No bien se equivocaba, Miss Mary exigía que sus compañeros lo criticaran, formulando la pregunta a hacer o indicando el error a corregir. Si, aun así, el practicante no acertaba, pasaba otro a ocupar su lugar, y, si los 8 del grupo designado no acertaban, lo que mil y mil veces ocurrió, Miss Mary tomaba la clase y, con admirable precisión, con 3 ó 4 preguntas llevaba a sus alumnos a descubrir lo que nosotros, inhábilmente, queríamos enseñarles.

Retirada la clase de aplicación, en unos minutos, se señalaban errores o excelencias, dejando la crítica detallada para unos días después.

Ese estar alerta, ese criticarnos a nosotros mismos, a nuestros compañeros, a los autores consultados, a nuestros profesores, a miss Mary, ella lo exigía no bien notaba un error involuntario, esa gimnasia intelectual y moral continua, desarrollaba, minuto por minuto, nuestras verdaderas aptitudes. Así se educa.

No he hallado, ni hallaré en mi vida — una vida humana, es muy corta para eso — otra encarnación de "la maestra", otro genio pedagógico.

Lo exacto, lo personal, lo individual, lo que creyéramos verdadero — y eso tan sólo — era lo que "la Maestra" — ¡cuánto honra ese título! — exigía.

Los sábados, en alegre bandada, íbamos, con ella y con nuestros profesores, al bosque, a correr, a jugar, a sestear sobre el pasto, a herborizar, a reir, a conocernos, a amarnos mutuamente.

Hacíamos comiditas deliciosas aprovechando lo preparado por nosotras mismas en la clase de economía doméstica, del viernes a la tarde.

Los días de fiesta, cuando el tiempo favorecía, nos llevaba al puerto, a la Ensenada, a la isla Santiago. El subprefecto de entonces — un Sarmiento, y basta — ponía a nuestra disposición buquecitos, nos obsequiaba con un espléndido lunch, hasta nos acompañaba, a veces.

¡Lo que allí disfrutábamos corriendo, enterrándonos en la arena, "descubriendo" la isla, internándonos río adentro, en la playa baja, los pies descalzos, el cabello en desorden, las manos en visera protegiendo los ojos deslumbrados por el reflejo del sol poniente!

¿Olvidaré jamás esos 10 días pasados con ella y sus alumnas mejores, en las sierras del Tandil?

¡Qué no hicimos! Alpinismo, carreras, marchas forzadas, inspección escolar, lecciones modelos, todo realzado por bailes con que la hospitalaria sociedad del Tandil nos obsequió.

¡Y las fiestas cívicas que Miss Mary nos hacía organizar por las grandes fechas históricas de mayo y julio!

Por turno, un año normal era el encargado de los festejos. Hecha la designación, los alumnos, solos, sintiendo pesar sobre nosotros la responsabilidad del éxito o del fracaso, elegíamos comisión honoraria, la directiva y la de recepción; arbitrábamos fondos por subscripción escolar y familiar; preparábamos el programa... ¡Y a ejecutarlo! La escuela entera nos obedecía. Nuestras indicaciones eran órdenes. ¡Qué satisfacción nos proporcionaba cada número aplaudido!

Miss Mary dirigía las grandes fiestas de colación de grados, al finalizar cada año escolar. Recordaré "El sueño de una noche de verano", la bellísima féerie de Shakespeare, adaptada por "la maestra", al alcance de nuestras facultades ju-

veniles; representada de noche, en pleno jardín, bajo profusa iluminación eléctrica.

El efecto, fué féerico. ¡Cómo bailaron las haditas del Jardín de Infantes!

En todo — y sobre todo — cultivaba, Miss Mary, la personalidad del alumno. Llegado el caso, forjaba el carácter dura y enérgicamente. Cuanto más altamente colocado en su aprecio estaba el delincuente, tanto más severa se mostraba. Exigía más, siempre más. ¡Que duramente nos reprendió un día, un 4 de Julio, aniversario de la independencia de su patria, cuando, momentos después de haberle saludado con flores y con discursos, nos sorprendió faltando a nuestro deber! Inflexible ante la falsedad, ante la cobardía, ante la pequeñez, llena de amor religioso por la vida que se busca a sí misma para elevarse, erigiéndose en único juez de sí misma, supo infundir vida a su enseñanza.

Jamás dudó de nuestra palabra dada. Jamás nos atrevimos a pensar en engañarla.

La disciplina era férrea como impuesta de adentro afuera por cada alumno juez de sí mismo en toda ocasión ordinaria, sometido al tribunal de sus condiscípulos en casos gravísimos; la enseñanza era tan profunda, tan individual, tan personal, que hacía de cada escolar un eterno alumno de la vida, en marcha hacia la verdad, hacia la bondad. No es superior el que se adapta simplemente al medio, el que se deja teñir por él, nos decía. Superior es el que obliga al medio a adap-

tarse a él, siempre que, adaptándolo, eleve la línea de la vida. Tal era el espíritu de su enseñanza. Tan único y genialmente humano es hoy, como lo era ayer, que, hace unos días cuando lo hice conocer en una de las sesiones plenas del Congreso Internacional de Higiene Escolar reunido en París, la asamblea escuchaba, absorta y conmovida, como ante un ideal futuro, el relato de lo que, para mí, era — desgraciadamente — una bellísima y fecunda realidad, vivida ya.

En Marzo de 1902 se reabrían las clases en la Escuela Normal de La Plata. Los niños entraban en oleadas numerosas. Pero, no bien pasado el vestíbulo, un silencio que no conocíamos, que no se asemejaba al callar de la vida mientras se afana por crear, nos sorprendió. Susurrábase: "Miss Mary está mal, muy mal".

Los niños debían retirarse. Y lenta, tristemente, volvieron filas. Mientras allá arriba, en el dormitorio lleno de luz, tan artística, tan bellamente lleno de ella misma, miss Mary, moribunda, preguntaba ansiosa: "¿Qué ruido es ese?"

"Son los niños que entran" — alcanzó a oir "la maestra" al cerrar para siempre los ojos.

París, Septiembre 1910.

MARY O. GRAHAM (1).

13 de agosto de 1847 — 10 de marzo de 1902

La maestra que Sarmiento donó a su ciudad natal al decir, en 1879: — "he dado a San Juan todo lo que podía, mandándoles a Miss Mary O. Graham",—por rara coincidencia fundó, en 1888, la Escuela Normal de La Plata un 13 de Agosto, aniversario de su natalicio, y dejó de vivir un 10 de Marzo, día lunes, en que se reabrían las clases de su escuela.

Murió como había vivido: Educando.

Ese segundo lunes de Marzo de 1902, alegre vocerío infantil llenaba la planta baja de esta Escuela Normal, en cuyo piso superior Miss Mary agonizaba. La vida que parecía haber abandonado ya el cuerpo exhausto de la luchadora, volvió a la Maestra con el amado y familiar eco de las voces infantiles y dirigiéndose a la herma-

---

(1) Discurso pronunciado el 13 de Agosto de 1913, siendo presidente del «Centro Mary O. Graham», al instituir el premio « Sarmiento» destinado a la Escuela de Aplicación anexa a la Normal, y el premio «Mary O. Graham» destinado a la mejor alumna egresada del cuarto año normal.

na que jamás la abandonó: "¿Qué ruido es ése?", balbuceó Miss Mary. "Son los niños que entran", alcanzó a oir la Maestra al cerrar para siempre los ojos.

Miss Mary... Cuántos recuerdos evoca su solo nombre...

Era la Maestra, la modeladora de almas, la forjadora de caracteres, la buriladora de individualidades. Su enseñanza, su escuela toda no tuvo sino un fin: despertar en cada uno de sus alumnos la clara conciencia de que cada ser humano es una nueva fuerza en la naturaleza; de que nuestro deber, nuestro deber único, es descubrir esa fuerza, esa energía característica de lo individual, para conocerla y encauzarla.

Inculcaba así a sus alumnos la confianza exclusiva en el propio ser, en las propias fuerzas. Cada uno de nosotros, bajo su sabia, maternal vigilancia, sentíase fuerza activa, cooperadora en la producción de humana universal energía.

El falso estímulo externo, la envidia rastrera, eran desarraigados natural y fatalmente: Ocupado en bucear dentro del propio ser para descubrirse a sí mismo, el alumno no se preocupaba de compararse con los demás sino con él, siempre y exclusivamente con él mismo.

Excluíase, en la fecunda labor, el desaliento: Hacíanos ver, la maestra admirable, que el hombre ha errado el camino en la vida por haber dado a la inteligencia el supremo valor sin ver, en su vanidoso deslumbramiento, que la inteligencia es

una resultante de las fuerzas vivas, amor y voluntad.

Faro es la inteligencia que ilumina el campo de la afectividad, nos decía: Si la luz está sola, ¿a qué sirve? Preocúpase el hombre en desarrollar únicamente su inteligencia, — comentaba con sabia amargura: No ve que, siendo una resultante, no se la consigue sin avivar las energías que la producen.

La educación anti-humana actual, nos predecía la Maestra, trata de modelar un hombre a imagen y semejanza de lo que su sola inteligencia concibe, sin comprender que es más grande y más divino el hombre que el sentimiento intuye o que la voluntad forja inconscientemente. Olvida, la razón, que en su origen fué y sigue siendo amor y voluntad; créese causa de sí misma y a su imagen y semejanza quiere forjar un hombre unilateral.

De ese ideal equivocado, de esa mentira vital, nace la actual escuela anti-humana donde se pretende cultivar tan solo la inteligencia del hombre y aun, de esa inteligencia, por consecuencia natural, la memoria mecánica, dejando de lado, casi en absoluto, el cultivo de la sensibilidad y de la voluntad.

Las ideas no se reflejan ni se reproducen, afirmaba la educadora: Son el resultado de un largo e individual proceso. Educar no es inculcar: Es desarrollar. Y no se desarrolla sino lo que cada uno trae como capital humano heredado al nacer.

Ese capital de sensibilidad, de voluntad y de inteligencia combínase en cada uno de nosotros en forma personalísima. Cuidado nuestro es descubrir esa forma individual para perfeccionarla y acrecentarla. De ahí que el primero de nuestros deberes y quizás el único, es amarnos a nosotros mismos para que, amándonos, nos perfeccionemos y podamos recién ofrecer a los demás lo mejor de nuestro ser interno. Y la genial maestra hacíanos comprender el íntimo significado de la máxima cristiana: "Ama a tu prójimo como a tí mismo": Es decir: Amate primero a tí mismo, conócete, perfecciónate para, recién, tener el derecho de ofrecerte como don a tus semejantes.

Despertado ese amor hacia uno mismo, nacía, fuerte y sana, la confianza en las propias fuerzas. Y, si al estudiarnos a nosotros mismos, notábamos que nuestra inteligencia era débil, no nos preocupábamos de ello hasta convertirlo en impotente desaliento sino que, por el contrario, seguros de la compensación, buscábamos, en lo más profundo del ser, la fuente viva de amor o de voluntad que debería individualizarnos. — En esa veta de sentimiento o de carácter está la vía que conduce hacia la fuente de eterna renovación, hacia la vida misma que anima a lo creado, nos decía, alentándonos en la lucha tenaz, esa mujer fuerte que nunca desmayó. Y cantaba con amor inmenso, con fe de iluminada, la felicidad de sentirse causa activa colaborando, en la renovación eterna, con la causa universal, con la

energía, cuya síntesis más elevada es la que mueve al hombre.

El genio es genio, nos decía, porque descendió, buceando en su propio ser, hasta dar con la veta humana común a todo lo creado y, al reflejar lo íntimo de él mismo en la obra maestra, refleja a todo y a cada uno de nosotros.

Con cuánto cariño recogía hasta el más humilde producto de cada inteligencia... — Si Vd. piensa, siente o quiere así, nos decía, convénzanos... Y se dejaba convencer con humildad de sabio.

En su Escuela no se recitaba ni se repetía: Se comentaba, se criticaba, se descubría. Con profundo respeto a la verdad, aprovechaba toda ocasión de propio error para ponerlo en evidencia y hacernos comprobar cuán poco valor merece una afirmación si no le atribuímos más mérito que el fundado en la autoridad adquirida por quien la sustenta. — La verdad es verdad ante la propia razón, nos decía. No acepten dogmas. Pregúntense, si esa verdad creen, porque la creen. Y criticaba con nosotros los autores predilectos. Hacíanos constatar las fallas, los defectos; hacíanos sentir que los grandes eran humanos, eran débiles, como nosotros, y que, en cambio, nosotros, si a la obra nos poníamos, debíamos llegar, en el campo de la propia actividad, a ser grandes como ellos lo fueron.

Genial maestra, la vida emanaba de su enseñanza. Exigía mucho de cada uno y, cuanto más exigía más acrecía nuestro orgullo de vivir. Sabía-

mos que sólo obligaba al trabajo a aquel que podía y era íntimo el regocijo de saber, tácitamente, que Miss Mary nos creía llamadas a creer. Exigía entonces con severidad: El valor, la perfección misma eran exigidos por la Maestra como cosas normales.

Raro o único era en su boca el elogio; y la indulgencia no cabía: — Merecen compasión, nos decía, los incapaces, los pobres de espíritu, los que nada pueden dar: Demos nosotros por ellos y démoslo ampliamente. Pero no permitamos jamás que se nos coloque en esa categoría y que nada se exija de nosotros. Es legítimo orgullo y es virtud el orgullo de vivir dignamente la vida, de crearnos a nosotros mismos, de sentirnos causa activa colaboradora de la energía universal.

Si, llegado el caso, un castigo se imponía, su severidad era única también y era tanto mayor cuanto más altamente colocado estaba en su estima el autor de la falta.

Aprendíase con ella a obedecer y a mandar pero, sobre todo, a obedecer y a mandarnos a nosotros mismos. En su Escuela no había celadoras.—Necesitan vigilantes, nos decía, despertando en nosotros el orgullo de vivir dignamente la vida, necesitan vigilantes, los amorales, los inmorales, los abúlicos, los dementes, los imbéciles, los degenerados... Que quien se coloque a sí mismo en cualquiera de esas categorías lo pida y la clase se lo concederá.

La clase... Jamás era ella la que juzgaba. Tri-

bunal supremo eran las alumnas, las propias compañeras. Tribunal inapelable. Su opinión personal jamás pesó sobre nosotros. Sí, pesó la opinión, el juicio colectivo de la clase: Solidario era cada alumno de lo que el compañero hiciera, pensara o dijera. Si no corregía, si no criticaba, con su silencio apoyaba lo que sostenía el expositor.

Cuán íntima y sólidamente nos ataron esos lazos de solidaridad estudiantil; cómo se aguzó en la diaria lucha nuestro espíritu crítico; cómo se fortaleció alerta la inteligente atención.

Para Miss Mary no había detalle fútil. Todo era motivo de humana enseñanza. Así, si por acaso, una palabra era empleada sin conocer su exacto significado, la genial educadora nos hacía sentir cuán inestimable valor intelectual encierra cada término del lenguaje; cómo la humana imaginación creó, adornó, vivificó la palabra; cómo la humana memoria la conservó y trasmitió; cómo la humana razón trabajó hasta hacer de ella su fin y su medio de desarrollo mental.

Vida adquiría esa palabra ante nosotros, vida humana. Y entonces, recién, la maestra hacía sentir la necesidad de amar el lenguaje, de estudiarlo, de conservarlo puro, de afianzarlo, de hacer que por él circule siempre la idea. Y nos sentíamos solidarias con la humanidad toda al justipreciar ese poder mágicamente evocador de la palabra, ese don divinamente humano.

Amaba Miss Mary a los animales y a las plantas, "nuestros hermanos menores", y nosotros, sus

alumnos, nos constituíamos en legítimos defensores y protectores natos de plantas y de animales. De medios sencillos y naturales se valía para despertar ese amor. Desde el Jardín de Infantes hasta el 4.° año Normal cada grupo de alumnos tenía en el horario tiempo destinado a jardinería, por ejemplo: Nosotros plantábamos y trasplantábamos; carpíamos y regábamos; enlazábamos bellamente las enredaderas; alineábamos las violetas o los geranios; disponíamos en artísticos mazos los crisantemos; cuidábamos la huerta, delineábamos canteros y glorietas. Las clases de observación las dábamos en los jardines, en la huerta. Cada 4.° año Normal, al egresar de la Escuela, dejábale un recuerdo vivo: Un árbol, un grupo de rosales, un macizo de plantas, una glorieta vestida de jazmines, una fuente surgiendo entre pervincas o geranios.

.....

La enseñanza era tan profunda, tan individual, tan personal que hacía de cada escolar un eterno alumno de la vida, en marcha hacia la verdad, hacia la bondad.—No es superior el que se adapta simplemente al medio, el que se deja teñir por él nos decía. Superior es el que obliga al medio a adaptarse a él, siempre que, adaptándolo, eleve la espiral de la vida.

Tal era el espíritu de su enseñanza.

Tan único y genialmente humano era que, hace 3 años, cuando, como Delegada Argentina, lo expuse ante el Tercer Congreso de Higiene Pedagógica reunido en París en 1910, una Asamblea de

3.000 Congresales escuchó absorta y conmovida, como ante un ideal futuro, el relato de lo que, para mí, era, desgraciadamente, una bellísima y fecunda realidad vivida ya.

Hoy sus discípulos perpetúan su recuerdo en las futuras maestras que esta Escuela Normal forme.

¡Fuerte y animosa mujer; maestra, forjadora de almas; madre amantísima y justa, al instituir estos dos premios unen tus discípulas tu nombre al nombre de tu escuela! ¡Vele siempre tu ejemplo sobre ella!

FUNCIÓN SOCIAL DEL EGOÍSMO (1)

"Ama a tu prójimo como a tí mismo". He ahí el egoísmo compendiado.

"Amalo como a ti te amas". Es decir: ámate, primero, para que ese tu amor sirva de término de comparación para amar al prójimo.

¿Cómo amarnos a nosotros mismos? Conociéndonos, ante todo; descubriendo nuestras propias fuerzas; midiéndolas; apercibiéndolas para la lucha; sacando de ellas el mayor y mejor provecho posible hasta desentrañar de lo profundo del ser aquello que hace de cada uno alguien: lo característico, lo individual.

No hay dos hojas exactamente iguales; no hay dos personas igualmente dotadas. Si cada hombre, por auto-educación, trabaja la mina de su personalidad hasta dar con la veta de lo característico, cada uno, en su esfera, modesta o elevada, llegará a ser un creador, un artista: perfeccionará, divinizará, la propia existencia.

Y, al mismo tiempo, por impulsión irresistible, — aun cuando haga vida de eremita — el prójimo disfrutará de esa auto-conquista. Cuanto más ahondamos en nuestra personalidad, más avanzamos en la posesión de cualidades esencialmente humanas, pues en el fondo de cada ser está la hu-

---

(1) Artículo póstumo, publicado en la «Revista de Filosofía», Buenos Aires, Noviembre de 1915.

manidad toda en lo que tiene de bueno, de justo y de bello.

Y esa corriente de aguas vivas que nos une a todos, haciendo posible un común ideal, permite medir la "intensidad" de un acto con lo que individualmente llamamos "egoísmo" y la "extensión" con lo que socialmente llamamos "altruísmo".

De ahí que el acto más altruísta sea, a un tiempo, el más egoísta. Mídase, sino, la cantidad de personalidad conquistada, la altura moral alcanzada, la conciencia de voluntad de poder, la intensidad de la alegría, de la fuerza, de la confianza en las propias energías. Los arranques de amor, de heroísmo, son tan poco "altruístas" que son precisamente la medida de un "eje" vigoroso y abundante.

De ahí que una obra de arte sea tanto más universal cuanto más hondamente individual. El artista, en lo más profundo de su ser, halla a la humanidad y la refleja al reflejar su faceta original.

Amándonos a nosotros mismos aprenderemos a no darnos más amo que el interno, juez supremo, jamás engañado, que exige con severidad la perfección como estado natural.

Cultivando así el egoísmo, única y real virtud — los prejuicios sociales y religiosos caerán sin necesidad de distraer fuerzas en atacarlos. No más posible desorbitación humana escindiendo en dos la voluntad de potencia: la pasiva, reservada a la criatura; la activa, inspiradora y sostenedora, reservada al creador.

No más posible educación niveladora. La tendencia será a diferenciar, a profundizar separaciones, a individualizar.

No más absurdo pedido de igualdad de derechos para ambos sexos, y sí acentuadísimo esfuerzo por hacer resaltar lo original, por fortalecer lo característico, por realizar más acabadamente en la mujer lo femenino y en el hombre lo masculino.

Y este cultivo amoroso del propio yo, de lo personal, del individuo, acabará con las falsas luchas de clases y de naciones.

Reconocido el principio de que cada hombre es una modalidad nueva de la energía, por egoísmo bien entendido, cada uno se apercibirá por medio de la auto-educación, para descubrir y conquistar esa característica original. Al aplicarla, dará a los demás algo tan precioso como una obra de arte: se dará a sí mismo en lo que tenga de mejor, de más íntimo, de más fuerte, de más esencial. Y no podrá estorbar obra alguna, puesto que cada ser se sentirá destinado a conquistar determinada posición en la vida, después de haberse conquistado a sí mismo. Y, por el solo hecho de hacerla suya, participará de su obra la humanidad.

Y el feminismo bien entendido se desarrollará recién en el veraz ambiente del egoísmo. La mujer-madre, cumplidora de sus deberes y, por lo tanto, poseedora de sus derechos, velará sobre su propiedad: el hijo. Impondrá su ideal al moldearlo y educarlo de acuerdo con las aptitudes y necesidades naturales. Intervendrá en la escuela,

en la sociedad y en el Estado cuando atenten contra el derecho humano de la madre digna de tal nombre. Así, entre otros, por influencia de la mujer, el azote universal de la guerra concluirá. El reinado del egoísmo bien entendido, no presenciará el crimen que la sociedad actual permite cometer al Estado: la inyección del virus guerrero en el niño y en el joven desde las pseudo-clases de historia y el servicio militar obligatorio hasta la literatura patriotera que canta héroes y virtudes guerreras. Si virtud es fuerza que tiende a la perfección humana, ¡cómo llamar virtudes a las que incitan a destruir y a matar!

Recién el bien del individuo — verdadero egoísmo — pasará antes que el bien del Estado: no se concibe con qué razones se ha podido justificar hasta ahora que el bien de la Nación — que no es, en definitiva, sino la suma del bienestar de sus ciudadanos — se constituya con el dolor, con el sacrificio y con la deformación de cada individuo.

¡Qué acabado desarrollo social acarreará ese intenso cultivo personal! Si cada uno procura bastarse a sí mismo, quitará a la comunidad inmenso peso. De ahí que, en países nuevos como la Argentina, no debe pregonarse el blando y teórico mutualismo, muleta de naciones decrépitas, sino el duro y práctico credo del egoísmo: conócete, ámate, bástate a tí mismo. Sé una nueva fuerza originalmente empleada en el conjunto harmónico de la Naturaleza.

El "Ama a tu prójimo", jamás interpretado en "Ama a tu vecino", exige tanta perfección en su misma vaguedad, parece estar tan por encima de las comunes fuerzas, que su práctica es reservada, por el tartufismo interno, para los fuertes, para los santos.

Por egoísmo bien entendido, el Estado sacará el mayor provecho posible del capital humano confiado a su custodia, especialmente del que más le pertenece por no tener representantes naturales, de sus huérfanos y niños desamparados, su escuela — al fin molde común de humanidad, y no, como actualmente, lecho de Procusto — por medio de la educación sexual y social, de la escuela-hogar y del ciclo integral educativo, transformará a cada niño en un sostén de las instituciones nacionales, y el Estado no llegará a tener más política que la de educar.

Por egoísmo bien entendido, la educación — que no se preocupó hasta ahora sino de sacar del hombre la mayor utilidad inmediata convirtiéndolo en un instrumento de la sociedad y sin pensar en que ésta, como todo fruto, madura, cae, pasa — desarrollará integralmente al niño, al adolescente y al joven, no inyectando conocimientos e hipertrofiando la memoria al mecanizarla subdividiendo las actividades hasta dar en la especialización restringida, disminuyendo las probabilidades del definitivo triunfo al aminorar la capacidad integral del hombre, sino desarrollando harmónicamente la voluntad, la afectividad y la inteligencia.

Irrisoriamente el vocablo "educere", que quiere decir sacar fuera, significa hoy, en la práctica, "rellenar, echar dentro". Bajo la inspiración del egoísmo, basándose en los instintos fundamentales alrededor del que es núcleo de vida, del instinto de reproducción, la educación eslabonará las ciencias, las letras, las artes y la religión humana, para más intenso cultivo individual y más extenso provecho social.

Y habrá cesado "la lucha entre el instinto vital que crea y el instinto de conocer que destruye"; ya no más excluirá la vida interior a la acción, ni el individualismo al humanismo. El lirismo y la realidad se complementarán; el artista y el sabio se acrecentarán; la religión humana surgirá de la realidad y echará sus raíces en la necesidad de procrear; el hombre tendrá como ideal el superarse a sí mismo al cumplir la misión divina de dar vida a un nuevo ser, más perfecto que él mismo.

Y el hombre que, hasta ahora, ha distraído sus fuerzas en apoderarse de lo que lo rodea, sólo entonces, artista original en el supremo arte de forjar la propia vida y con ella la vida de la humanidad, fuerte él por la posesión y gobierno de su inteligencia, de sus pasiones cultivadas y de sus instintos encauzados, con lo que poseerá el mundo al poseerse a sí mismo.

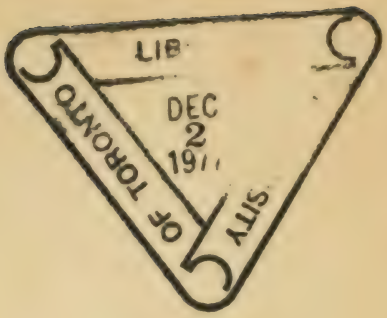
La educación, que ya no lo convertirá en pasivo instrumento de la sociedad, hará de él un activo cooperador en la obra del devenir humano, ideal en eterno perfeccionamiento.

INDICE

Págs.

Raquel Camaña 4
Introducción, por José B. Zubiaur 7

Humanismo, religión del Porvenir 13
Eugenismo y profilaxis social. 25
Femineidad 35
Sobre educación 39
La educación sexual 51
La escuela-hogar 91
Bases prácticas para la educación integral . . 99
Coeducación 109
Herencia sexual 123
Educación sexual de nuestros hijos 133
Educación integral 139
El examen oral 151
Verdades 167
Degeneración 177
Higiene psíquica 187
La educación y la guerra 197
Vivió educando 205
Mary O. Graham 215
Función social del egoísmo 225



TALL. GRÁF. L. J. ROSSO Y CÍA.
— BELGRANO 475 — BUENOS AIRES

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por JOSE INGENIEROS

APARECE EN VOLÚMENES DE 150 A 200 PÁGINAS

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica. No edita artículos literarios, políticos, históricos ni forenses.

Desea imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino, continuando la orientación cultural de Rivadavia, Echeverría, Alberdi y Sarmiento.

Ha publicado artículos de *Florentino Ameghino, José M. Ramos Mejía, Agustín Alvarez, Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, Angel Gallardo, Pedro N. Arata, Jorge Duclout, Carlos O. Bunge, Francisco de Veyga, J. Alfredo Ferreyra, Víctor Mercante, Julio Méndez, Enrique Martínez Paz, Gregorio Araoz Alfaro, Carlos Ameghino, Martín Doello Jurado, Salvador Debenedetti, Juan W. Gez, Ricardo Rojas, Maximio S. Victoria, Alfredo Colmo, Alicia Moreau, Emilio Zuccarini, Augusto Bunge, Vicente D. Sierra, Raúl A. Orgaz, Teodoro Becú, Ramón Melgar, Julio Cruz Ghio, Nerio A. Rojas, A. Alberto Palcos, José M. Monner Sanz,* etc., etc.

Las personas estudiosas que deseen recibir la REVISTA deben adjuntar el exiguo importe de la suscripción, estrictamente reducido a los gastos tipográficos y postales. En esa forma simplificarán la tarea administrativa.

Suscripción anual: 10 $ m/n.
Exterior, anual: 5 $ oro.

Redacción y Administración: CALLE VIAMONTE 763

BUENOS AIRES

"La Cultura Argentina"

EDICIONES DE OBRAS NACIONALES dirigidas por el Dr. JOSÉ INGENIEROS

Biblioteca formato mayor: $ 2 m/n.

Mariano Moreno	—	Escritos políticos y económicos.
Domingo F. Sarmiento	—	Conflicto y armonías de las razas.
Juan M. Gutiérrez	—	Origen y Desarrollo de la Enseñanza Pública Superior.
Florentino Ameghino	—	Filogenia.
José M. Ramos Mejía	—	Las Neurosis de los Hombres célebres.
Martín Gárcia Mérou	—	Alberdi - Ensayo crítico.
Bartolomé Mitre	—	Rimas.
Amancio Alcorta	—	La instrucción secundaria.
Vicente Fidel López	—	Manual de la Historia Argentina.
Juan B. Alberdi	—	Estudios económicos.

Biblioteca formato menor: $ 1 m/n.

Esteban Echeverría	—	Dogma Socialista y Plan Económico.
Bernardo Monteagudo	—	Escritos políticos.
Juan B. Alberdi	—	El crimen de la guerr
Juan B. Alberdi	—	Bases.
Juan B. Alberdi	—	Luz del día.
Juan B. Alberdi	—	Cartas Quillotanas.
Domingo F. Sarmiento	—	Facundo.
Domingo F. Sarmiento	—	Recuerdos de Provincia.
Domingo F. Sarmiento	—	Argirópolis.
Domingo F. Sarmiento	—	Las ciento y una
Andrés Lamas	—	Rivadavia.
Olegario V. Andrade	—	Poesías completas.
Lucio V. López	—	Recuerdos de viaje.
Ricardo Gutiérrez	—	Poemas.
Ricardo Gutiérrez	—	Poesías líricas.
Hernández, Ascasubi y Del Campo	—	Martín Fierro, Santos Vega y Fausto.
Nicolás Avellaneda	—	Escritos literarios.
Francisco Ramos Mejía	—	El Federalismo Argentino.
Florentino Ameghino	—	Doctrinas y descubrimientos.
Agustín Alvarez	—	La Creación del mundo moral.
Agustín Alvarez	—	¿Adónde vamos?
Agustín Alvarez	—	Manual de patología política
Vicente G. Quesada	—	Historia colonial argentina.
Martín García Mérou	—	Recuerdos literarios.
Martín García Mérou	—	Estudios Americanos.
J. I. de Gorriti	—	Reflexiones.
Juan Cruz Varela	—	Poesías completas.
Francisco J. Muñiz	—	Escritos científicos.
Raquel Camaña	—	Pedagogía Social.

Las ediciones están de venta en todas las librerías.

Pedidos a la Administración general:

CASA VACCARO — Av. de Mayo 646

BUENOS AIRES

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF
LC
0010286

01806855

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 02 08 01 026 0